

AMAGOIA ARCE

Busco
Pareja
para
Navidad



© 2017AMAGOIA ARCE

2017 ©de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Diciembre de 2017

Isbn Digital: 978-84-17228-44-6

Diseño portada: Design's

Corrección: Verónica Fernández

Maquetación: Ediciones Coral

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Busco
Pareja
para
Navidad

AMAGOIA ARCE



Me llamo Estefanía Ruiz, tengo treinta años, vivo en Dénia, un pueblo de Alicante.

Trabajo de peluquera en la peluquería de mi mejor amiga Sole, en Ondara.

Tengo casa propia, miento, es del banco, pero siempre pago mis letras así que dentro de veinte años será mía. Tengo un Fiat panda que algún día cambiaré por un monovolumen para llevar a los niños al colegio. Mi idea es tener tres, pero si el parto es tan doloroso, como dicen algunas de mis amigas, creo que tan solo tendré uno.

Soy, ni muy alta ni muy bajita; tengo los ojos verdes y mi color de pelo es multicolor, soy impredecible, siempre estoy cambiando.

Me gusta viajar, la comida italiana, china y japonesa.

Tengo pasaporte, pero nunca he viajado como para utilizarlo.

Me encantan los animales, tengo tres gatos en casa.

Seguramente te estarás preguntando ¿por qué estoy soltera? No lo sé, no soy una mujer ejecutiva que de miedo a los hombres, ni tampoco me considero una mujer con carácter, ni ambiciosa, ni cascarrabias, simplemente tengo mis ideales y mi propia personalidad.

Tengo muchos amigos y amigas, me encantan nuestros planes y escapadas, pero reconozco que les envidio cuando los veo con sus parejas o llegan estas fechas y cada uno se va con su familia.

Me llevo muy bien con mi familia, son estupendos, soy hija única, pero en mi casa entre tíos y primos se suelen juntar unas treinta personas y ahí, ahí es donde reside el problema.

Estoy un poco cansada de que me hagan el mismo interrogatorio todas las navidades sobre ¿por qué no tienes novio? ¿Por qué dejaste a Rubén si un desliz lo tiene cualquiera? O mi favorita, ¿no crees que eres muy exigente con los hombres?

Por ese motivo escribo estas letras, necesito urgentemente un hombre para estas fiestas, fiestas que adoro y que empiezo a aborrecer.

Muchas gracias, espero vuestros emails, eso sí, abstenerse psicópatas, sociópatas u hombres que busquen sexo.

Mi email es Estef.ania@hotmail.es

—¿Qué te parece Sole? —pregunté a mi amiga, que leía mi escrito en la

pantalla del ordenador.

—¿Te has vuelto loca? —contestó riéndose.

—¿No te gusta? —pregunté intentando que su risa no se contagiase.

—Fany, creo que das demasiadas explicaciones. Aparte, me parece irreal, que estés haciendo esto. No creo que una chica como tú, tenga problemas para ligar en una discoteca de la manera tradicional.

—He escrito lo que sentía. Quiero ser sincera y no engañar a nadie.

—Por engañados no van a sentirse, pero tampoco van a contestar a ese anuncio tan burdo —dijo arqueando su ceja de la incredulidad.

—Está bien, ¿cómo lo harías tú? —pregunté mientras ponía mis brazos en jarra.

—Abre la peluquería que te lo demuestro en dos minutos.

Me dirigí hasta la puerta mientras mi amiga escribía en el ordenador debajo de mi gran párrafo...

Me llamo Estefanía Ruiz, vivo en Dénia, tengo treinta años y busco un hombre de treinta y dos a cuarenta y dos que no busque sexo y pueda hacerme compañía en estas fiestas para aguantar a nuestras respectivas familias y sus incansables interrogatorios. Por favor adjuntar foto.

Gracias. Podéis contestar en este email Estef.ania@hotmail.es

—Fany, aquí lo tienes. —Se levantó y atendió a la segunda clienta que allí esperaba.

—Sole, te conozco, miedo me da —dije sonriendo.

—Niñas, ¿qué tramáis? —preguntó nuestra primera clienta, Milagritos.

—¡Ay señora Milagritos! Que nuestra Fany quiere un hombre y no tiene suerte. Debe de tener a Cupido borracho o drogado, porque sus flechas no aciertan.

—¡Ala, serás bruta! —repliqué riéndome—. Señora Milagritos, enseguida estoy con usted, quiero ver lo que ha puesto la bruja de mi amiga. —Me acerqué al ordenador mientras observaba de soslayo a Sole, que intentaba aguantarse la risa—. ¡Sole, te has vuelto loca! Eso sí que no lo voy a poner —dije volviendo con mi clienta.

—¿No? ¿Qué prefieres, contarle tu vida y milagro? Es escueto, directo y, además, ya lo he enviado —contestó riéndose y evitando mi asesina mirada.

—¿Qué has enviado qué? —Las dos clientas se reían y nos miraban como si de un partido de tenis se tratase.

—He enviado tu escrito a la página de contactos que tenías puesta. Y el mío a otra, veremos a quién de las dos nos contesta antes —explicó mientras continuaba lavándole el pelo a Carmen, una mujer de noventa años que aparentaba sesenta, y que era su clienta favorita.

—¿Cómo vamos a saber a quién de las dos nos está contestando?

—Según lo que te digan del anuncio lo sabrás. Pero ya te digo que será al mío.

—Niñas, no creo que os haga falta ir detrás de los hombres —dijo Milagritos—. Miradme a mí, llevo casada tanto que no lo recuerdo.

—Yo tampoco creo que le haga falta. Pero Fany a este paso será devorada por sus gatos si vuelve a tener que aguantar a sus familiares estas navidades sin pareja.

—Ni caso chicas —dijo la otra clienta—, me separé a los sesenta y me fui con un hombre de ochenta que, como sabéis, hace tres años que faltó. No me arrepiento en absoluto. La vida es ese instante que pierdes cuando no haces lo que quieres.

Sole y yo nos mirábamos mientras ambas mujeres compartían vivencias.

La verdad, es que las palabras de la señora Carmen calaron hondo en mi ser. Tenía razón, y tal vez, yo me estaba obsesionando demasiado con el hombre perfecto. Ese que no me hiciese daño en lugar de disfrutar del momento. Si volvía a sufrir por amor, sería porque había vuelto a sentir, que mi corazón latía de nuevo.

Busco Pareja Para Navidad.

Después de aquel momento de risas, y de mi disparatada idea, no volvimos a hablar del tema, ni a mirar el ordenador; teníamos mucho trabajo como para hacerlo. Encima, al acercarse fechas tan señaladas, las mujeres venían, creo yo, a desahogarse un poco de lo que estaban siendo los típicos preparativos de Navidad.

Muchas de nuestras clientas querían estar perfectas para recibir a sus hijos ausentes por trabajo el resto del año, otras, simplemente querían jorobar a esas envidiosas cuñadas, y otras, simplemente, eran muy coquetas.

La que no venía a peinarse venía a depilarse. La realidad es que no teníamos tiempo ni de salir a fumar, un asqueroso vicio de aquí mi amiga. Todos los años se plantea dejar y no hay año que lo consiga, en fin, tampoco voy a criticarla cuando mi vicio tampoco es barato; un paquete de pipas para relajarme al acabar el día. El bótox más natural que podrían inventar. Aunque también confieso que como chucherías entre clienta y clienta, es como si necesitase azúcar para aguantar a tanta cotorra junta.

Estamos a diecinueve de diciembre de 2016; faltan cinco días para esa temible nochebuena.

Al acabar nuestra jornada, reventadas y exhaustas, decidimos recoger en silencio, hasta que se oyó un pitido que hizo que ambas nos mirásemos al unísono, como si supiésemos de lo que se trataba.

Dejamos caer la escoba y fregona respectivamente, y corrimos hacia el ordenador, allí estaban los cuatro emails dirigiéndose a mí.

Hola, me llamo Rodrigo Barnabeu, soy de Jávea y tengo treinta y ocho años. Odio estas fechas desde que me divorcié y, al igual que tú, busco a una persona para que mis familiares dejen de acosarme. Te adjunto una fotografía. Espero que sea tu elegido. Gracias.

—Sole, yo no puse foto —dije agrandando la foto de Rodrigo.

—Yo sí —contestó, pícaramente.

Hola, me llamo Ernesto Álvarez, soy gallego y resido en Teulada. Tengo cuarenta años y me he divorciado dos veces. El motivo es que soy gay, pero no consigo tener las fuerzas de decírselo a mis padres. Necesito una tapadera para estas fechas.

Gracias, te adjunto foto. Espero tu email.

Hola, me llamo Adrián, tengo treinta y tres años. No creo que esté haciendo esto, ni que esté contestando a una página de contactos. Pero si no lo hago volveré a ser «la piñata» de estas navidades en casa de mis padres. Vivo y trabajo en *New York*, mis padres viven en Dénia, y no tengo tiempo para novias ni complicaciones. Me parece genial tu idea y que, sin compromiso, pasemos estas fechas para no aguantar a esos odiosos parientes. Espero ser el elegido. Este soy yo las navidades pasadas en casa de mis padres. Espero que al ver la foto entiendas cuánto te necesito.

Gracias, espero respuesta.

Hola, me llamo Juan Ivars, soy de muchos sitios y de ninguno, un espíritu libre. He visto tu anuncio y me ha hecho gracia, me vendría bien una compañera de viaje.

No te mando foto porque no tengo móvil, estoy en un ciber.

Si soy el elegido mándame un email a esta cuenta, lo leeré la semana que viene.

Gracias.

Sole y yo nos miramos y empezamos a reírnos, definitivamente el candidato perfecto era Adrián.

Día diecinueve de diciembre, iba a ser el día en el que iba a conocer a Adrián. Pero teníamos un problema, que él seguía en *New York*, y hasta el día veintidós no vendría a Dénia y yo lo necesitaba antes, así que concertamos una cita mediante Skype.

Cuando acepté su llamada y vi ese cristal a sus espaldas con aquellas vistas, supe que me había enamorado.

—¿Estefanía? —dijo él sonriente

—Hola, perdona, me he quedado un poco embobada con las vistas.

—Preciosas, ¿verdad? —comentó él dándose la vuelta para contemplarlas también, como si no las tuviese bastante vistas.

—Sí, muy bonitas; pero qué te voy a contar que no sepas —dije con sonrisa tímida.

—Bueno Estef, ¿puedo llamarte así o prefieres Estefanía o Fanny?

—Estef está bien —contesté jugando con mis pulgares, ya sabéis, «*haciendo puñetas*»

—¿Cómo nos conocimos? Porque será lo primero que preguntarán estando yo aquí y tu allí.

—Si decimos que por las redes sociales mis padres me matan —contesté

—Los míos no se lo creerían —admitió él sonriendo.

—Y hay otro problema —afirmé torciendo un poco la boca como desaprobándolo.

—¿Qué problema? —preguntó él frunciendo el ceño

—Mañana día veinte yo ya tengo eventos familiares en los que tendrías que asistir.

—Pero yo no estoy hasta el veintidós, y ese mismo día comemos en casa de mis tíos —comentó él abriendo su agenda.

—¿Cómo presento a mi «*novio*» si no está? —pregunté sonriendo.

—Vale, espera. Te contaré algo de mí; tengo un hermano mellizo, no somos iguales, obviamente. Pero para suplirme dos días no creo que se diesen cuenta. El problema de ello es que no creo que tenga ningún traje de chaqueta, ni ropa elegante y, sinceramente, no me apetecería que nadie supiese nuestro secreto.

—Puestos a sacar más problemas te diré que mi inglés es básico y nunca he viajado fuera de Dénia.

—Vale, descartamos pues el habernos conocido aquí —apuntó él en su agenda—. Dime, ¿para qué me necesitabas mañana? ¿Dónde teníamos que ir?

—Mi empresa organiza una cena de empresa —contesté mirándolo a los ojos

—¿En qué trabajas? —preguntó interesado.

—Soy peluquera —dije agachando la mirada como si estuviese avergonzada.

—Esa cena será de dos personas, como mucho tres, ¿no?

—No exactamente, te explico. Es una cena navideña que organizan en el pueblo entre todas las peluqueras de la contornada, otorgando un premio a la peluquería más votada por sus clientas. Y estoy cansada de asistir sola.

—No sabía que en Dénia se hiciese eso —dijo algo asombrado.

—Trabajo en Ondara. La peluquería es de mi amiga Sole —aclaré levantando las cejas y mordiéndome los labios al terminar de hablar.

—Vale, esto será lo que haremos. Hablo con mi hermano y le pido que te acompañe en calidad de novio; al fin y al cabo, esas personas no van a verte el resto de días de fiestas, ¿no?

—Hay más —confesé poniendo cara de pena—. El veintiuno tengo cena en casa de mis amigas, las casadas y maravillosas que tienen hechas sus familias y solo ves una vez o dos al año.

—¡Vale! Voy a tener que sobornar a mi hermano para que te acompañe y se haga pasar por mí. ¿A ellas las vuelves a ver durante las fiestas?

—¡Sí! Nos volvemos a juntar el día veintiséis para comer, casados y solteros.

—Este año no. Ahora te digo mis planes. El veintidós comeremos con mi familia en casa de mis tíos. El veintitrés con mis amigos de toda la vida y sus respectivas parejas. ¿Prefieres cenar o comer en casa de tus padres en Noche Buena?

—Adrián, las dos cosas; soy hija única, no puedo dejar solos a mis padres en estas fechas. —contesté levantando el bolígrafo que yo también había cogido para apuntar mi nueva vida en pareja—. Además, no saben que tengo «pareja» no puedo desaparecer el primer año de tener novio, a mi abuela le daría algo.

—Muy bien, entonces comeremos en casa de tus padres. Deduzco que nos quedaremos todo el día allí, pero a las doce de la noche nos vamos a casa de mis padres.

—Vale —dije sonriendo.

—El día de Navidad con mis padres.

—Es que... —interrumpí

—Estef, no conoces a mi madre; el día de Navidad comemos con ellos o me mata.

—Vale, seré yo quien hable con la mía —musité anotando en la libreta

—El veinticinco por la noche descansamos, cada uno a su casa.

—No! El veinticinco por la noche solemos juntarnos solo los primos para cenar.

—¡Está bien! ¿Dónde? —preguntó

—En mi casa, dónde tendríamos que vivir juntos.

—¿Perdona? —preguntó sorprendido.

—Vendrá mi prima la cotilla, cualquier indicio de duda que tenga sobre nosotros lo dirá y estaré muerta —aclaré sin dejar de mirarlo

—No pasa nada, dormiré en tu casa. Te mandaré fotos mías por email.

—¿Para qué? —le interrumpí.

—Tendrá que parecer creíble, lo lógico es que tengas fotos mías.

—¡Ah! Cierto, perdona mi torpeza.

—Sigamos. El veintiséis con tus amigas para comer. El veintisiete con mis hermanos, solos. El veintiocho cenaremos con mis compañeros de trabajo de cuando vivía allí. El veintinueve comeremos en casa de mis tíos de nuevo. El treinta en casa de mis padres, comer y cenar.

—El treinta y uno en casa de los míos, hasta media noche, después si quieres cada uno por su lado.

—Me parece bien —dijo él anotándolo.

—El día uno de enero comida en casa de mis tíos con mis primos.

—¡Hecho! El día dos hasta el día cuatro vacaciones, yo no tengo nada.

—¡Yo tampoco! —exclamé

—El día cinco es tradición que vea la cabalgata con mis padres y luego cenar en su casa. Mi hermano se disfraza de rey mago y da los regalos a todos.

—Vale, pero el día seis comemos en casa de mis padres.

—¡Perfecto! Y el día siete volvemos a la realidad —finalizó la lista de tareas y de eventos riéndose.

—¡Sí! Te librarás de mí —contesté cerrando la libreta.

—Bueno, y tú de mí. Para ser sincero no esperaba que fueses tan guapa.

—¡Vaya! ¿gracias? —respondí con sorna.

—Tu foto en el perfil ese de contactos no te hace justicia.

—No soy muy fotogénica, me gusta más hacerlas.

—Una cosa que sé de ti, te gusta la fotografía.

—También sabes que soy peluquera —añadí—. Cuéntame cosas de ti.

—Mi apellido es Savall, mi padre es abogado y de Oliva. Mi madre dejó su trabajo para cuidar de nosotros. Mi hermano y yo vamos detrás de dos gemelas, Alejandra y Alexia; lo que menos se esperaban mis padres era volver a tener dos. Pero llegamos mi hermano Alejandro y yo. Y antes de que me lo preguntes, te respondo yo. Sí, mi padre se llama Alejandro y él nació unos minutos antes que yo.

—No iba a preguntarte nada —contesté aguantando mis ganas de reír.

—Mi madre se llama Aurora y vive ahora para sus nietas.

—¡Venga ya! Todos empezáis con la inicial «A» —interrumpí divertida.

—Mis padres no se complicaron mucho. A mi hermana Alejandra creo que le pusieron así pensando en no tener un varón, y mira, tuvieron dos. Mis sobrinas, las cuatro chicas, dos de mi hermana Alejandra y dos de Alexia, son puro amor; las veo de año en año, pero intento hablar con ellas por Skype todas las semanas. Las de mi hermana Alejandra se llaman Aroa y Carmen, de seis y cuatro años respectivamente. Y las de mi hermana Alexia se llaman Cora y Azucena, de tres y cinco años respectivamente.

—¡Madre mía! Tienes una familia increíble y se te ve muy enamorado de ella. ¿Por qué te fuiste a *New York*?

—Estefanía, no todo es idílico, ya lo verás cuando estés allí. Mi hermano Alejandro puede hacer lo que le venga en gana. De hecho, él pudo elegir su profesión, yo no. A mí me la impusieron. Soy abogado por obligación, no por vocación. Alejandro es profesor de equitación y ayuda a niños con discapacidad con esos animales.

—¡Vaya! Eso es muy bonito.

—Sí, pero apenas tiene para vivir. No me parece un trabajo adecuado, sinceramente.

—Mi trabajo tampoco es el más maravilloso del mundo. Cuando era pequeña no soñaba con lavar cabezas, ni encontrarme lo que me encuentro. Pero vivir en el mundo real es lo que tiene.

—Está claro que ninguno estamos contentos con nuestros trabajos. Voy a llamar a mi hermano y le daré tu número de teléfono para que te llame; así habláis y quedáis. Intentaré llamarte mañana.

—No tienes mi número de teléfono.

—Estoy esperando a que me lo des —expresó juguetón.

Después de colgar, me quedé pensando en toda nuestra conversación. Miré mi libreta y vi mi nueva vida. Lo bueno de todo esto es que iba a tener un acompañante guapo e inteligente para callar bocas estas navidades.

Adrián y Alejandro.

—¿Qué pasa hermano? —contestó un eufórico Alejandro al teléfono.

—Hola Alex, ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿ya sabes cuándo vienes?

—Sí, el día veintidós alrededor de las doce.

—¿Irás a cenar a casa de los tíos o prefieres descansar?

—¡No! Iré a cenar. Tengo muchas ganas de veros. Además, nadie sabe que voy, es una sorpresa, piensan que llego el veinticuatro.

—¡Vaya! Muy bien hermano, entrada triunfal —exclamó.

—Oye, tengo que pedirte un favor.

—Ya sé, no te preocupes que no diré nada a nadie.

—Entonces serán dos favores. El primero ese, que guardes el secreto de mi llegada. Y el segundo, que seas el acompañante de mi novia durante dos días a dos eventos navideños que tiene.

—¿Cómo tu novia? Adrián, ¿de qué hablas? —preguntó asombrado.

—Has oído bien Alex, ¿puedes hacerme el favor de ir con ella y de guardar ambos secretos?

—¡No, claro que no voy a ir! —dijo gritando.

—Alex no te lo pediría si tuviese más opciones.

—Siempre hay más opciones Adrián —apostilló Alejandro enfadado

—Es guapa, encantadora, simpática y dulce. Se llama Estefanía. Te gustará. Trabaja de peluquera en Eclipse, en Ondara. Ella no me dijo dónde, pero en su foto de perfil cuando la conocí salía con el logo de la empresa, así que cotilleé.

—No me tiene que gustar.

—Pues mejor Alex. Pero por favor, hazte pasar por mí y no la dejes sola.

—Está bien, pero me debes una y muy gorda —claudicó al fin, resignado.

—Lo sé, te doy su número de teléfono y ya quedáis. Gracias Alex.

—Gracias no; mándame una foto que no me fío de tus gustos.

—¡No! Ya la verás, créeme que es muy guapa, además lo es más al natural.

—Adiós Adrián. —Colgó sin dejar a su hermano despedirse.

20 de diciembre

Llegué a trabajar como siempre. No había dormido la noche anterior esperando alguna noticia de Adrián o de su hermano, pero ninguno de ellos dio señales de vida. Ya pensaba que me tocaría ir sola a esa cena de empresa. Estaba Sole hablando por teléfono cuando entré, nos sonreímos y fui hacia la habitación para cambiarme. Oí la campana de que la puerta se abría, pero también oí a Sole decir «*Enseguida le atiendo*», así que seguí con lo que estaba haciendo.

—Hola caballero, ¿le corto el pelo?

—Sí, por favor, al dos —contestó el primer cliente.

—¿Al dos? Se lo va a ver muy corto en comparación a como lo tiene ahora.

—¿No me diga? —inquirió algo borde—. Tener melena es lo que tiene.

—El rollo Brad Pitt en *Leyendas de Pasión* pasó de moda —puntualizó Sole

—¿Cree que hay que seguir una moda para el peinado, o deberíamos seguir nuestro propio criterio?

—Yo creo que es un poco de todo, ¿no le parece? —rebatí mi amiga perdiendo la sonrisa

—¡No! —contestó tajante.

—¿Me disculpa un momento, por favor? —añadió por no clavarle las tijeras.

Sole vino en mi busca maldiciendo al cliente borde, e intentando mantener las formas para no gritarle ni insultarle, por si era de la comitiva de esta noche que venía a ver cómo éramos.

—Fanny, sal por favor y atiende al capullo que tenemos ahí sentado, porque no tengo paciencia para tanta bordería.

—Yo tampoco estoy de muy buen humor hoy.

—¿Lo echamos a suerte? —preguntó

—¡No! Ya voy yo. —Cogí el disco de villancicos y salí en busca del cliente borde.

Anduve por el salón buscando la mirada de aquel chico con la melena desdeñada, pero estaba muy ocupado con su móvil. Coloqué los villancicos y dejé que sonarán a gran volumen. Me acerqué al chico, que parecía mayor

que yo, con una sonrisa que no me devolvió.

—Hola, voy a ser tu peluquera, ¿podrías decirme lo que le has pedido a mi compañera?

—¿Qué le ha pasado a ella, siempre tratáis así a vuestros clientes?

—Está indispuesta. Y no, solo a los bordes. —Mi boca se abrió y dijo lo primero que pensé, realmente sin pensar.

—¡Fanny! —gritó Sole.

—¿Fanny de Estefanía?

—¡Sí! ¿Por?

—Quiero cortármelo al dos.

—¡Claro! Pase por aquí, le lavo el pelo y se lo corto en un periquete.

Mientras le lavaba el pelo entró una de nuestras mejores clientas a felicitarnos las fiestas, y de paso a felicitarnos porque se rumoreaba que seríamos las ganadoras de este año.

—¡Ay chicas! Qué contenta estaré si ganáis como dicen.

—Doña Rosita, no se haga ilusiones que hay muchas peluqueras tan simpáticas como nosotras.

—Fanny, no mi niña, no. Vosotras sois como de mi familia, mis nietas, y os aseguro que he ido a otras y no me han hecho estar como en casa. Además, Fanny, eres un amor, dime que esta noche irás acompañada por un estupendo chico.

—Siento desilusionarla Rosita, suerte en el trabajo mala suerte en el amor. —Noté las miradas de aquel desconocido clavándose en mí, me estaba incomodando.

—No seas tonta, el hombre perfecto está cerca, seguro —añadió la octogenaria.

—Sí, en *New York* —afirmó Sole.

—¡Sole! —le increpé.

—O aquí —sugirió Rosita tocando la pierna del chico

—No creo que yo sea su tipo. Desde luego ella no es el mío —apostilló él

—Lo que más me gusta de usted es su simpatía, lo encantador que es. — Le susurré al oído, aunque me oyeron todas—. Rosita, lo que tenga que pasar, pasará; sola o acompañada. Además, voy con Sole. —Le di un cachete al desconocido como señal para que se levantase y fuese a los sillones para el corte de pelo.

—Eso es así mis niñas. ¡Suerte! Nos vemos esta noche.

Le dimos dos besos y puse los ojos en blanco cuando miré a Sole en

protesta por el cliente que me había pasado. Había conseguido borrarle la sonrisa; aunque él parecía estar disfrutando de aquello, pues no dejaba de mirarme. Aunque no sonriese, su mirada ya lo hacía por él.

No le di conversación, encendí la maquinilla y me dispuse a cortarle el pelo. A medida que le iba viendo caer la cabellera y tocaba su piel, sentía algo que no me gustaba, más bien me gustaba, pero no quería sentir. La parte de detrás ya la tenía cuando me dispuse a cortarle la de delante, con mis manos cogí su cara para ver si se lo estaba igualando, al mirarlo a los ojos lo pillé mirándome fijamente, aquello me estremeció. Seguí cortando hasta que dejé todo aquel rostro descubierto. Nos miramos fijamente a través del espejo y la maquinilla cayó de mis manos.

—Fanny, ¿estás bien? —preguntó Sole viniendo hasta nosotros. Él no se movía y yo no podía gesticular.

—E... e... él. —Conseguí decir.

—Hola —Saludó él con la mano.

Los dejé allí y salí de la peluquería. Necesitaba salir a la calle; y eso hice, sin chaqueta ni nada a respirar aire puro y helado. Sentía que me ahogaba y que se había reído de mí.

—¿Fanny? —Oí su voz, pero no me giré.

—¿Es una especie de juego o algo así para reírte de mí? Porque de ser así, ya te has divertido bastante.

—¡No! Mi hermano me dijo dónde trabajabas y me dio tu número de teléfono. Me pareció mejor este primer contacto que uno frío por teléfono.

—Pues tal y como te has portado, hubiese preferido el teléfono.

—Tenía que cortarme el pelo para ir guapo esta noche. El problema es que creía que tu amiga Sole eras tú, y no me ha gustado mucho su comentario. Bueno, tampoco me hace ilusión tener que hacerme pasar por quién no soy.

—Entiendo, lo siento. De verdad, no estás obligado. Adrián no puede estar aquí, pues no pasa nada, ya lo estará en los demás días de fiestas.

—Se lo he prometido a mi hermano e iré contigo esta noche a esa cena. Dime dónde vives y pasaré a recogerte.

—Pasa por aquí, me he traído la ropa aquí.

—Muy bien, ¿a qué hora? —preguntó intentando ser simpático.

—A las ocho —contesté mirándolo a los ojos.

—Por favor. No le digas a mi hermano que hemos empezado con mal pie.

—No, tranquilo. Por cierto, puedes ir informal, me dijo Adrián que no

tenías trajes.

—Algo me pondré —respondió.

—Seguro, no creo que vayas a venir desnudo —repliqué sonriendo.

—Fanny, ¿todo bien? —Apareció Sole preocupada.

—¡Sí! Sole, te presento a Alejandro, el hermano de Adrián.

—¡Vaya! Hola, me voy para dentro que tengo a Miranda con el tinte.

Ambos sonreímos, la primera vez que le veía sonreír, y nos despedimos. Cuando entré en la peluquería empezó el interrogatorio.

—¿Y bien? —preguntó Sole mientras lavaba una cabeza.

—Era el hermano de Adrián —contesté al mismo tiempo que miraba la agenda para ver a cuál de nuestras clientas le tocaba.

—Fanny, no me dejes así, cuéntamelo todo. Porque un rato borde era.

—Sole, ahora trabajemos, luego te pongo al día. ¡COTILLA!

Nosotras y nuestras clientas nos reímos mientras no dejaba de pensar en aquel pobre chico, Alejandro.

La mañana transcurrió sin incidentes, todo el pueblo comentaba el gran momento de aquella noche, y nosotras por supuesto, aunque no quisiéramos pensarlo no podíamos dejar de hacerlo.

Justo a la hora de comer me sonó el teléfono, era Adrián.

—Hola Fanny, ¿qué tal?

—Hola Adrián —contesté más nerviosa de lo que me hubiera gustado—. Todo bien, nerviosas por lo de esta noche.

—Mi hermano me ha dicho que os habéis conocido.

—¡Cierto! —Hablaba gesticulando con las manos, como si pudiese verme—. Pero sois diferentes.

—Tranquila Estef, esta noche seremos iguales, confía en mí. ¿La primera impresión qué tal ha sido?

—¿Es así de borde siempre o solo cuando le obligan a hacer algo que no quiere hacer? —Oí su risa y no pude evitar sonreír.

—Ambas cosas. Alejandro será el novio perfecto para esta noche, te lo prometo. Y para mañana. Después será todo tuyo.

—Eso ha sonado un poco pervertido, ¿no crees? —insinué sonriendo.

—Estef, ya irás sabiendo más cosas de mí. Disfruta de mi hermano y de tu noche. Tengo que dejarte por hoy, día complicado.

—No te preocupes Adrián, seguro que todo sale bien. Ya hablamos.

—Seguro que saldrá todo bien. Soy el perfecto novio falso. —Nos reímos los dos.

—Ya hablamos, no te entretengo más. —Intenté despedirme.

—Mañana te llamo para que me informes. Por cierto, te mandaré un email con ciertas preguntas que debes contestar sobre ti misma para que te conozca un poco más, y yo te responderé a esas mismas.

—Perfecto.

—Pásatelo bien Estef. Un beso.

—Un beso Adrián. —Fueron mis últimas palabras antes de colgar.

Me giré y vi a Sole mirándome con una cara totalmente desconocida para mí, embelesada, embobada, perpleja, incrédula, ¡ufff! Estaba alucinando.

—¡Vaya, vaya! Por lo que veo tu relación con Adrián va viento en popa, lo que no entiendo es que hacía hoy aquí su hermano.

—Adrián no podía estar hoy conmigo, así que habló con su hermano y será él quien se haga pasar por mi pareja, hoy y mañana.

—¿Son gemelos?

—No, son mellizos —respondí haciendo un mohín

—Entonces no son iguales.

—No, de hecho, hice Skype con Adrián anoche y sus ojos son verdes. Alejandro los tiene marrones y muy intensos.

—Y es un borde —añadió Sole

—Sí, eso también. Pero no lo entiendo, su hermano me dijo que era profesor de equitación con niños discapacitados. Alguien así tiene que ser muy noble para entregarse así.

—Noble y borde, una cosa no quita la otra. Nadie puede ser borde ni malvado con niños y menos discapacitados. ¿No crees?

—No, yo creo Sole que, tal vez, sea como es por otros motivos.

—¿Y vas a querer saberlos? —preguntó mi intrigada amiga.

—No, la verdad es que no. Espero que se sepa comportar esta noche y que venga pronto Adrián para que pueda pasar estas fiestas sin interrogatorios incómodos.

—¿Te gusta Adrián, eh? —sugirió divertida a la par que picarona.

—No voy a negar que cierta curiosidad me levanta.

—Pues, ¡a por todas nena! Podrías estar en unos meses viajando a *New York*.

—Gracias por devolverme tan pronto a la realidad Sole.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya me acabas de recordar que no tengo ninguna posibilidad con alguien de su nivel. No tengo idiomas, no he viajado y no soy una modelo.

—Fanny, en serio, dime que es lo que fumas; o mejor, compártelo conmigo. Porque acabas de flipar y mucho. —Sole siempre tan ella.

—Soy realista —Respondí dándole un bocado al bocata.

—¡Un mojón! Eres negativa. Un chico tan guapo como dices no habría puesto un anuncio buscando pareja. ¿Quién sabe si eres tú?

Le sonreí, pero no le respondí. Había algunas veces que era preferible no decirle nada, dejar que tuviese razón, y así ahorrarnos horas y horas de argumentación de porqué su conclusión era la correcta y no la tuya.

Entró la primera cliente de la tarde y, para no variar respecto al día que llevábamos, también nos habló de la fiesta de esa noche y de que seríamos las afortunadas.

Estábamos terminando con la última cliente cuando Sole fue a cambiarse, cuarenta y cinco minutos después empecé yo.

Ella ya estaba esperándome en el recibidor junto a su pareja. Iba con un vestido azul a juego con sus zapatos y bolso azul. Lo curioso es que las tres piezas iban conjuntadas con detalles de encaje.

Yo también llevaba vestido, rojo de tirantes, pero según me mirabas de arriba abajo el vestido se hacía negro a juego con los zapatos. Mi bolso era rojo, y mi abrigo negro. Me hice un recogido y dejé al aire mis orejas para que se vieran bien mis pendientes.

Mi amiga y su novio me silbaron al verme aparecer, di dos vueltas sonriente y pregunté por Alejandro.

—Fanny, no ha venido, lo siento —dijo Sole mirando a su chico.

—No pasa nada, de verdad. Mejor id vosotros —Añadí algo triste.

—¡No! No seas tonta, iremos nosotras. Él —indicó señalando a su chico —, puede volver a casa, seguro que hacen algo en la televisión.

—Eso Fanny, id vosotras, os lo merecéis —comentó el chico sonriendo

—Iremos los tres, decidido. Sonreiré y que me resbale todo.

Los dos sonrieron muy poco decididos sobre mi decisión. Al salir cerramos la puerta y la verja. Sole me preguntaba por duodécima vez si había puesto la alarma y yo le volvía a sonreír, como cada día.

Fuimos caminando hacia el coche para dirigirnos a la cena cuando oímos un claxon. Los tres nos giramos y allí estaba, Alejandro.

—Hola, soy Adrián, el novio de Fanny —Le dio la mano a Berto, novio de Sole.

—Mucho gusto, soy Berto, el novio de Sole. Pero me había parecido entender que esperábamos a otro chico.

—¡Dios mío Alex! —conseguí decir—. A ellos no hace falta que les engañes, saben la verdad.

—Yo no sé nada —reconoció Berto.

—Ni falta que hace, vamos para el coche. —Añadió Sole.

—¿Impresionada? —Me preguntó Alex

—¡Sí! Pensaba que te habrías echado atrás, o que te habrían secuestrado, o que te habrían entrado las cien cagaleras del infierno.

—Yo nunca te dejaría tirada, te di mi palabra. Pero me alegra haberte hecho sudar.

—¿De dónde has sacado un traje tan rápido? No me digas que te lo has comprado, ¿te lo has comprado? ¡Te lo pagaré! Por cierto... ¿llevas lentillas?

—¡Uf! ¿Siempre hablas tanto? —interrumpió sonriendo.

—Mayormente sí —contesté algo tímida.

—No, no me he comprado ningún traje. Con este fui a la boda de mi hermana Alejandra, y al bautizo de mi sobrina Cora.

—Es reciclado, lo has amortizado bien.

—Y sí, me he puesto lentillas. Adrián me dijo que podría haber gente que pudiésemos ver mañana y tendré que parecerme, ¿no?

—Lo que le dije es que mañana veremos a gente que volveremos a ver el día veintiséis.

—Bueno, por si acaso. No me ha costado nada cambiarme los ojos.

No pude evitar sonreír ante su comentario, no parecía el mismo chico borde de hacía unas horas.

Me abrió la puerta de su coche y fuimos detrás de mis amigos, que ya nos esperaban impacientes. Supongo que Sole estaría poniendo al día a Berto de todos los acontecimientos, hasta de mi anuncio, «*Busco Pareja Por Navidad*»

Tener aquel premio en las manos, todo ese reconocimiento por nuestro trabajo, me hacía la mujer más feliz del mundo. No dejaba de mirar a Adrián, al falso novio; y cuando me tocó decir unas palabras de agradecimiento, después de Sole, de mi boca solo salió un sonoro eructo que silenció a toda la sala para dar paso a un millón de carcajadas.

Me sentía abochornada, sudorosa y con unas terribles ganas de llorar cuando me desperté, ciertamente, con un sudor frío. Miré mi reloj, eran las cuatro de la mañana, pero no reconocía la casa. Me levanté sobresaltada, comprobé que mi ropa estaba en su sitio, hasta la ropa íntima. Salí de aquella habitación después de encender la luz y comprobar que las paredes eran grises y que, sobre la cabecera de la cama, había un cuadro sobre las torres

gemelas de *New York*.

Descalza anduve por el largo pasillo sin reparar en las otras habitaciones, me dirigí a la única estancia de dónde provenía cierto ruido.

Al entrar enseguida vi el cuerpo de Alejandro tirado sobre el sofá, bocabajo y con un brazo colgando, que estaba rozando con la alfombra.

Sonreí al verle mientras me acercaba a él intentando no asustarle.

—¿Dónde te crees que vas? —Sus palabras me asustaron y no pude evitar gritar.

—¿Pero no estabas durmiendo? —pregunté saltando hacía atrás

—Me has despertado, tengo el sueño ligero. Además de que el sofá es incómodo y hace mucho que no dormía con nadie.

—¡Lo siento! —contesté abochornada.

—No, no lo sientas. ¿Estás mejor? —Me preguntó mientras se incorporaba dejándome sitio para que me sentase.

—¿Qué ha pasado? No recuerdo nada. Pero por favor, dime que no he eructado al querer decir unas palabras.

—No, no has eructado. —Su voz era más dulce que antes—. Solo has empezado a quitarte la ropa.

—¡¿Qué?! —Volví a gritar. Cada vez me sentía más tonta, abochornada y estúpida.

—¡Que no! Es broma. —Añadió riéndose—. Estuviste muy bien, ibas muy guapa y ganasteis.

—¡Eres un capullo! ¿Por qué me mientes?

—Tenías que haberte visto la cara —contestó divertido

—¡Buff! —Suspiré poniendo los ojos en blanco—. ¿Y qué hago aquí?

—Después de ganar, y esto es verdad, me pediste que te hiciese el amor, y por el camino te dormiste.

—¡Alejandro! —exclamé mientras le daba un puñetazo al hombro.

—¡Está bien! —No dejaba de reírse y tocarse el hombro—. Bebisteis para celebrarlo. Pero creemos que os dieron garrafón, porque no tardasteis en poneros malísimas. Así que, como no sabía dónde vives, te traje a mi casa para que descansases.

—¡Vaya! Te juro que no soy así, no me emborracho. Nunca bebo.

—Me lo dijo Berto, por eso creemos que algo que tomasteis era garrafón.

—También explicaría mi dolor de cabeza, ¿no?

—¡Sí! —Se apoyó sobre sus muslos y cruzó las manos mientras me miraba.

—Gracias Alex, de corazón. —Me acerqué a él para abrazarle, pero él se apartó.

—No me las des. Le prometí a mi hermano esto y simplemente cumplo.

—Bueno, vale; gracias de todas formas. —Mi tono de voz fue diferente, me decepcionó su comentario—. Llamaré a un taxi y me iré a casa.

—No, no seas tonta. Ve a dormir y mañana, es decir, dentro de un rato te acerco yo.

—No quiero que duermas en el sofá por mi culpa —maticé

—No te preocupes, descansa.

Le sonreí en forma de gratitud y me fui, de nuevo, por dónde había venido.

A las siete de la mañana fue él quien me despertó, oí la ducha y a él cantando. Aquello me hizo mucha gracia. Me senté sobre la cama y me quedé quieta, mirando todo lo que me rodeaba. Me sentí tentada de cotillearle, pero no quería que le dijese a su hermano nada malo de mí, y con la borrachera bochornosa ya me había lucido bastante.

Cuando salió del baño totalmente vestido y me vio sentada, y «*haciendo puñetas*» con los dedos, me sonrió. Solo hizo falta un sutil movimiento de cabeza, a modo de invitación, para seguirlo hasta la cocina, y así poder desayunar los dos juntos.

A mí los silencios me parecen incómodos, así que saqué tema de conversación.

—Alex, ¿por qué decidiste hacerte profesor de equitación para niños discapacitados? —Si me había entendido sería un milagro, pues mi boca contenía los restos de un gran cruasán.

—Fanny, ¿por qué decidiste trabajar lavando cabezas? —preguntó borde

—Porque no quise estudiar más —contesté de mala gana.

—No es mi vida la que te concierne, Fanny, es la de Adrián.

—Yo solo quería conocerte un poco más, nada más.

—A mí no me tienes que conocer. —Se levantó y recogió lo que habíamos manchado.

—Siento que estés haciendo esto por obligación y que te caiga mal; de verdad que lo siento. No hace falta que me acompañes esta noche. Gracias por todo.

Fui hasta la puerta y cuando fui a abrirla él me la cerró de golpe. Mi corazón empezó a latir con algo más de rapidez. debido al miedo y a otras muchas cosas que estaban pasando por mi mente en ese instante.

—Perdona Fanny, no quería ser borde ni antipático.

—Solo te he preguntado. Me parece una profesión muy bonita y admirable, nada más.

—Te llevaré a casa.

Recogí mis cosas, no volvimos a dirigirnos la palabra en todo el trayecto. Me dejó en casa, le di las gracias, me sonrió y se marchó.

Exhalé el aire contenido y me fui a casa algo desanimada.

Si es por Alejandro, está claro que Adrián no tendrá un buen concepto de mí.

«¿Cómo iba a seducir a un hombre que solo con la opinión de su hermano se volvería a ir a New York?»

«¿Por qué quiero gustarle a un hombre al que no conozco, que pone un anuncio buscando pareja por navidad y que tiene una vida de diferente nivel al mío?»

«¿Estoy intentando mejorar mi vida intentando convertirme en una mujer florero?»

«Pienso demasiado» Me dije a mí misma finalmente.

Lo mejor sería ser yo misma y no preocuparme por lo que no iba a pasar.

Disfrutaremos de unas navidades en familia, política, por una vez en mi vida.

Entre Hermanos

Después de dejar a Fanny en su casa y de la fría despedida, no dejé de pensar en lo guapa que estaba, incluso con el rímel corrido.

Sonreía al recordar su felicidad el día anterior y como era capaz de contagiarnos a todos los de la mesa.

No era una chica como las que hasta ahora había conocido, ni mucho menos. Sabía que Adrián no sabría valorarla como merecía. Pero él siempre tenía suerte con las mujeres, incluso sin proponérselo, tal vez por su trabajo o sus ojos.

Mientras acariciaba a Salvaje, uno de mis caballos, vibró mi teléfono. Perdí toda esperanza de que fuese Fanny cuando vi «Tete» en la pantalla.

—Hola Adrián, buenos días.

—Para mí sí, aquí son las seis de la mañana, allí serán las doce del mediodía. ¿Qué tal todo ayer con Estef?

—Bien, muy bien. Aunque debería ser ella quien contestase si fui el novio perfecto. —Aquellas palabras me dolieron más de lo que quería.

—¿Y ella, es la novia falsa perfecta? —preguntó Adrián.

—¿Tienes que añadir lo de falsa novia? Delante de mamá espero que no se te escape, la liarás buena.

—¡No! —dijo sonriendo—. Tranquilo, es entre nosotros.

—¿Por qué no les presentas una novia de verdad? Solo para variar.

—Creo que ya sabes que no puedo, además creo que Estef y yo vamos a cuajar.

—¿Cuajar, en qué sentido?

—¿Te ha gustado Estefanía, Alex?

—No seas tonto. Pero es demasiado buena chica para las maléficas intenciones que puedas tener. —La conversación estaba tomando un giro que no me gustaba nada.

—No digas tonterías, no le haré daño ninguno. La puedo necesitar en semana santa, o el próximo año. —Añadió Adrián divertido.

—¡Claro! Una chica así va a estar sin pareja esperándote a ti.

—Hasta ahora lo ha estado. Además, ¿qué es una relación si no una

utilización por ambas partes en los momentos necesitados?

—Pues envíale ese contrato pronto antes de que sueñe con ese príncipe azul que no eres, abogado.

—No la veo de esa clase de mujeres, Alex. Volviendo al tema, ¿qué tal ayer?

—Será una falsa novia estupenda. Es muy dulce, divertida, inteligente y tiene un saber estar innato. Eso sí, procura que no le den garrafón, no lo tolera bien.

—¿Qué? —preguntó extrañado, mientras yo sonreía al recordarla desmelenada cantando con su amiga.

—Nada, ya te lo contará ella, si quiere.

—¿Y cómo estuviste tú, es decir, yo?

—A la altura, atento a ella y en segundo plano. Ella era la protagonista.

—Demasiado tú fuiste, yo hubiese captado clientes.

—Adrián, era su día, al igual que hoy. Tú no eres tan mezquino, borde y frío.

—Por cierto, controla un poco lo de ser borde, me comentó algo el otro día.

—Bueno, yo no tengo que ser su falso novio, ni ser perfecto. Soy yo mismo.

—Te equivocas Alex, tienes que ser yo.

—Si fuese cien por cien tú te quedarías sin falsa novia.

—¡Payaso! —contestó riéndose.

—Oye Adrián, algunos trabajamos, tengo que dejarte.

—Voy hablar con ella para ver qué me cuenta. Pórtate bien esta noche hermano y cuídame.

—¡Por supuesto! —Sin decir nada más colgué el teléfono.

«Sabes, Salvaje, mi hermano no se merece una chica así.» Le dije al caballo mientras peinaba sus crines.

De vuelta al establo me pregunté si alguna vez ella habría montado a caballo. Así que, sin pensarlo mucho le mandé un *whatsapp*.

«Fanny, hola, ¿sabes montar a caballo?»

«Hola, no; nunca he visto uno de cerca.»

«¿No? ¿Te apetece que esta tarde te lleve a mis establos y los veas?»

«¡Claro! Hemos quedado en casa de mis amigos a las nueve, y termino hoy de trabajar a las tres, como algo aquí y puedes venir a recogerme.»

«A las tres nos vemos.»

Aquel emoticono mandándome un beso había sido suficiente para hacerme sonreír.

Las tres horas siguientes las pasé preparando a mis chicos, los caballos, para que ella los encontrase los animales más bonitos y majestuosos que hubiese visto nunca.

Preparé también los sillines, por si quisiese montar.

21 de diciembre

Cuando Alex me dejó en casa, me encontré con la vecina del quinto que me miró como si yo fuese un bicho raro; algo que entendí al verme en el espejo del ascensor.

Cuando entré en mi rellano, recé para que ningún vecino más me viese con aquellas pintas. Debía de estar pasándoselo bien cuando salieron dos al mismo tiempo de sus hogares. Fui tan educada como de costumbre, y entré en mi casa tan deprisa como pude.

Suspiré apoyándome contra la puerta y di las gracias a ese Dios todo poderoso que me estaba utilizando como juguete para divertirse.

Los tres mininos vinieron a verme. Los acaricié, les puse comida y agua para después darme una ducha rápida e ir al trabajo. Fue ahí, justo ahí, cuando recordé que mi coche, mi Fiat panda estaba en Ondara, en la peluquería y nada resguardado de este frío tan helado. Pensé en llamar a Sole pero, dadas las horas que eran, seguramente ella ya estaría allí, o le quedaría muy poco. El autobús tampoco era viable, pues la parada me dejaba lejos del trabajo. La única solución que tenía era coger un Taxi

Me duché tranquilamente, ya llegaba tarde, así que qué más daba un poco más o un poco menos de tiempo. Al vestirme sonreí al mirarme. Tal vez fuese el premio, o tal vez no; pero estaba guapa, tenía un algo que me favorecía, felicidad.

Mi teléfono vibró, eran las del grupo de amigas hablando de la cena de esa noche. Más bien hablando de que yo fuera a ir acompañada y lo calladito que lo tenía, si lo estaba ocultando por algún motivo. Decían. Aquello me dio mucha rabia, así que contesté con un mensaje un tanto borde «*No, no lo ocultaba, simplemente no quería daros envidia.*»

Seguramente ya habrían creado otro grupo para despellejarme y apostar por mi acompañante.

Nada ni nadie iba a cambiar mi estado de ánimo, ni siquiera un Alejandro Savall con sus cambios de humor.

Cuando eran las diez, y todavía no había aparecido por la peluquería, Sole me llamó un tanto preocupada.

—Tranquila, estoy bien. Ya voy.

—¿Triunfaste con tu falso novio Fanny? —preguntó Sole bastante

divertida

—No es mi falso novio; es el hermano de mi falso novio, o mi falso falso novio.

—No me hagas reír anda. ¿Qué te ha pasado?

—Que he dormido en su casa.

—¿Sexo?

—¡No! Todo el mundo no se acuesta con un chico la primera noche.

—¿Y por qué fuiste a su casa?

—Conscientemente no fui. Por si no te ha contado Berto, bebimos garrafón y nos sentó mal.

—Algo me ha dicho. Pero no me dijo que te había dejado sola con Alejandro, ¿y si fuese un asesino?

—Pese a que yo también lo pensé, debemos de dejar de ver algunas series, te diré que se portó bastante bien.

—¿Bastante? ¿Intentó algo contigo? —Su tono de voz empezaba a ser severo.

—No, para nada. Simplemente que se puso algo borde cuando le pregunté por su vida privada.

—No es que le esté disculpando, pero tal vez no quiera hablar con una desconocida sobre su vida.

—Eso pensé, en realidad no. Bueno, te dejo o llegaré más tarde, y hoy yo no trabajo por la tarde.

El email llegó anoche, justo cuando empezaba la fiesta, pero era en aquel preciso momento cuando yo lo veía en mi móvil.

Hola Estef, espero que tengas mucho éxito y que ganéis, siento habérmelo perdido. Pero por la cuenta que le trae a mi hermano será buena compañía. De lo contrario, te permito que le pegues una bofetada si así lo requiere la situación. Tampoco te pases mucho que te recuerdo que hace de mí; aunque nada mejor que uno mismo para hacer de sí mismo. Me lío con los palabros, jajajaja

Disfruta de tu momento y tu día, te adjunto las preguntas, contéstalas cuando puedas y así te voy conociendo. Mis respuestas están incluidas.

- 1. ¿Cuál es tu color favorito? El mío es el azul.**
- 2. ¿Cuál es tu comida favorita? Risotto con boletus.**
- 3. ¿Ciudad favorita? Debes de pensar que Dénia, pero es *New York*, cuando vengas lo entenderás.**

4. **¿Playa o montaña? Para mí montaña, pero me escapo poco.**
5. **¿Te gusta vestir de marca? Es una de mis debilidades, también pienso que mi trabajo lo requiere.**
6. **¿Qué coche tienes? Tengo un Audi A2, un capricho.**
7. **¿Te gusta leer? Me he convertido en uno de esos tipos que solo lee por obligación, aunque antes me gustaban las historias de intriga.**
8. **¿Película favorita? La mía es La Tapadera, de Tom Cruise.**

Seguramente no son suficientes preguntas, si se te ocurre alguna, añádela y te la contestaré más pronto que tarde.

Si no puedo llamarte mañana, nos vemos el día veintidós.

Tras leer el email varias veces, y buscar algo que me indicase que podría ser su tipo; no encontré absolutamente nada. Pero tampoco le contesté de inmediato.

Llamé a un taxi y llegué a la peluquería justo en el momento adecuado para encontrar a Sole abarrotada de clientas que venían a felicitarnos, bizcochos y mistela era lo que más había, aquel mostrador estaba más concurrido que el día de la inauguración.

Por una vez las clientas no venían a peinarse, al menos no todas, sino que venían a mostrar su interés y cariño hacía nosotras.

Alrededor de las doce, pasadas además, justo cuando iba a hacer una foto para la prosperidad, recibí un whatsapp de Alejandro, para mi sorpresa. Al leerlo pensé que tal vez se sentía mal por su comportamiento, o que su hermano le había leído la cartilla. Así que fui amable y accedí a ir a ver su establo. Quería ver un caballo de cerca, quería ver cómo trabajaba, en el fondo admiraba su profesión, aunque a él no.

Contesté deprisa, quedando con él a las tres. Quería que me diese tiempo también a arreglarme para la cena de amigas de esta noche. Preparé el móvil e hice la ansiada foto.

Ciertamente la mañana estaba siendo poco productiva, pero nos lo estábamos pasando muy bien echando unas risas.

Alrededor de las dos, cuando estábamos recogiendo para ir cerrando, me llamó Adrián. Sole había decidido tomarse la tarde libre, al fin y al cabo, se lo merecía también.

—Hola Estef. ¿Cómo estás? ¿Qué tal ayer?

—¡Hola! —contesté demasiado efusiva—. Muy bien, ¡ganamos! Ya no es

el premio en efectivo, sino el reconocimiento. Tu hermano estuvo de lo más bien.

—Querrás decir que yo estuve de lo más bien. —Nos reímos los dos.

—Sí, estuviste muy bien. Pero reconozco que Alejandro hizo muy bien su papel, se puso lentillas azules y todo para parecerse más a ti.

—¿Qué hizo qué? —preguntó riéndose.

—Lo que oyes, y un traje.

—Gracias por la información. Veré como le recompenso por ello. Pero ya te digo que, donde estén unos ojos azules naturales, que se quiten unas lentillas.

—¡Me imagino! —contesté algo nerviosa. ¿Cómo podía ponerme tan nerviosa hablar con él?

—¿Has visto mi email?

—Sí. No he tenido tiempo de contestarte, pero lo haré.

—No te retrases. Mañana viajo para allí y me gustaría saber cuál es la película favorita de mi novia.

—¿Tu... Tu novia?

—¡Claro! ¿No querrás que diga mi falsa novia, no? Cuanto antes nos acostumbremos a llamarnos novios, más natural nos saldrá.

—¡Sí! Tienes razón.

—Perfecto Estef, nos vemos mañana guapa.

—Hasta mañana. —Colgué sonriendo al oír su piropo.

Me acicalé un poco, comí unos sándwiches de los que teníamos en la nevera junto a Sole. No le conté nada de mi conversación con Adrián, estaba muy emocionada por los acontecimientos de estos días.

A las tres de la tarde en punto, Alejandro apareció por la puerta. No entró, se quedó en las escaleras y apoyado en la pared. Me saludó levantando la mano, le devolví el saludo algo más efusiva; al igual que Sole.

Me despedí de Sole guiñándole un ojo y salí al encuentro de Alejandro.

—Hola, ¿qué tal Alex? —pregunté sonriente.

—Hola! Muy bien, ¿y tú? —Su sonrisa no tenía nada que envidiarle a la de su hermano.

—Lista para ver caballos.

Sonreímos los dos y con un movimiento rápido de cabeza me indicó donde estaba el coche.

—Alex, luego tendrás que traerme para que coja mi coche. No puedo dejarlo una noche más en la intemperie.

—Tranquila, te traeré aquí. Pero para ir a casa de tu amiga cogemos mi coche.

—Vale. Te prometo que no me verás como la última vez, no suelo beber.

—No lo sé no te conozco. —Añadió mientras subíamos al coche y arrancaba el motor.

—Te lo digo yo. —Le miré sonriendo, pero él no me devolvió la sonrisa.

—Fanny, a mí no me tienes que demostrar nada, sé tú misma.

—No le tengo que demostrar nada a nadie, pero tampoco quiero que le digas a tu hermano calumnias sobre mi persona.

—¿Quién dice que le vaya a decir nada a Adrián? Además, ¿es eso lo único que te importa, lo que pueda pensar él? Te recuerdo que todo lo que habéis montado es un paripé. —Sus palabras me dejaron un poco fría.

—Yo...

—¿O crees que podrás enamorarlo y tener tu cuento de hadas en el que te saca de tu mierda de vida para darte otra mejor? Esto no es una película, es la vida real.

No contesté, simplemente le miré controlando esas lágrimas que amenazaban con salir. Ese escozor en los ojos no pronosticaba nada bueno.

El resto del trayecto, no muy largo, lo pasamos en silencio, como casi siempre que nos veíamos. «¿Por qué me invita si luego es tan borde conmigo?» pensé mientras bajaba de su coche. Yo misma contesté a mi pregunta al observar aquel terreno con aquellos animales pastando al aire libre.

Me impresionó y gustó tanto, que anduve hasta allí sin cerrar la puerta del copiloto.

Uno de aquellos animales se acercó a mí, era como si supiese que estaba triste.

—Puedes tocarlo. —Giré la cabeza en su dirección al oír su voz, y con una sonrisa toqué al equino—. Fanny, Ven, te dejaré unas botas de montar.

—Yo no sé montar.

—Lo sé. Por eso mismo te voy a enseñar. —Me cogió de la mano y sentí una electricidad que recorrió mi cuerpo.

—¿Vives aquí? —pregunté al entrar en aquella casa de madera. Era muy acogedora, con dos habitaciones y no le faltaba detalle. También me quedé embelesada al ver lo coqueta y bonita que era, para qué negarlo.

—No siempre, creo que ya has visto mi casa. Pero de vez en cuando me

quedo, y más si tengo alguna yegua a punto de parir. Aquí también preparo mis clases y guardo ciertas cosas, como las botas para montar. ¿Qué talla gastas de pie?

—Normalmente un treinta y ocho.

—Te daré un número más —dijo mientras venía con un par ya en las manos.

—¿De alguna ex? —pregunté sabiendo que no me lo diría; o incluso que le molestaría.

—No, de mi hermana. De hecho, para ligar no suelo traer a ninguna mujer aquí.

—Pues no entiendo por qué no, triunfarías —afirmé por no quedarme callada de nuevo; porque ¿qué hacía yo allí?

—No, yo no; ellos sí —añadió señalando hacia sus caballos.

Aquello me hizo sonreír. En un descuido le vi mirarme y sonreír, no sé lo que estaría pensando; tampoco me preocupó.

Salimos de allí, y nos dirigimos hasta uno de los establos. Hubo uno de ellos, un caballo, que se acercó a mí curioso; no me dejó en todo el trayecto hasta el establo. Alejandro sonreía ante la estampa y viendo que, aunque no dejaba de sonreír estaba nerviosa, me cogió de nuevo de la mano. Supongo que para que me sintiese más segura.

Llegamos a los establos, abrió la puerta y vi a seis caballos en pequeños compartimentos, esperando salir.

—Alex, ¿por qué estos están aquí y los otros pastan libremente?

—Los de fuera vienen de otros establos, de gente que ha querido deshacerse de ellos. Estos los he criado yo, salen normalmente por esa puerta que ves allí.

—No entiendo el porqué no pueden estar juntos.

—Fanny, estos están preparados para personas discapacitadas o personas con poca experiencia, como tú. pero los de ahí fuera, muchos están siendo sus últimos alientos, y pretendo darles una vida mejor, sin que nadie les monte. Que vivan medianamente libres y sin servir.

—Eso es muy bonito Alex. ¿Eso explicaría por qué ese caballo no dejaba de seguirme?

—Puede ser, tal vez le recuerdes a su antigua dueña. Son animales con muy buena memoria y muy cariñosos.

Me quedé observando todo lo que él hacía, maravillándome de su pasión, mientras él ensillaba a uno de sus equinos.

—Fanny, ve por el lado derecho, pon tu pie izquierdo ahí —dijo señalándome el lugar—. Impúlsate para subir; como harías en una moto.

—No creo que pueda.

—Confía en mí.

Hice lo que él me dijo y subí al caballo. Alejandro me esperaba en el lado contrario para engancharme el pie derecho en el estribo.

Cogió la cincha, como si fuese la correa de un perro, y salimos por la puerta contraria a la que habíamos entrado.

Yo no hacía nada; tan solo disfrutar del paseo, nada más. Notar a ese animal salvaje entre mis piernas, notar su respiración. A la segunda vuelta, y creo que, viendo mi entusiasmo, Alejandro hizo que el animal trotase. Al principio me asusté y me agarré fuerte, pero no tardé en volver a relajarme.

Curiosamente era el caballo quién empezaba a moverse, Alejandro se quedó quieto en un punto y rodaba sobre sí mismo viendo cómo trotábamos y caminábamos como si estuviésemos conectados de toda la vida.

Yo no dejaba de sonreír emocionada, Alejandro me daba indicaciones y yo las hacía. Estaba siendo una experiencia increíble.

Después de una hora, Alejandro decidió salir a terreno abierto. Aquello me asustó un poco, pero al mirarle a los ojos los miedos desaparecieron.

Él cogió a Salvaje, uno de sus favoritos, solo había que ver cómo lo trataba para saber que sentía devoción por el animal.

Cogió mi cuerda y la suya. Mi caballo, algo más joven que Salvaje, lo siguió tal y como sigue el alumno al profesor.

Aquellas vistas, aquel paisaje... Todo parecía sacado de un decorado, de una película romántica.

—Fanny, ¿te está gustando la experiencia?

—¡Sí! Mucho, gracias por esto.

—No me las des, es mi trabajo. —¡Zas! Ahí estaba de nuevo la puntillita.

—¿Perdona?

—Quiero decir que mi trabajo es enseñar, disfruto y amo a estos animales. Me gusta compartir mis aficiones.

—Bueno, has sido un buen profesor, me ha gustado mucho. Nunca había montado a caballo, nunca había conocido a nadie que tuviese.

—Puedes venir a montar cuando quieras, estás invitada. Además, lo haces muy bien. —Le sonreí y la fastidió—. No voy a negarle nada a la novia de mi hermano.

—A la novia falsa de tu hermano, ¿no? Oye, nadie te ha pedido que me

invites a cabalgar, ¿o también ha sido una orden de Adrián? Si él te está obligando y no quieres hacer nada de esto, ni ayudarnos; en este caso a mí, niégate. Pero deja ya de lanzarme puyas, me canso.

—No, te he invitado porque...

—¿Por qué? ¿para echarme cosas en cara o qué?

—¡No! Te he invitado porque he querido.

—Alejandro, si no quieres que seamos amigos, no me invites a nada. No necesito caridad. Cíñete al acuerdo que tengas con tu hermano, o ni eso.

—Perdona, tienes razón. Seremos amigos, quiero que seamos amigos.

No le contesté, ni le sonreí. ¿Cómo era posible que tal y como podía parecer un chico encantador se convirtiese en un ser tan despreciable y borde?

Dimos la vuelta después de ver el lago, casi sin agua por la sequía. Justo en ese instante me hizo una foto, de perfil, mirando hacia la nada.

Estábamos volviendo en silencio cuando él lo rompió haciéndome preguntas sobre la cena de esa noche.

—Dime Fanny, ¿por qué vas a esa cena de amigas casadas si tú no lo estás?

—Porque somos amigas desde hace mucho. Ellas no tienen la culpa de haberse casado antes que yo, o que yo sea tan exigente, como diría mi madre.

—¿Lo eres? —preguntó mirándome.

—¿El qué?

—Exigente

—No, para nada. Pero mi antigua relación no fue como yo había pensado; digamos que me he vuelto algo más precavida con los hombres.

—¿Precavida y pones un anuncio en una página de contactos?

—Lo hice cansada de tener que aguantar a mi familia con su interrogatorio en estas fechas. Si me veían con alguien, las preguntas serían ¿cuándo os casáis, cuándo los niños, cuándo...?

—¿Y eso es mejor que ir soltera?

—No es mejor, luego serán las regañinas de ¿por qué has dejado escapar a ese chico, por qué no puedes ser menos exigente, por qué...?

—Me estás confundiendo, ¿y qué quieres?

—Que por un año me dejen en paz, que dejen de presionarme. El año que viene, tal vez, tenga pareja de verdad y no tenga que fingir.

—¿Qué te pasó con tu último novio?

—Me engañó con otra. —Mi voz se volvió más triste, apagada.

—¿Lo echas de menos?

—¿Tú echarías de menos a una persona que te dice que te quiere mientras se está tirando a la mejor amiga de su hermana?

—Por tu anterior tono de voz lo había parecido, perdona.

—Lo que me entristece es haber estado tantos años con una persona así, que no me valorase.

—Yo pasé por algo parecido.

—Puedes contármelo, si quieres. —Le animé a que me hablase.

—Otro día. Ya hemos llegado, y tenemos una cena a la que acudir.

Sonreí y no insistí. Si no creía que era el momento tenía que respetarle, aunque tal y como lo dijo me vino a la cabeza que su ex novia le engañó con su hermano. Aunque parecía muy unido a este, tal vez le habría perdonado, quién sabe.

Me ayudó a bajar del caballo cogiéndome en brazos. Nuestros cuerpos se rozaron y nuestras miradas se encontraron.

Durante unos segundos sentí como mi corazón latía más deprisa de normal.

—Perdona, yo no quería...

—No pasa nada Alex, en serio. —Le interrumpí

—Ve a la casa y ve cambiándote de zapatos. Arreglo esto y te llevo hasta tu coche.

No le contesté, obedecí. Al salir, aquel caballo que anteriormente me había seguido volvió a hacerlo. Esta vez no sentí miedo, pero sí respeto y admiración. Me paré delante de él, lo acaricié y observé cómo su lomo tenía cierta deformidad. Lo acaricié con cuidado y volví a su cara.

Me emocioné al pensar en todo lo que podría haber sufrido el animal y fui el resto del camino acompañada por su presencia.

Al llegar a la casa entré y me cambié, tal y como me había pedido Alejandro; él no tardó mucho en venir a mi encuentro.

Sin mediar palabra nos dirigimos al coche, al entrar vi como aquel caballo me seguía observando. Nuestros ojos, nuestras miradas hablaron solas.

—Se llama Black, ha estado años compitiendo, tiene innumerables medallas. Pero un día dejó de ser útil, su dueña prescindió de él cuando llegó segundo en una carrera. Iban a sacrificarlo alegando que ya no servía como animal. Hablé con la dueña y me quedé con él, el primer año lo tuve de semental, Salvaje es hijo de él. Ahora ya solo me queda ofrecerle lo que ves, pero él sigue queriendo formar parte del humano, servirnos y no sabe

disfrutar de su libertad.

—Alex, es precioso todo lo que haces aquí —comenté con los ojos llorosos—. Pero, es poco gratificante, ¿no?

—¿Poco gratificante? No tienes ni idea de lo gratificante que es poder ver a un niño autista reaccionar ante uno de estos animales. Ni ver a Salvaje cuidando de alguno de esos niños. Black hizo su función y ahora hace otra, ayudarme con niños, nadie lo monta, tan solo lo pasean y él sigue siendo útil, de manera diferente; eso me gratifica. Y si tu pregunta es económicamente te pregunto ¿el dinero da siempre la felicidad? Te responderé yo, ve a la India y verás a personas más felices que tú teniendo menos de la mitad de lo que tú tienes.

—¿Has estado en la India? —pregunté expectante

—¡Sí! Cuando, bueno, ya sabes. Fui para aclarar mis ideas, y vine con esta idea muy clara.

—¿A qué te hubieras dedicado de no haberte aclarado?

—Sería igual que Adrián.

—No hay mal que por bien no venga.

—Eso dicen —dijo con un tono diferente al de hasta ahora.

Volvimos al silencio, esta vez para nada incomodo, mientras yo no dejaba de pensar en todo lo que había pasado. Le miraba de soslayo encontrándole cada vez más atractivo y todo un misterio que merecía la pena esclarecer.

Cuando llegamos a Ondara a por mi coche, su reloj marcaba las siete y media, aún tenía que ir a casa y arreglarme.

Me despedí de Alejandro con un *«hasta luego, a las nueve en mi casa»*. Subí corriendo a mi coche para darme prisa.

Llegar a mi casa supuso una misión imposible, había mucho tráfico y me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Puse la radio y sé que sonaba música, pero estaba tan embriagada en mis pensamientos, que no conseguí distinguir ninguna de ellas, ni siquiera para llegar tararearlas.

Aparqué el coche en el garaje, subí en el ascensor, abrí la puerta de casa y mis tres gatos me esperaban como si realmente estuviesen preocupados por mí.

Les saludé, les puse más comida y agua y fui a darme una ducha. Hasta ahora no había percibido lo mucho que olía a campo y estiércol.

A las ocho y media me acordé de que todavía no había contestado al email y me dispuse a hacerlo.

El Email

Hola Adrián, siento contestarte tan tarde, pero estoy algo ocupada con tantas fiestas. Estoy preparándome para ir a la cena de amigas casadas, son las tres de la tarde en *New York*, espero que puedas leerlo a lo largo de la tarde. Un beso.

A tu primera pregunta: ¿Cuál es mi color favorito? Te contesto que el negro y el blanco para vestir, el rojo para la ropa íntima. Pero en general el negro. Algo que no entiende mi madre.

Segunda pregunta: ¿Cuál es mi comida favorita? Me encanta la pasta, es decir, la comida italiana, aunque también la comida china y japonesa.

Tercera pregunta: ¿Ciudad favorita? Dénia. No sé si llegaré a salir de aquí, ni si iré a *New York*. Sé que es precioso por la televisión. Pero mi tierra también y no la cambio. Tenemos playa y montaña, no lo olvides.

Cuarta pregunta: ¿Playa o Montaña? Antes te he contestado, aquí tenemos ambas y he dicho las dos; pero prefiero la playa.

Quinta pregunta: ¿La ropa te gusta de marca? Si económicamente puedo algún capricho me permito. Sobretudo en bolsos.

Sexta pregunta: ¿Qué coche tienes? Tengo Fiat panda, ríete si quieres. pero tengo treinta años, y lo tengo desde hace doce años. En eso soy muy romántica, no me deshago de mi coche.

Séptima pregunta: ¿Te gusta leer? Me encanta, es cierto que apenas tengo tiempo, pero en vacaciones suelo devorar bastantes libros. Es lo que tiene tener las vacaciones en agosto e ir a la playa.

A las nueve en punto sonó el telefonillo que me indicaba que Alejandro ya estaba abajo. Me miré por última vez en el espejo. Esta vez, opté por un vestido marrón y blanco de manga larga; unas botas altas, marrones y un abrigo bien calentito, negro. No llevaba bolso, todo estaba guardado en los bolsillos del abrigo.

Bajé por el ascensor y encontré a Alejandro leyendo el nombre de los buzones.

—¿Conoces a alguien? —Le pregunté en la distancia mientras observaba que para la ocasión había escogido unos pantalones vaqueros y unas

deportivas. El abrigo también parecía calentito, y también era negro.

—Eso estaba mirando, pero no —contestó volviéndose hacía mí con una sonrisa que hizo que yo se la devolviese automáticamente—. ¡Estás preciosa!

—¡Gracias! —No quería hacerlo, pero sin saber por qué, me sonrojé.

—Mi coche está ahí enfrente —Señaló en su dirección

—¿Te importa si vamos andando? —pregunté poniéndole morritos.

—No, pero cuando vengamos hará mucho frío.

—No pasa nada, pero tienes el coche bien aparcado y la casa de mis amigos tampoco está muy lejos.

Accedió con una sonrisa y fuimos caminando y hablando hasta allí.

—Fanny, no te asustes mañana, tendrás agujetas.

—Me lo he imaginado, ya tengo el culo un poco morado de tanto trote.

—La próxima vez ya no te pasará.

—¿Habrá una próxima vez? —pregunté sonriendo.

—Todas las que quieras —Afirmó devolviéndome la sonrisa.

—Te voy poniendo al día, mi amiga Olga está casada con Pedro, los dos dentistas. Mi amiga Ángela está casada con Ramón, un abogado, ella es su secretaria. Lucas y Andrea, lo dos pediatras. Edurne es florista y Koldo carpintero. Iñaki es gay y trabaja en una tienda de ropa, no tiene pareja estable desde hace dos años, así que no sé quién será su pareja. Mónica y Saúl son los anfitriones, él es cerrajero y ella una cotilla.

—¡Vaya tela! ¿Todos te caen bien?

—A veces. —Nos reímos los dos y seguí contándole anécdotas nuestras.

—¿Con qué me voy a encontrar?

—Con un montón de preguntas sobre nosotros, sobre ti.

—Muy bien, conozco bien a mi hermano. ¿Dónde se supone que os habéis conocido?

—No lo hemos hablado todavía. —Los calores se iban apoderando de mi cuerpo, ¡putos nervios!

—Pues sí que lo tenéis preparado... Vale, nos conocimos en un chiringuito, en la playa, te tiré algo encima. Ya veré.

—Me gusta mucho leer, por si te ayuda, voy a la playa a leer.

—¿Qué problema tienes en leer en casa?

—Ninguno, pero no tengo tiempo de leer, y aprovecho en mis vacaciones.

—Perfecto, anotado mentalmente.

—Ya hemos llegado, es aquí. —Le interrumpí parándome en un edificio de tres viviendas.

—¿Solo son tres vecinos?

—Ellos, su hermano y su madre. Cada uno en un piso —contesté mientras tocaba al timbre.

Subimos en el ascensor hasta la tercera planta, Mónica nos esperaba en el rellano algo nerviosa. En cuanto se abrió la puerta del ascensor nos abordó en el mismo.

—¡Ay Fanny! Lo siento, de verdad.

—¿Qué pasa, se ha anulado? —pregunté deseando que la respuesta fuese afirmativa

—Te he mandado varios mensajes, ¿no los has visto? —decía cada vez más nerviosa mi amiga.

—¡No! Me estás poniendo nerviosa, ¿qué pasa?

—¡Rubén está aquí!

—¿Qué? —Mi cara empezó a cambiar y mis piernas a temblar.

—Te he estado avisando para que no vinieses.

—¿Preferís que él esté aquí antes que yo? —Mi voz fue más elevada de lo que pensaba.

—No, no es eso; es por ti, para que no estés incómoda. —Dijo mi amiga alterada.

—No estará incómoda. Por favor Mónica, ¿verdad? ¿Me dejas hablar un segundo con mi novia? —Interrumpió Alejandro tomando las riendas de la situación.

—Perdona, no nos han presentado, pero veo que ya sabes quién soy. —Mónica recuperó su habitual postura de prepotente—. Eres Adrián, ¿no?

—Pues veo que también te han hablado de mí. —Sonrió y la desarmó.

—Os dejo solos, os espero dentro —añadió apretando las piernas mientras caminaba como si estuviese meándose.

—Escúchame Fanny. Vas a entrar ahí y vas a ser tú misma, da igual quién esté. Vas a demostrarle a ese gilipollas que fue un imbécil por dejarte escapar y que él se lo ha perdido.

—Pero yo...

—Pero nada, estaré a tu lado —sentenció el falso novio.

Entramos por la puerta no con la misma seguridad con la que había salido de casa, todas las miradas fueron hacía nosotros, incluyendo la de Rubén, que palideció al instante al ver a Alejandro, perdón a Adrián.

Él tomó de nuevo las riendas de la situación presentándose ante todos, incluido mi ex novio, que al presentarse Alejandro/Adrián dijo...

—Me alegro de conocerte al fin, Fanny me había hablado de ti.

—Me imagino que bien —añadió divertido.

—Ni bien ni mal. Nos reímos de ti cuando pensamos que, si no hubieras sido un capullo integral engañándola, nosotros no nos hubiéramos conocido. Oye, hay que agradecer que gracias a ti estamos juntos y felices, de lo contrario no lo seríamos. ¡Gracias macho! —Le dio unas palmaditas en el brazo y volvió a mi lado. Ninguno de los allí presentes reaccionó.

—Bien, pues sentémonos a cenar —anunció Mónica.

Me senté aún con temblores en las piernas, Alejandro/Adrián pasó sus manos por mis piernas y sentí un alivio electrizante. Nos sonreímos y continuamos con el paripé.

Durante toda la noche charlamos con todos. Rubén y su pareja estaban cada vez más cohibidos. La presencia de mi falso novio no le gustaba, y menos las miraditas que nos procesábamos. Hubo un momento que hasta yo misma dudé, realmente creía que estaba sentada junto a mi novio.

Mi ex novio y su nueva pareja, no era la chica con la que me engañó; se fueron los primeros. No se despidieron de mí, algo que agradecí. Nosotros fuimos los siguientes, a sabiendas de que Mónica en cualquier momento podría empezar su interrogatorio.

En el ascensor no dijimos nada, una vez en la calle metí mis manos en el interior de los bolsillos para calentarme y empecé a caminar cuando noté su brazo sobre mis hombros.

—¿Qué haces? —Le pregunté

—Abrazarte, así estaremos más calientes. —Sonreí— No ha estado tan mal, ¿no?

—No, les has engañado a todos. Además, ibas muy guapo con esa americana y los vaqueros.

—Gracias, cuando quiero puedo ser algo más que un chico de campo.

—Nunca lo he dudado. —Volví a sonreírle mientras le miraba a los ojos con lentillas azules que tanto le cambiaba.

—Siento lo de tu ex novio.

—No, no lo sientas; lo has dejado en su sitio.

—No quería que estuvieses mal y decidí que fuese él quien lo estuviese.

—Gracias. —Nos volvimos a mirar y él me apretó más contra su cuerpo haciendo que mi cabeza se apoyase en su pecho.

—Venga, ánimo, lo peor ya ha pasado. Ahora te dejaré en casa y mañana tendrás al Adrián de verdad —aquellas palabras punzaron mi corazón.

—Alex, ¿puedes quedarte un rato conmigo, hasta que me duerma?

—Yo...

—Sé que no entra dentro de tu contrato, es un favor personal — interrumpí.

—Claro Fanny, sin problemas.

Al entrar se sorprendió de que los tres gatos estuvieran esperándome en la entrada. Los acaricié y me siguió hasta el comedor. Tras quitarse el abrigo se sentó en el sofá, yo hice lo mismo con mi abrigo y fui a la cocina para servir dos copas de vino blanco.

—Creía que no bebías —Me dijo mientras me quitaba la copa de las manos.

—Y no lo hago, pero hoy lo necesito. —Sonreí tras contestarle.

—No ha sido tan terrible.

—Me quedo con el momento anterior a la cena.

—Bueno, tampoco me he portado...

—¡Olvídalo! —Le interrumpí—. Siento curiosidad por lo de tu ex novia, podrías contármelo, si quieres claro...

—Es obvio que me engañó, ¿no?

—Deduzco que con tu hermano.

—No, nada más lejos de la realidad —afirmó mientras reía

—¿Entonces? —Mi cara le hacía reír más.

—Adrián no te ha hablado de nuestra familia, ¿verdad?

—¡No! —Contestar y sorber mala combinación.

—Mira. —sacó su móvil y me enseñó la foto de un niño, discapacitado—. Te presento a Abraham, es autista.

—¿Este es el niño del que me has hablado antes?

—¡Sí! —contestó mientras miraba el teléfono.

—Pero no entiendo, ¿qué tiene que ver con tu ex novia?

—Es su hijo.

—¿Cómo tiene la cara de llevártelo si no es tuyo?

—No, mío no es. Pero tiene mi sangre.

—Pero si me has dicho que no te engañó con Adrián.

—No, con él no. Pero sí con mi padre, y tuvieron a Abraham.

—¿Cómo has dicho? —Me quedé perpleja y le pregunté algo que no tenía que preguntar. Tampoco sabía qué decirle.

—Fanny, esto no tienes que saberlo y agradecería...

—Por supuesto, tranquilo, no tengo que decir nada a nadie. ¿En tu casa no

lo saben? —Pregunté frunciendo el ceño.

—¡No! Un día volvía de trabajar, en un bar. Nunca he querido que mis padres me pagasen mis caprichos, y estar con mi ex novia no era barato. Entré por la puerta y me sorprendió ver las llaves de ella. En aquel piso nada más entrabas estaba el dormitorio principal, así que entré sin más pensando que podría estar en la ducha, de hecho, lo estaba, pero con mi padre. Salí de allí corriendo por no pegarle a mi padre, tan deprisa salí que olvidé coger mis llaves, entre otras cosas. Durante el resto del día no le cogí el teléfono a nadie, simplemente desaparecí.

»Al día siguiente fui de nuevo al piso, ella se había ido a trabajar, recogí mis cosas, fui al banco, saqué mi dinero y la anulé como autorizada.

—¿Cómo acabaste en la India? —Quise saber

—No tenía donde ir. No quería ir a casa de mi madre y contarle lo ocurrido, así que mirando por internet encontré un vuelo barato, alquilé un trastero para el resto de mis cosas y me llevé lo esencial. Cuando volví, fui al despacho de mi padre, intentó darme una explicación que no quise oír, la rabia me consumía, le cogí del cuello y lo levanté un palmo del suelo. Le dije que no iba a ser abogado, para eso ya estaba Adrián. Le dije lo que quería y que él me ayudaría económicamente a la compra de los caballos.

—¿Hubieras estado dispuesto a destrozar a tu familia por conseguir tus sueños?

—Él ya lo había hecho. —Alejandro iba poniéndose más tenso.

—Pero de eso ya hace años y nunca se lo has dicho a tu madre, ¿por qué?

—Mi padre supuso que yo mismo se lo contaría a mi madre, imagino que por eso no se negó a costearme los equinos. Pero jamás se lo diría a mi madre, prefiero ser yo quien sufra.

—¿Cómo conociste a Abraham?

—Un tiempo después de mi llegada, mis hermanas las vieron embarazada y pensando que podría ser mío me lo comentaron, pero las fechas no me cuadraban por ninguna parte. Ella y yo hacía meses que no manteníamos relaciones sexuales, supongo que desde que se acostaba con mi padre. Ahora el niño tiene cuatro años. Fue ella quien vino a buscarme pidiéndome ayuda porque su hijo es autista, no sabía cómo ayudarle y mi padre le había dicho a lo que me dedicaba yo.

—Siento que hayas pasado por todo esto, de verdad.

—No tienes por qué sentirlo, no es culpa tuya; y tampoco sé por qué te lo estoy contando, pero es fácil hablar contigo.

—¿Cómo es la relación con tu padre?

—Nula, hago lo que me da la gana y no le doy explicaciones. No me tiene tan atado como a mi hermano. Supongo que por eso puso tierra de por medio, para poder ser él. Supongo que mi padre al vivir atemorizado por su secreto, de mí pasa bastante.

—Ahora entiendo que Adrián me dijese que creía que tú eras el favorito porque hacías lo que querías.

—No, no lo soy; es que fui testigo de sus mentiras. No te asustes estos días, de verdad, mi madre es una mujer encantadora y te hará estar como en casa.

—Estoy segura de ello. Mi madre también es así.

—Fanny, no tienes que hacer esto y no creo que mi hermano...

—Entiendo, crees que no soy buena para tu hermano, ¿no?

—No, yo...

—Y dime Alex, ¿para quién soy buena?

—Yo...

—Déjalo. —Volví a interrumpir—. Es tarde, lo mejor será que te vayas a casa. Gracias por todo. —Me levanté y fui hacia la puerta. Él vino tras de mí.

—Fanny...

—Buenas noches Alejandro. Siento las molestias ocasionadas, ya no tendrás que hacer de canguro, y no te preocupes que tampoco le ocasionaré molestias a tu hermano. —Abrí la puerta y le invité a marcharse.

Él sin decir nada, me miró a los ojos y cerró la puerta dando un portazo haciendo que retumbase toda mi casa. Cerré los ojos y exhalé todo el aire contenido.

Me fui a la cama sin querer pensar en sus últimas palabras, *«no soy buena para su hermano, ni para él. Está claro que no soy de su mismo nivel social y no me puede dejar más claro que no encajo allí.»*

Di varias vueltas a la cama. Como no me podía dormir, cogí el teléfono y vi que, en algún momento de la noche, seguramente cuando me estaba arreglando o bajando por el ascensor, Alex me había mandado las fotos que, sin darme cuenta, me había hecho cuando fuimos a pasear con los caballos. Al mismo tiempo que las miraba recibí un whatsapp de Mónica con una imagen y las siguientes palabras: *«Hacéis buena pareja.»*

La imagen era una de nosotros dos en uno de esos momentos en los que nos mirábamos embelesados, justo cuando no era él, sino Adrián.

Pensando en él abrí el correo; en el cual, también había un mensaje de

Adrián.

Hola preciosa, seguro que saldrá y estará saliendo de maravilla. Gracias por contestarme, lo que es evidente es que somos el día y la noche. Aún no he pensado en cómo hemos podido conocernos. ¿Se te ocurre algo?

Mi hermano vendrá a por mí al aeropuerto de Valencia. Deberías venir con él para hacer la entrada triunfal como que has venido a recogerme al aeropuerto.

Hola Adrián, todo ha ido de maravilla. Sí, he pensado en cómo nos conocimos. ¿Te parece bien en un chiringuito? Tal vez podrías haberme tirado algo y quisiste ser amable e invitarme a tomar algo y ahí empezamos.

Respecto a lo de ir con tu hermano no me parece buena idea, querrás descansar y arreglarte. Por cierto, ¿a qué hora vienes?

Se lo mandé sin esperar que me contestase, pero allí son las nueve de la noche.

¿Qué haces despierta, deben de ser las tres de la mañana, no?

No podemos conocernos en un chiringuito. Te recuerdo que en los últimos años solo he viajado en Navidad, y el año pasado no estabas en mi vida como para hablar de ti. No me parece tan mala idea lo de que vengas a por mí. Así durante el trayecto nos preparamos, no necesito descansar, créeme.

Lo mejor será que digamos que nos conocimos cuando yo iba a embarcar, tenemos las mismas maletas y por error nos confundimos, menos mal que nos dimos cuenta a tiempo, antes de embarcar. Llegaré a las doce de España

Sé que no has viajado nunca, y tampoco tienes hermanos. Diremos que acompañabas a una amiga, y como ella cogió el avión antes que yo, nos quedamos un rato hablando hasta que me llamaron para embarcar.

Sí, me gusta la historia y desde entonces hablamos todos los días por teléfono y Skype.

Sonreí al leer la trama que se había montado, no estaba tan mal ni era

descabellada. Lo que seguía sin gustarme era la hora y media que iba a pasarme en carretera junto a Alex. Los parpados ya me caían y el riego creo que ya no me llegaba a la cabeza, le contesté.

Muy bien Adrián, me gusta la historia y no me parece tan descabellada, espero que también se la crean mis padres.

Muy bien, mañana iré a buscarte al aeropuerto junto a Alejandro.

Voy a descansar un rato, te lo digo por si no te contesto más.

Que tengas un feliz vuelo.

Dejé el teléfono sobre la mesita de noche y lo puse a cargar. Inmediatamente después me quedé dormida.

Cuando desperté eran las nueve de la mañana, volvía a llegar tarde y, seguramente, Sole estaría poniéndome verde, ya eran dos días seguidos. Sábado, cuando más gente teníamos.

Me duché rápidamente, pero al vestirme pensé que, desde el aeropuerto iríamos a casa de sus tíos de comida, tenía que ir bien vestida.

Unos vaqueros, una camisa blanca, mis converse y mi chaquetón, el más calentito.

Arranqué mi coche y llegué lo más deprisa que pude a la peluquería, pero cuando entré Sole lo tenía controlado.

—Hola, siento el retraso, anoche... —Comencé a decir, dando una explicación que no me dejaron terminar.

—No pasa nada Fanny, contaba con ello. Además, vi en esa libreta los planes que tienes con tu novio y he decidido tener unas ayudantes durante unos días, hasta que volvamos a la normalidad.

—No hace falta Sole, yo puedo cumplir —dije con cara triste. Ella miró el reloj y añadió

—No, no puedes. Además, quiero que seas la novia perfecta.

—¡Ay niña! ¿Pero ya tienes novio? —exclamó una de nuestras clientas habituales.

—¡Sí, señora Carmen! —contestó Sole emocionada—. Y nada menos que abogado.

—¡Hija! Agárralo bien que de esos quedan pocos.

—Anda Fanny, vete a casa y arréglate para ir a por Adrián.

—He traído la ropa para cambiarme aquí.

—¿Qué ropa mentirosa? Estoy segura de que pensabas ir así.

—Tampoco voy tan mal, ¿no? —pregunté mirándome de arriba abajo.

—Vas muy rollo casual, no sé si es lo apropiado. Aunque sean unas botas altas.

—Quiero encontrarme cómoda para el primer encuentro, ser yo, por si tengo que salir corriendo.

—¡Exagerada! —añadió Sole riéndose.

—Oye, antes de irme, ¿podemos hablar en privado?

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó yendo hacia el almacén.

—No creo que vaya a encajar y tampoco que esto vaya a salir bien.

—¿De qué estás hablando? Alejandro parece un encanto y seguro que Adrián es igual.

—No, no lo entiendes. Yo, yo no encajo. Mira, hablando de Alejandro, ya me dice que pasará ahora a por mí para ir al aeropuerto.

—¿Pasó algo ayer para que pienses eso? —Preocupada me cogió de las manos.

—Que Alejandro cree que solo quiero vivir un cuento de hadas a costa de su hermano, y dejó caer que no era buena para Adrián, bueno, y para él tampoco.

—¿Para él tampoco? No lo entiendo.

—Es como si no fuese suficiente para él.

—Pero no es a Alejandro a quién le tienes que gustar.

—¡Ya! Pero...

—¡Oh dios mío! ¿Te gusta Alejandro? —Sole se ponía las manos en la cabeza exasperada

—¡No! Bueno, es que hay veces que me hace sentir cosas. Pero al minuto siguiente le partiría la cara. Ayer en la cena de parejas sacó la cara por mí, dijo unas cosas muy bonitas, me hizo sentir segura. Estaba el capullo de Rubén con su nueva pareja.

—Fanny, ¡céntrate! Te gustaba Adrián y es tu novio falso, así que compórtate como una novia enamorada y olvídate de lo demás. Te recuerdo que Alejandro también estaba haciendo un papel.

—No lo había visto de ese modo. —Mi voz se volvió algo torca.

—Mujer, se supone que es/era tu novio, hubiera quedado muy mal si no pone a ese tipejo en su sitio.

—¡Claro! Tienes razón. —Sonreí, pero más bien de tristeza.

—Perdonad chicas, hay un chico que pregunta por Fanny. —indicó Elena

—Dile que ahora salgo —contesté sonriendo.

Elena salió y volvimos a quedarnos mi amiga y yo solas. Sonreía mientras ella me hablaba, pero no la escuchaba, mi mente ya estaba pensando en Alejandro.

Sole se dio cuenta y me besó en la mejilla deseándome suerte y ánimo.

Salí después de ella. Pude oír cómo Sole y Alejandro hablaban, y mis piernas empezaron a temblar.

Era algo que debía de controlar, o algún día me fallarían de tal manera, que me harían caer de morros.

Salí con una fingida seguridad, sonriente caminé hacia él mientras nos mirábamos a los ojos.

—¿Lista Fanny?

—Siempre estoy lista Alejandro. —Sonreí a Sole y salimos por la puerta.

—Estás guapa. —comentó mientras nos dirigíamos al coche.

—Gracias, seguro que no lo suficiente, pero bueno.

Alejandro se dio cuenta casi de inmediato que yo no estaba de humor, que esta vez no había hecho borrón y cuenta nueva. Seguía molesta por sus constantes comentarios sobre lo insuficiente que soy para su hermano. Tampoco se había dado cuenta de que, cuando era él, simplemente Alejandro, me había estado enamorando, para estropearlo un minuto después.

Durante todo el trayecto nos invadió el silencio, una costumbre ya entre nosotros.

Llegamos al aeropuerto y me quedé tan impresionada como el día que vi a Adrián por primera vez y contemplé las vistas que había tras de sí.

Alejandro me estuvo observando y sonriendo, era como si viese a una niña pequeña que ve por primera vez a los reyes magos.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta de salida, por ahí tenía que salir Adrián. Sentí un pinchazo en la boca del estómago cuando noté su mano que me sorprendió a mí misma. Inmediatamente después me solté de él. Alejandro me miró y su rostro se volvió todavía más serio.

22 de diciembre

Salía muchísima gente, veía como muchos familiares se reencontraban después de mucho o poco tiempo, no importaba, los abrazos eran igual de efusivos. Aquello me hizo sonreír y al mismo tiempo sentí cierta nostalgia. Alejandro gritó el nombre de Adrián y yo me moví nerviosa, no veía nada, ni a nadie.

Finalmente, un chico esbelto, bien vestido, guapo y sonriente se plantó delante de nosotros. Abrazó a su hermano y se hicieron un repaso rápido el uno al otro. Luego me miró...

—Hola Estef, ¿qué tal? Eres mucho más guapa al natural.

—Gracias. —Sonreí nerviosa—. Eres muy amable.

—No, no suelo serlo; digo la verdad mayormente.

—Ya veo que lo de ser sinceros viene de familia. —Ahí solté la puntillita.

—Alex, ¿has sido bueno con mi chica, no?

—Sí, muy bueno. Pero mejor que lo diga ella. —Ambos me miraron, esperando una respuesta que no quería dar.

—Sí. Ha hecho lo correcto, lo que le has pedido, ha sido Adrián.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Pasemos unas navidades en familia.

Noté la mirada de Alex clavándose en mí, pero no le hice ni caso. Me puse al lado de Adrián, para que los dos hermanos pudiesen hablar.

Alejandro le contestaba a todas las preguntas que su hermano le realizaba, aunque no se explayaba mucho en sus respuestas.

Así que optó por hablarme a mí al mismo tiempo que me cogía de los hombros. Aquello me recordó a cuando Alejandro hizo lo mismo el día antes volviendo de casa de mi amiga.

—Estef, de verdad que eres muy guapa, aunque mi hermano ya me lo había dicho.

—Qué raro que tu hermano diga esas cosas de mí.

—No entiendo —dijo pasando su mirada de uno a otro mientras Alex tensaba la mandíbula.

—Ahora iremos a mi casa, dejo la maleta y vamos directos a casa de mis tíos.

Durante el trayecto, sentada detrás del asiento del copiloto escuchaba

cómo los dos hermanos hablaban, por lo que decidí desconectar mirando por la ventana. De vez en cuando miraba el retrovisor y veía a Alejandro mirándome; así que volvía a mirar por la ventana, aunque más inquieta.

Adrián se bajó del coche yendo hasta el portal de su casa y accediendo en ella con las llaves que su hermano le había entregado.

—Fanny, siento...

—No, no lo sientas. Dijiste lo que pensabas y es lícito. No volveré a decir nada para que tu hermano no se moleste contigo.

—No dije todo lo que pensaba —añadió mirándome, buscando mis ojos.

—Ahora ya da igual. Estoy con Adrián, y cuando esto acabe no tendrás que verme más ni sabrás nada más de mí. —Me callé justo cuando Adrián entraba de nuevo en el coche, no dejando que Alejandro me diese la réplica.

—Ya estoy chicos —apuntó un sonriente Adrián—. Estef, hablemos un poco más.

—¿Qué quieres saber Adrián? —contesté sonriente

—Me dijiste que eres hija única, ¿por qué no has viajado más o estudiado?

—Alex me miró furtivamente, y al ver que me tensaba interrumpió la conversación.

—¡Chicos! Deberíais preparar mejor cómo será la presentación. Adrián, te recuerdo que mamá no sabe nada.

—¡Cierto! No quiero que estés nerviosa Estef, déjame hablar a mí y simplemente contesta cuando se te pregunte.

—¿Ahora que soy un robot? —pregunté algo molesta—. Es normal que al principio esté cortada, pero deja que sea yo misma, o de lo contrario no será creíble.

—Tienes razón, perdona. Deja que yo te presente y luego lo que surja.

Mi pierna se movía mucho más deprisa con cada minuto que pasaba allí encerrada. Necesitaba salir de ese coche y enfrentarme a la realidad, a la falsa realidad.

Veinte minutos de preparación, para que nuestras versiones cuadrasen, fueron suficientes. Realmente no; eso fue lo que tardamos en llegar a casa de sus tíos.

Ellos bajaron primero, Adrián fue recibido por toda su familia como si se tratase de un famoso recién llegado al aeropuerto.

Alejandro abrió mi puerta y salí del coche tímida. Cuando vi todo aquel remolino de gente empecé a sentirme pequeñita, muy pequeña e insignificante.

Volví a meterme en el interior del coche, le arrebaté la puerta a Alejandro que estaba desprevenido y cerré de un portazo diciéndome a mí misma.

«¿Qué estás haciendo Fanny? ¿Vas a hacerte pasar por alguien que no eres?»

La puerta se abrió de repente haciéndome salir de mis ensoñaciones.

—¿Qué haces? —Quiso saber Alex.

—No voy a salir, no quiero salir, no puedo hacer esto.

—Fanny, sal del coche. Piensa que ya estás aquí, ya has dado el paso, ahora debes de continuar andando.

—Pero...

—Pero nada —interrumpió—. Mi hermano te necesita y tú a él, unas navidades diferentes.

Respiré hondo mirándole a los ojos, esa mirada que tanto me gustaba y exhalé. Salí del coche con su ayuda, su mano junto a la mía haciéndome tambalear de nuevo.

Adrián nos miró y sin anestesia soltó la noticia.

—Familia, quiero presentaros a mi novia, Estefanía Ruiz.

—¿Cómo? ¿tu novia? —preguntó una mujer tocándose el corazón.

—¿Tu madre padece del corazón? —le susurré a Alex

—No, esa es mi abuela. —Nos miramos y miré de nuevo a toda su familia.

—Hola, soy Estefanía Ruiz —confirmé sonriendo tímidamente.

—¡AY NIÑA! Es la primera vez que Adrián nos presenta a una chica —exclamó su madre—. No sabíamos nada de ti.

—Mamá, no le agobies. Es normal que no os lo dijese, ya sabes cómo soy.

—¿Cómo os conocisteis? —Empezó el interrogatorio su madre

—En el aeropuerto. Acompañé a una amiga a coger su avión y confundí la maleta de Adrián con la de ella. Menos mal que nos dimos cuenta antes de embarcar. Y bueno, cuando mi amiga se fue nos quedamos hablando hasta que su avión dio el aviso de embarque —expliqué despacio y nerviosa—. En fin, durante este tiempo hemos estado hablando por teléfono y Skype.

—¿No os habéis visto en todo el año?

—No señora, yo he tenido mucho trabajo —contesté

—¿En qué trabajas?

—Soy peluquera —confesé casi sin pensar.

Ahí vi la reacción de todos ellos, era una peluquera, ¿algo poco para Adrián?

—¡Menos mal! Una chica normal. Temíamos que nuestro Adrián se fuese

a juntar con una de esas neoyorkinas que salen en la televisión, en las series.

—¿Perdón? —Miré a Adrián, que me guiñó un ojo y no me dio tiempo a nada más, fui abrazada y ahogada por toda su familia.

—Hola Estef, soy Alejandra. Encantada de conocerte, además me encanta que seas una chica normal y peluquera, ¿me harías el pelo para nochevieja? Yo no tengo ningún arte.

—Hola Alejandra, será un placer hacerte el peinado.

—¡Quita acaparadora! —Alexia empujó a su hermana y se abalanzó a mi mejilla—. Soy Alexia y también me gustaría que me arreglases el pelo, pero durante todo el año.

Miré de soslayo a Alejandro, que disfrutaba con la escena, la prueba de ello era su sonrisa. Su madre, tías y primos estaban a mi alrededor, pero Adrián y su padre habían desaparecido.

Seguí saludando y besando a toda su familia ante la atenta mirada de Alejandro que no me quitaba ojo.

Creo que fueron unas treinta personas, más o menos. Estaba un poco abrumada, nunca pensé que me acogerían así.

Me arrastraron hasta el interior de la casa, parecía que me elevaban, no notaba ni mis pies en el suelo.

Una vez dentro vi a Adrián y a su padre hablando en el salón, el patriarca no tenía muy buena cara, pero la de Alejandro no era mejor al verlo.

Su padre se acercó a él, le dio la mano y este se la estrechó, sin mirarle.

Cuando la gente fue desapareciendo de mi alrededor sentí un gran alivio, parecía que ya habían cesado todas las preguntas y que podía respirar.

Adrián se acercó sigiloso y agarrándome de la cintura me llevó hasta un rincón del comedor.

—Estef, ¿estás bien? —Se preocupó.

—¡Sí! Mi consuelo es que en breve pasarás por esto mismo y seré yo quien lo vea desde la barrera —le contesté con una sonrisa.

—¡No seas mala!

—Creo que no le he gustado a tu padre —puntalicé .

—Es una persona muy rara, ni caso. —Aquellas palabras me dejaron peor.

—Vale. —No dejaba de mirar a ese hombre que tanto daño le había ocasionado a Alex, y a su familia; aunque lo desconociesen.

—Al resto de mi familia les has encantado, sabía que lo harías, eres un sol. Ahora quédate tranquila y disfruta.

—¿Estarás conmigo?

—Estaré cerca. Siéntate mientras mi hermano y yo jugamos un partido de básquet contra mis cuñados.

—Yo también quiero ir, quiero jugar —dije sonriente.

—¡Atención, atención! Mi adorable novia quiere jugar un partido de básquet.

Al principio se oyeron risas, las mismas cesaron al ver mi cara de circunstancia.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó Adolfo, uno de sus cuñados, el marido de Alejandra.

—¡Sí! ¿las mujeres no pueden jugar? —contesté enseguida.

—Nunca han jugado —replicó mirando de un lado a otro buscando el apoyo de Alex y Adrián.

—Nunca nos lo habéis preguntado —recalcó Alexia

—Bueno, ¿y queréis? —indagó Armando, marido de Alexia.

—¡Sí! —Gritamos al unísono después de mirarnos.

Ellos se miraron y levantaron los hombros en señal de derrota. Nosotras reímos.

Nos costó un poco hacer las parejas, pero finalmente quedamos así.

Adrián y yo contra Alejandra y Adolfo.

Alejandra y Adolfo contra Alexia y Armando.

Empezó el primer partido, y entre risas ganamos nosotros.

El segundo partido fue un caos, pero finalmente ganaron Alejandra y Adolfo.

Luego jugamos, otra vez, Adrián y yo contra Alejandra y Adolfo. Ganamos.

El siguiente partido fue contra Alexia y Armando. Perdimos.

Poco después, al ver tal algarabía de voces, Alex salió a vernos. Eso le dio la oportunidad a Adrián de irse dentro a ayudar a sus tías y su madre. Por lo que esta vez el partido fue entre las dos hermanas y Alex y yo.

Había risas, diversión y mucha competitividad.

Acabamos por los suelos intentando recuperar la pelota riéndonos a carcajadas, en una de esas veces Alex se puso encima de mí, haciéndome cosquillas para que soltase la pelota, en esa partida yo jugaba con Alexia contra los dos hermanos, Alejandra y Alejandro.

Después de ese partido regresamos al interior de la casa. La chimenea estaba puesta, así como el resto de la mesa. Me fijé mejor en la decoración navideña y, debo de decir que, parecía sacada de una de esas películas de

sobremesa de esta época del año.

Antes de sentarme fui al baño para acicalarme, lavarme un poco y parecer un poco decente. Al mirarme al espejo me vino a la mente ese momento en el que Alex estaba encima de mí, sonriendo y haciendo que yo riese.

«No te engañes Fanny, no eres adecuada para Adrián ni Alejandro, cumple tu papel y olvídate del resto.» Me dije mientras miraba a esa chica que, por una vez, se sentía por igual de feliz que triste.

Diez minutos después salí con una coleta alta y ni rastro del acaloramiento acontecido por el ejercicio.

Me senté a la mesa al lado de Adrián, frente a Alejandro. Nuestras miradas se encontraron y lamenté que aquellos ojos me afectasen tanto.

Adrián me puso su mano sobre la rodilla, sentí una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo, lo miré buscando una señal de que él hubiese sentido lo mismo, pero no vi nada.

Hablaban extremadamente fuerte y todos querían un minuto de gloria para contar su vida, anécdotas o hazañas. Me sentía participe de un partido de tenis, aunque no sabía hacia dónde mirar, hasta que las preguntas recayeron sobre mí.

—Cuéntanos Fanny, ¿Adrián es tan estirado como a veces parece?

—No, para nada. Yo creo que es como un súper héroe. Se pone el traje y es el abogado sin escrúpulos y estirado que conocéis. Se lo quita y es otra persona diferente —contesté sonriente.

—Vaya hijo, esa faceta tuya no la conocíamos —añadió su madre.

—¿Y tú Estefanía? ¿También tienes doble cara? —Aquella pregunta, viniendo de quién venía, no me dejó otra respuesta que contestar.

—La misma que usted, supongo. —Miré a Alejandro de soslayo—. Yo creo, señor Savall, que todos tenemos esa otra cara que no queremos que nadie conozca, tal vez por vergüenza o por no ser quienes creen que somos, o incluso para sobre guardar la integridad de nuestras familias. Yo no sé cuánto tiempo estaré con Adrián, mucho o poco, pienso disfrutarlo al máximo. ¿He respondido a su pregunta? —Cogí aire y bebí agua mientras oía el silencio de los comensales y la mirada de Alejandro, la había cagado y bien cagado.

—Bueno, lo que está claro es que Adrián sabe buscarse parejas con carácter, cada vez estoy más contenta de que te haya encontrado, Fanny —dijo su madre sin mirarme.

Su padre, no dispuesto a verse vencido, e intuyendo que seguramente yo sabía algo que no debería saber atacó a Alejandro.

—Dinos Alejandro, ¿cómo te van las cosas en ese rancho tuyo? ¿Sigues teniendo pérdidas o ya te da para vivir? —Alejandro me miró, y antes de que pudiera contestar interrumpió Adrián.

—Papá, no he venido desde *New York* para que nos amargues las fiestas. Lo que pase en la vida de Alejandro es cosa suya, creo que ha quedado claro que él es feliz. Respecto a Estefanía, si tiene doble cara o no ya lo averiguaré yo, no creo que sea asunto de nadie más, nos concierne a ella y a mí. Ninguno de nosotros venimos para sacar las mierdas de los demás. El año pasado era sobre mi estado civil y ahora que tengo pareja tampoco te gusta, no es tu vida, es la mía. Disculpadme, necesito salir a tomar el aire.

Adrián se levantó de la mesa seguido por su hermano, me quedé allí sentada viendo cómo su madre fulminaba con la mirada a su marido. Las hermanas pronto cambiaron el ambiente hablando de sus hijas, se les notaba lo mucho que les gustaba su faceta de madre.

Después de la sopa sacaron solomillo, aún no habían entrado los dos hermanos y decidí ir a buscarlos.

Salí al patio y pude verlos en la distancia, hablando. No se percataron de mi presencia y fui acercándome poco a poco.

—Adrián ya sabes cómo es papá. Agradezco que hayas sacado la cara por mí.

—Hay demasiados secretos en la familia Alex y estoy cansado de fingir ser una familia idílica cuando no lo somos.

—¿Qué secretos? —Quiso saber Alejandro

—Para empezar el mío. —Dijo Adrián.

—¿El de Estefanía? Yo no creo que sea un secreto grave. Ni si quiera sabía lo presionado que estabas porque tuvieses pareja.

—Quieren que tenga descendientes, no quiere que las niñas hereden el bufete y yo no lo quiero tampoco Alex. Papá dice que eres un caso perdido que ya no espera nada de ti que soy la esperanza de la familia, y yo no puedo.

—¿Eres estéril? —preguntó frunciendo el ceño.

—Alejandro...

—¡Chicos, tenéis que regresar! —interrumpí la conversación sabiendo que no era ni momento ni lugar.

—Sí, Alex, volvamos; debo de presumir de novia —Me sonrió y se la devolví mirando de soslayo a Alex.

Regresamos los tres al interior de la casa, el ambiente estaba un poco enrarecido, pero fue Alex el encargado de hacer reír a su madre contagiando a

sus tías.

Adrián miraba el móvil y yo no dejaba de mirar a Alex. Aquel chico sentía devoción por su madre, por su familia.

El padre estaba fuera, tomando una copa de whisky mientras ocurría esos instantes que jamás recuperará. Respiré hondo y atajé por el comedor yendo hacía el recibidor y saliendo por la puerta de entrada encontrando al viejo hombre sentado en el porche.

Adrián no se percató de mi ausencia, pero Alex sí.

Al abrir la puerta el hombre me miró con cierto desprecio, saqué mi mejor sonrisa y me acerqué a él.

—Señor Savall, me gustaría decirle que tiene unos hijos alucinantes, debería valorarlo en lugar de exigirles que fuesen quienes no son.

—¿Con qué derecho te crees para decirme lo que me estás diciendo?

—No tengo ningún derecho, no nos conocemos. Soy buena observadora, nada más y he visto que sus hijos...

—Mis hijos no han nacido para llevar mi apellido ni seguir mi legado, misma herencia que, honradamente, seguí de mi padre y mi abuelo.

—Señor Savall, debería ser más permisivo, dejar que vivan sus vidas y elijan por ellos mismos, tal y como hizo usted en su día.

—Yo seguí los pasos de mi padre, tal y como él quería. He hecho siempre lo que se esperaba de mí. Y mis hijos deben hacer lo mismo. Bueno, Alex es un caso perdido.

—Pero no lo era, fue gracias a usted que es cómo es; ve la vida de otra manera y disfruta de ella, así como de su profesión. Es increíble la labor que hace con esos animales y con esos niños, solo por eso ya debería sentirse orgulloso. ¡Qué diablos, es Navidad! Sonría y disfrute que nunca se sabe cuándo puede ser la última vez.

—Muy bonito todo ese discurso, pero no me interesa tanta palabrería.

—Muy bien, creo que esto si le va a interesar más. —Me acerqué a él y susurrándole añadí—. Si no cambia de actitud con sus hijos le juro que el día de navidad me presento con Abraham, ¿me entiende?

—¿Cómo sabes eso? —Aquel hombre acababa de pasar de ser un león a una cucaracha.

—Dígame ¿lo ha entendido? —Le sonreí. — Nadie es perfecto y usted el primero.

—Sabe señorita Ruiz, no me gusta para ninguno de mis hijos. Pero he de reconocer que le ha echado huevos.

—Huevos no, no tengo; en todo caso ovarios —contesté— ¿Desde cuándo está recibiendo quimioterapia?

—¿Cómo lo sabe? No lo sabe nadie de mi familia.

—Tuve un familiar muy cercano enfermo, sé cuáles son los síntomas.

—¿Tu padre? —Me preguntó aquel hombre.

—No, mi abuelo. ¿Qué cáncer tiene y en qué grado?

—Me lo han cogido a tiempo, eso dicen al menos. Pero para prevenir me están dando quimioterapia antes de la operación. Lo tengo de colon.

—¿Cree que debe ocultárselo a su familia o portarse así con ellos pudiendo ser las últimas navidades? A tiempo o no, la vida le está dando otra oportunidad.

Dejé a ese desgraciado hombre de nuevo solo y entré en la casa ante la atenta mirada de Alejandro. Adrián seguía a lo suyo, me senté a su lado y este me abrazó atrapándome contra su pecho, por un momento, mientras escuchaba su latido me sentí en casa.

Después de otro rato fuera, el patriarca entró y estuvo con su familia, cambió de actitud, para sorpresa de todos.

Alrededor de las siete de la tarde, después de merendar polvorones y sidra, de jugar a un montón de juegos de mesa mientras los hombres jugaban a cartas, Adrián anunció nuestra retirada. Él estaba cansado del viaje y quería descansar.

Nos despedimos hasta de su padre, que muy amable me dio dos besos y un «*ya hablaremos*» que sorprendió a sus dos hijos.

—¡Chicos! —gritó su madre—. Mañana por la mañana os llevo el desayuno y me llevo a Fanny y a tus hermanas de compras. —Adrián y yo nos miramos y reaccioné.

—No puede ser, lo siento. Mañana trabajo

—Tonterías chiquilla, mañana os despierto —insistió la mujer.

—¿A qué hora será eso? —Quiso saber Adrián

—Sobre las ocho o las nueve —contestó la mujer eufórica.

—¿No crees que es muy temprano? —Volvió a preguntar Adrián

—Si tú no tienes que venir, ¿qué más te da hermano? —replicó Alexia.

—Muy bien, os espero para desayunar —dije finalmente viendo que la conversación podría alargarse horas.

La mujer, mucho más feliz, se despidió de nosotros con un beso. Al subir al coche tuvimos que hablar de cómo íbamos hacer para que yo estuviese a esas horas en su casa.

—Muy bien Fanny, ¿cómo piensas estar antes de las ocho en casa de mi hermano?

—Vuestra madre estaba ilusionada, tenía que aceptar.

—¿O quieres que te cambien el fondo de armario gratis?

—Alex, yo no me he ofrecido, me han invitado; y no necesito que nadie me compre nada, trabajo y puedo costérmelo yo.

—Haya paz chicos, Estef, quédate en mi casa a dormir.

—¿Cómo? —preguntó Alex algo perplejo.

—¿Por qué no? Somos novios, es lo más lógico. Además, si se va y mañana vuelve mamá podría darse cuenta en algún detalle. Ahora pasamos por tu casa y recoges lo imprescindible para pasar unas mini vacaciones en villa Adrián Savall.

Alejandro y yo nos miramos por el retrovisor, pero no dijimos nada. Durante el trayecto hasta mi casa, los dos hermanos volvían a conversar y yo volvía a evadirme, salir de aquel vehículo, aunque fuese mentalmente, era lo que necesitaba.

Llegamos a mi casa y subieron los dos para ayudarme a recoger.

—Estef, coge algunas fotos para ponerlas en mi casa. —sugirió Adrián mirándolo todo mientras yo iba hacía el dormitorio para meter la ropa en una bolsa de deporte, todavía por estrenar, de los propósitos de año nuevo del año pasado

—¿De qué vas? —dijo una voz tras de mí sacándome de mis ensoñaciones.

—No voy de nada Alex, ¿qué quieres? —contesté siguiendo mi camino, sin mirarle.

—Quiero que le digas a mi hermano que no puedes o que no quieres.

—Mira Alex, he aceptado la invitación de tu madre, ninguno de los dos había planeado esto así, rogaría que nos dejases vivir nuestra mentira, porque a mí me estás empezando a tocar bastante las narices. No me puedes haber dejado más claro que no te gusto ni quieres que pertenezca a tu familia, pero es Adrián quien debe tomar esa decisión y no tú.

—No lo estás entendiendo, te está utilizando, no se enamorará de ti. Seguro que tiene pareja en *New York*. —Aquello me dolió, no que tuviese pareja, sino que me estaba utilizando.

—Nos estamos utilizando —maticé bruscamente.

—Él no te llevará a *New York*, olvida ese sueño.

—No estoy viviendo ningún sueño, vivo mi vida. Deberías probarlo.

—Chicos, ¿qué hacéis? —preguntó Adrián desde el principio del pasillo.

—Ya salimos —grité.

Nos miramos Alex y yo y no dijimos nada más, él simplemente salió de la habitación, pasó por al lado de su hermano y le dijo «*Toda tuya.*» Y se marchó al coche.

Adrián vino hasta mí con cara de preocupación.

—Estef, ¿me he perdido algo? —Quiso saber mientras me ayudaba a guardar la ropa, muy bien colocada dentro de la bolsa.

—No, pero creo que es más que evidente que no le caigo bien a tu hermano.

—Hablaré con él —añadió cogiéndome de la mano.

—No, no es necesario. Mientras tú y yo estemos bien.

Ambos sonreímos y después de guardar mis cosas bajamos por el ascensor. Mi imaginación volaba sola pensando en que él le diese al botón de stop, el ascensor se detuviese y me besase ferozmente. Sacudí la cabeza intentando que la idea se desvaneciese y de paso me dejé una nota mental «*Dejar de leer libros románticos.*»

Al subir al coche sentí de nuevo esa tensión, esa sensación que solo Alejandro me producía.

Observé como Adrián también estaba algo incómodo, pero nunca creí que su boca se abría.

—Chicos, estoy un poco cansado del viaje y todo eso, pero me apetece salir a cenar, ¿qué os parece?

—Adrián, creo que han sido muchas emociones por un día y que deberíamos ir a casa y descansar.

—Ir a SU casa. —Repitió Alex con cierto recochineo.

—Eso, ir a tu casa. —Corregí mi frase mientras le miraba sin recibir respuesta.

—Pues encargamos algo para cenar y cenamos en casa —insistió Adrián, nadie dijo nada más.

Llegamos a su casa, solo el jardín era más grande que mi piso, entramos e intenté no fascinarme por todas aquellas cosas, cada objeto, cada foto, daba igual donde mirase, todo me gustaba. También la calidez que se respiraba pese a no vivir allí.

Pero entonces vi un detalle que me estremeció.

—¿Tú vives aquí? —pregunté a Alejandro con descaro.

—Sí. Cuando me fui se la quedó mi hermano, pero cuando vengo suele déjame para mí solo. —contestó Adrián mientras Alejandro me observaba.

—No por favor, que se quede. Es su casa. ¿Tu madre sabe que vives aquí?

—Piensa que se la cuida a Adrián, no que sea mía. Si se enterase pensaría que él no quiere volver.

—Que no quiero volver, pero no quiero que lo sepan —añadió Adrián.

—Sois una familia con muchos secretos.

—¿Cuáles te ha contado mi padre hoy Fanny? —preguntó Alejandro cruzando los brazos.

—Ninguno, simplemente hablábamos de la vida. —Tragué saliva mientras miraba a uno y otro. Adrián me sonrió, Alex no me creyó.

—Bueno, voy a ducharme, y cuando salga pedimos algo para cenar.

—Fanny, ven, te enseñaré tu habitación. —Me dijo Alex.

—Enséñasela, pero esta noche dormiré conmigo. —Aquellas palabras hicieron que mi corazón diese un vuelco.

Subimos hacia la habitación sin mediar palabra, entré tras él que observaba mis gestos y rasgos mientras yo me quedaba muda. La habitación era enorme, había un vestidor y un baño en su interior. Toda totalmente blanca, incluso el reposa cabeza era blanco y acolchado. Dejó mi bolsa sobre una silla y a continuación se acercó a mí.

—¿Te gusta?

—Es maravillosa Alex, me gusta mucho. ¿Por qué no me dijiste que vivías aquí?

—No tienes por qué saberlo todo de mí.

—No, no tengo. —Fui hacia la ventana, toqué las cortinas para ladearlas y ver aquel paisaje tan maravilloso.

—Fanny, voy abajo. Ponte cómoda, llamaré al restaurante italiano y que nos traigan la cena.

—Enseguida bajo. —Lo miré y sonreí.

Cuando me dejó sola observé la habitación con más detenimiento, desde luego que era una preciosidad. Abrí mi bolsa y saqué un chándal, no me apetecía que viesen mi pijama de borregos. Aunque, por otro lado, si tenía que dormir con Adrián, tarde o temprano me tendría que ver. Respiré hondo y me puse el pijama de borregos.

Cuando bajé vi a Adrián hablando por teléfono, también llevaba el pijama, aquello me relajó un poco. Fui hacia la cocina y encontré a Alejandro

poniendo en una bandeja unas copas de vino blanco, queso y fuet para picar.

—¿Necesitas que te ayude? —pregunté tímida.

—No, no hace falta —contestó sin mirarme.

Fui de nuevo hacía el salón tragando saliva e intentando no llorar. Adrián ya había terminado de hablar por teléfono, me miró y con una gran sonrisa golpeó varias veces el sofá invitándome a sentar.

Sonreí y me senté a su lado, su brazo izquierdo rodeo mis hombros y me atrajo hacia él, me besó en la cabeza y me dijo «*Todo saldrá bien Estef, eres una chica estupenda. Me extraña mucho que no tengas pareja, pero agradezco que ahora seas mi novia.*»

No dije nada, me limité a escucharle, sonreír por fuera, llorar por dentro.

Tocaron al timbre. Fue Alex el encargado de abrir y de traerlo a la mesa junto a lo que él había preparado. No hablé durante la cena, me limité a ver la televisión, ellos tampoco mantenían ninguna conversación, hablaban, pero de sandeces.

Después de la cuarta o quinta copa de vino Adrián cayó rendido en el sofá mientras Alex y yo seguíamos viendo la televisión.

—Deberíamos llevarle a la cama —dijo Alex mirando a su hermano dormido en el sofá.

—Sí, deberíamos.

—¿Podrás con él?

—No me han afectado tanto las copas, aunque reconozco que voy arrancada.

—¿Cómo de arrancada?

No dije nada.

Cogí a Adrián por los pies, Alejandro lo cogió por las axilas y subimos aquellos escalones, iba de espalda, tropecé y me caí. Nos reímos los dos, cuando conseguí levantarme seguimos avanzando hasta su dormitorio.

Cerramos la puerta con cuidado, me apoyé en la pared intentando respirar un poco, Alejandro se acercó mucho a mí, demasiado, tanto que volvió a dejarme sin aire.

Respiraba su perfume, Hugo Boss, notaba su entrepierna en mi pelvis, sus ojos marrones sobre los míos verdes.

—Lo siento Alex, pero no me van los tríos.

—¿Qué? —Su expresión parecía confusa y divertida a la vez.

—Que hemos bebido bastante, yo más que tú y tu hermano está inconsciente, no creo que sea el momento preciso para una relación a tres.

—Me sorprende que creas que yo sería capaz.

—No lo sé, pero estás prácticamente sobre mí y he creído necesario decirte que yo no lo veo, de hecho, no veo mucho.

—Muy bien Fanny, creo que es hora de que nos vayamos nosotros también a la cama. Pero que sepas que nunca me aprovecharía de ti, si tiene que pasar algo entre nosotros quiero que seas consciente y que disfrutes. —
Trague saliva.

—Buenas noches Alex. —Él se apartó y me dejó ir hacia mi habitación.

—Buenas noches Fanny. —Fue hacia las escaleras y se giró para verme entrar.

Me quedé apoyada tras la puerta, no oía sus pasos bajando los escalones, volví a abrir la puerta y con voz elevada le llamé.

—¡Alex! —Se giró y vino hacia mí.

—Dime. —Sus ojos decían lo que su boca no se atrevía, pero ya lo hice yo.

—¿Puedes llevarme a recoger mi coche?

—¿Qué? —Su mirada se había vuelto confusa

—Lo dejé en la peluquería. No es que puedan robármelo, pero le tengo un cariño especial, y no quiero que pase la noche fuera de casa.

—No hay sitio en el garaje para tu coche.

—No, lo quiero llevar a mi casa y luego venir.

—Claro, te llevaré. —Su tono expresaba resignación.

—Pues, vamos —contesté animada avanzando hacia las escaleras.

—¿No te cambias? Vas en pijama.

—No, solo es coger el coche, dejarlo y venir. —Sonreí y bajé.

Alejandro no daba crédito que, a las dos de la mañana, estuviésemos yendo a por mi coche. Pero él no dijo con palabras, fue su cara la que le delataba.. Aunque también había algo extraño, no parecía molesto, más bien al contrario, encantado.

Llegamos a Ondara, hacía mucho más frío de lo que yo creía. Bajé corriendo y fui hacia mi coche, pero algo me hizo detenerme. Miré hacia los lados y no vi nada. Me arrodillé en el asfalto para mirar debajo de mi coche y tampoco vi nada. Miré en dirección a Alejandro que me miraba desde el coche cuando volví a oír aquel sonido.

Alejandro bajó del coche.

—¿Pasa algo?

—¡ssssshhhh! Escucha, ¿no lo oyes? —Nos callamos los dos y lo oímos.

—Es un maullido.

—Sí, viene de ahí. ¡Ven!

—¿Qué vas hacer?

—¿A ti que te parece? —pregunté con sorna—. Con estas temperaturas no sobrevivirá.

—No sabes lo que es.

—Me da igual Alex.

—Vas en pijama.

—Alex, alumbrame con tu móvil y mira a ver si lo ves para indicarme.

Ambos encendimos las linternas, me metí por el bancal, aquello estaba lleno de matojos, y vete a saber qué más. No dejaba de repetirme una y otra vez en mi cabeza *«Esto es una locura, vas en pijama, ¿y si te sube una culebra por los pantalones? Sal de aquí antes de que sea tarde. Pero es un animal indefenso que necesita ayuda, y si lo he oído yo será para que lo salve.»* Me iba contradiciendo hasta que noté algo en mi pierna y grité.

—¿Qué pasa Fanny, estás bien?

—Sí, perdona, una rama se me ha colado por dentro del pantalón y mi mente ha hecho el resto.

—Vale. Sigue andando unos diez pasos a tu derecha, creo que lo veo, es un gatito.

—¡Voy!

Según me acercaba el pobre animal se movía, cuando volvía sobre mis pasos él también lo hacía. Finalmente, entre Alex, por fuera, y yo por dentro conseguimos acorralarlo. Cuando lo cogí, con mis manos desnudas, me mordió cuatro veces; lo que hizo que en dos ocasiones me cagase en la madre que lo parió a él y a mí por cogerlo.

Cuando salí del descampado y me dirigí hacia Alex sonriente y triunfante su cara cambió lo que hizo que me preocupase.

—Fanny, estás sangrando. —Me quitó al gato de la mano con una pequeña manta que tenía el en el maletero— Tenemos que ir a urgencias a que te pongan la antitetánica.

—No digas tonterías, estoy bien. Dame al gato, mañana lo llevaré al veterinario y te devolveré la manta.

—¿Qué no diga tonterías? Son casi las cuatro de la mañana, a este paso con la tontería se nos hace de día. Vas en pijama, por lo que veo, estamos los dos empapados por la humedad. Has cogido a un gato abandonado que podría estar enfermo, te ha mordido, y créeme cuando te digo que vamos a ir al

ambulatorio.

—Pero...

—Pero nada —Me interrumpió serio—. He dicho que vamos al ambulatorio y vamos a ir. No puedes meter a este gato junto al resto, puede ser perjudicial para los que tienes en casa. Después de que te pinchen lo dejaremos en mi casa.

—¿Qué quieres que Adrián me mate? —Mi cara cambió.

—No al piso. Lo tendré en la casita hasta que se ponga bien, y luego te lo podrás llevar si quieres.

Nos miramos y sonreí, acababa de ceder a toda su proposición, y si hubiese sido indecente también hubiese cedido. Me volvía loca su forma de hablarme, su fingida preocupación, me volvía loca, en general.

Llegamos al ambulatorio, dejando de nuevo mi coche solo. Cuando el médico me recibió, no daba crédito a mi explicación. Sus ojos se dividían entre los míos y los de Alejandro, supongo que esperando que mi acompañante le dijese que estaba chiflada y me había escapado de un psiquiátrico.

Me pusieron la antitetánica después de limpiarme las heridas. La enfermera allí presente nos miraba de la misma forma que el doctor, desde luego que iba a ser la anécdota del día; «*Mujer en pijama es mordida cuatro veces por un animal al que intenta salvar.*» Es insólito hasta para mí. Lo bueno es que no fui por alguna situación vergonzosa y obscena.

Al salir de allí Alejandro rompió el silencio de la noche con grandes carcajadas mientras caminábamos hacia el coche.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —protesté indignada.

—Míranos, es cómico, no puedes decir que no. —Sus palabras eran indescifrables por la risa.

—Pues no le veo la gracia. —Mi tono fue serio, no me molestaba su risa, al contrario. Pero quería que se cortase un poco.

—¡Pues yo sí! —dijo después de mirarme.

Él iba por delante de mí, seguía sonriendo, pensando en lo ocurrido y yo un poco más atrás también sonreía al verle sonreír.

Al subir al coche y ponernos en marcha hacia su pequeño rancho, como yo lo llamaba, los ojos se me iban cerrando, demasiadas emociones por un día.

Noté su respiración sobre la mía, me susurró al oído «*Vengo enseguida, no te muevas.*» Sonreí aprobando que no me hiciese bajar del coche. Aunque a los cinco minutos abrí los ojos algo inquieta, no había pasado mucho tiempo,

pero para mí parecía una eternidad.

Salí del coche, cogí las llaves y cerré. Fui andando despacio hacía la casa, y cuando entré vi a Alejandro limpiándole los ojos al gato con manzanilla. Aquella escena me hizo sonreír y me quedé en la puerta observando, sin que él se diese cuenta, hasta que notó mi presencia.

—Deberías estar en el coche durmiendo.

—Y tú deberías estar conmigo. —Nuestras miradas se encontraron—. Quiero decir, que no ibas a tardar.

—Quería dejarlo bien y cómodo. He pensado que podríamos llamarle Bagheera. Es todo negro y, además, de donde lo hemos cogido para él sería la selva.

—Me gusta, gracias por lo que estás haciendo, de verdad. —Me acerqué a él y puse mi mano sobre su antebrazo, nuestros ojos se miraban, me acerqué un poco más a él, mucho; demasiado.

—No sigas Fanny, eres la novia de mi hermano. —Giró la cara hacía el gato y yo retrocedí varios pasos hasta que mi espalda se encontró con la pared.

Como treinta minutos después dejó al gato con agua, leche y una manta en el suelo. Yo era una mera espectadora, no había vuelto a abrir la boca para nada.

Sin mediar palabra, con un simple gesto de cabeza salimos de la casa, cerró la puerta tras de mí y nos dirigimos al coche.

—¿Has cogido las llaves del coche? —preguntó tras intentar abrir.

—¿Yo? ¡No!

—¿Cómo que no? El coche está cerrado, no se cierra solo.

—Yo he salido del coche y ya está. —Me encantaba las caras que estaba poniendo.

—Vamos a ver Fanny, has debido de coger las llaves, mi coche no se cierra solo si no detecta a nadie, ¿entiendes?

—¿Quieres registrarme? —Observé su cara y me gustó lo que vi.

—¿Me quieres decir qué hacemos ahora? —Golpeó en el capó del coche mientras venía hacía mí.

—Podemos dormir aquí —insinué.

—Oye, de verdad, no sé qué pretendes, pero estás agotando mi paciencia, no es conmigo con quién tienes que dormir, ¿lo entiendes?

—Estoy cansada, pedazo de gilipollas, toma las llaves, solo quería que descansásemos. —Le tiré las llaves en el pecho y estas cayeron al suelo.

—¡Recógelas! —Su voz era severa, me agarró del brazo haciéndome daño.

—¡AY! —grité—. Me haces daño.

Dejó de apretarme y se acercó tanto a mí, que podía sentir su respiración en mi cara. Tener sus labios tan cerca y no poder besarlos, me estaban atormentando.

—Lo siento, sube al coche, te llevare a casa. Estás cansada y empapada.

—¡No! Quiero ir a por mi coche, por favor.

No me contestó, dio la vuelta al coche, se subió y volvimos a Ondara. Bajé sin despedirme, subí a mi coche, y esperé a que él se fuese para arrancar mi Fiat mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Pero mi coche no estaba por la labor de arrancar, tras comprobar que mi coche había decidido no arrancar entré en la peluquería y me acosté un rato en el sofá de allí. Creo que fue la primera vez que me alegraba de guardar las llaves en la guantera.

A las nueve me despertó una Sole cantarina y feliz, hasta que me vio allí.

—Nena, Fanny, ¿qué haces durmiendo aquí? —Sus manos me movían sin cuidado

—Jope Sole, ¿no podrías ser un poco más delicada?

—Cuando me digas lo que haces aquí. —Me levantó las piernas y se las puso encima.

—¿Qué hora es? —Adormilada me frotaba los ojos.

—Las nueve pasadas, ¿por?

—¿Las nueve? ¡Mierda! —Me levanté de un sobresalto e intenté buscar mi móvil.

—Pero... ¿qué pasa o pasó?

—Sole es una historia muy larga y no tengo tiempo. —Tiré todo el interior de mi bolso en el suelo y cogí el móvil.

—Supongo que te vas, ¿no?

—Sole, me has dado vacaciones y estamos a veintitrés de diciembre; víspera de navidad, tenemos cena con sus amigos y tendría que haberme despertado en la cama de Adrián e irme con su madre y hermanas de compras.

—Eso está muy bien, pero sigo sin saber, ¿qué haces aquí?

—Mi coche no arrancó, tenía las llaves ahí y decidí entrar. —Miraba rápidamente el móvil leyendo los innumerables mensajes que ambos hermanos me habían dejado.

«Alejandro 6:35 23 de diciembre: ¿Se puede saber dónde estás? Creía que me seguirías con el coche y no te veo, ¿te has perdido?»

«Alejandro 6:50 23 de diciembre: He vuelto a salir a buscarte, he vuelto a Ondara, he visto tu coche, pero no estás por ningún lado.»

«Alejandro 7:30 23 de diciembre: Joder Fanny, te he llamado más de veinte veces, ¿dónde coño estás?»

Alejandro 08:02 23 de diciembre: Fanny, son las ocho, mi hermano está preguntando por ti, estamos preocupados, mi madre no tardará en llegar.»

«Alejandro 08:10 23 de diciembre: ¿Esto es por lo de ayer? ¿Qué quieres que haga? ¿Qué querías que hubiera hecho? Llevo toda la noche sin dormir Fanny, por favor, solo di que estás bien.»

«Adrián 08:11 23 de diciembre: Estef, ¿dónde estás? Mi madre y hermanas están aquí, ¿te esperan o se van? ¿Estás bien? ¿He hecho algo que no debía?»

«Perdona Adrián, una larga historia. Dile a tu madre que luego la llamaré y me acercaré donde estén, tengo que hacer un peinado y lo había olvidado.»

Le contesté a Adrián y volví a tumbarme sobre el sofá resoplando, cerré los ojos y noté como Sole se levantaba sin decir nada para abrir la peluquería.

Mi móvil empezó a sonar, miré la pantalla y vi el nombre de Alejandro, no lo cogí.

Me levanté con muy pocas ganas, con mucho frío y con muy mal aspecto. Me lavé la cara en el baño y salí con una sonrisa obligada.

Mientras Sole me miraba y le lavaba el pelo a la primera cliente del día, yo salía, en pijama, por la puerta para volver a subirme al coche e intentar arrancarlo, esta vez a la primera, pegué con las manos el volante y me fui a casa.

Cuando subí a casa saludé a mis gatos, les puse agua y comida y me fui directa a la ducha, al mirarme al espejo vi todo mi pijama embarrado, y unas ojeras que tenían más de un nombre ese día.

Después de la ducha me puse el pijama y me acosté en la cama, dudé varios segundos si miraba el teléfono, lo solucioné mirándolo.

«Alejandro 10:15 23 de diciembre: Gracias por contestarme Fanny. Ya me ha dicho mi hermano que estás bien. Yo lo siento, siento haberte hecho daño, quiero que hablemos.»

Lo pensé, lo releí y en la mesita de noche lo dejé.

23 de diciembre.

Al despertar miré el móvil y vi que eran casi las doce del mediodía, algo somnolienta miré los whatsapps por si Alejandro me hubiese escrito algo más, pero fue uno de Adrián lo que encontré.

«Adrián 11:30 23 de diciembre: Estef, espero que estés bien, llámame y si he hecho algo que no debía lo hablamos. Yo creía que esto consistía en parecer una pareja real, algo lo está pareciendo, desde luego, mi madre cree que anoche nos peleamos y que por eso no estabas en casa. ¿Te apetece que comamos juntos?»

«Perdona Adrián, demasiadas emociones, no has hecho nada malo, todo lo contrario. Claro que podemos comer juntos, y tranquilo que ahora llamo a tu madre y se lo explico. Necesitaba descansar para esta noche, pero estoy bien.»

«Adrián 12:15 23 de diciembre: Hola preciosa, me alegro de que estés bien, te recojo a las dos y nos vamos a comer y así te hablo de mis amigos. Un beso guapa.»

Sonreí después de leerlo, y me estiré en la cama soñando despierta que era él quién estaba a mi lado, tocando mi cuerpo y no las sábanas de franela.

Cerré los ojos con fuerza, viendo su cara, sus labios besándome, mis manos acariciando su mejilla mientras él sonreía, pero no era Adrián.

Abrí los ojos, enfadada conmigo misma. Me odiaba por no poder ver a Adrián como ese novio que tanto anhelaba. Cada vez que lo pensaba me venía a la cabeza las palabras de Alejandro y me hundía en mí misma, no porque de verdad creyese que no fuese buena para Adrián, sino porque tampoco lo era para él, y eso me dolía todavía más.

Me levanté de la cama y fui al baño, me hice una coleta alta y me lavé la cara.

Después de vestirme me senté en el sofá esperando que se hiciese la hora, es un asco ser tan puntual.

Faltaban cinco minutos para las dos cuando sonó mi móvil con un simple *«ve bajando que voy»*. Y así lo hice, cogí mi bolso, me despedí de mis gatos y esperé en la calle.

Vi aparecer un coche que me era familiar, mi corazón empezó a latir más deprisa, mucho más rápido. Paró justo en mi portal y sonreí tras ver a Adrián al volante.

Cogió carretera, y sin decir a dónde íbamos comenzó a hablar sobre sus amigos.

—Estef, no quiero que estés nerviosa, son gente normal, aunque a veces puedan parecer unos pijos.

—Y crees que no encajaré, ¿no es eso?

—No, yo no he dicho eso; pero por ejemplo sí que vamos a obviar que eres peluquera porque no iban a creerse que yo...

—Estuvieses con alguien como yo —interrumpí.

—Estef, mis anteriores parejas...

—No eran peluqueras, más bien modelos o azafatas o algo así, ¿no?

—Nunca les he presentado a ninguna. Me han visto ligar y créeme, no eres el prototipo de mujer con las que suelo estar.

—Si no lo ves claro puedes ir solo. —Mi voz resultó algo más dura de lo que yo quería, pues esperaba que sonase indiferente.

—No, no digas tonterías Estef, todo saldrá bien. Además, me gustas mucho, y seguro que eso es más que suficiente.

—Si tanto te gusto no me pedirías que fuese alguien que no soy.

—Quiero a mi hermano y le pedí que se hiciese pasar por mí. Estef, simplemente no quiero que puedan dañarte con sus posibles comentarios.

—¿Debo de estar callada y parecer tonta, y no una rebelde contestona?

—¡Sí! Veo que lo has entendido. —Lo miré desafiante—. Estef, es broma. Sé perfectamente que eres capaz de hablar y abarcar cualquier tema de conversación, pero hazme caso y no digamos que eres peluquera.

—Como quieras. —Mi tono de resignación lo dijo todo. Giré la cabeza y me puse a mirar por la ventana—. ¿A dónde vamos?

—Te gustará, es un restaurante muy bonito.

—Pero has salido de Dénia.

—Claro, todo lo bonito no está solo en Dénia, aunque estando tú aquí cueste creerlo.

—No seas tan zalamero —contesté sonriendo.

—Me gusta verte sonreír, y si tengo que hacer el payaso por ver en tu cara una sonrisa dibujada, lo haré.

—Venga, vamos al grano, háblame de esos amigos tuyos.

—Muy bien. Empezaré por Gustavo, es arquitecto. Hasta ahora era uno de

los grandes, con la crisis ha tenido que bajar un poco su caché. Elena fue su prometida, pero lo dejaron cuando ella decidió irse a vivir a Madrid. Es abogada economista. Teresa es médico de familia, está trabajando en Valencia. Aaron es pediatra aquí. Eleonor, su mujer es pediatra en Gandía. Mauri es periodista en Barcelona. Mari es azafata de vuelo, estuve liado con una de sus amigas y ella está casada con Guillermo, que es piloto de avión y bueno, hace honor a eso de tener una mujer en cada punta del país.

—Por lo que me has dicho no serías el único soltero.

—Gustavo viaja mucho y me imagino que tendrá una chica, pero todavía no la conozco. El año pasado ninguno de los dos trajo a nadie por respeto, pero sabíamos que Elena tenía pareja en Madrid, aunque no creo que a Gustavo le fuese a gustar.

—¿Qué pasa, es más guapo que él? —dije con sorna.

—Más guapa que él sí que es —contestó

—¿Es lesbiana?! —Estaba asombrada, creía que eso solo ocurría en las series.

—Pero son de esas cosas que no se dirán en la cena, aunque lo sepamos todos, Gustavo tal vez no lo sepa todavía.

—Yo jamás sacaría un tema así y menos viendo que os juntáis una vez al año.

—Lo sé, pero ya te darás cuenta de que ninguno le preguntará por su vida íntima, ni si tiene pareja.

—¡Entendido! ¿Qué más? —Acababa la pregunta cuando nos adentrábamos en el restaurante La Casa de Pepa, en Beniarbeig.

—Espero que te guste todo lo que tienen en la carta, hacen un arroz buenísimo.

—Nunca he estado, confiaré en ti y en lo que pidas.

Bajamos del coche, no dejaba de mirarlo todo, por suerte para mí hacía uno de esos días en los que no notabas que estábamos en invierno. El solecito nos acompañaba y se estaba muy a gusto, aunque elegimos sentarnos dentro.

Qué hubiera pasado si...

Mientras escuchaba a Adrián hablar con el camarero mi mente creó una fantasía paralela, ¿Qué hubiera pasado si estuviera aquí con Alejandro y no con Adrián?

¿Cómo hubiese sido este momento?

Su mirada penetraría la mía, hablarían solas, sonreiría y me dejaría llevar por lo que surgiese. Tal vez él se disculpase, aunque tampoco haría falta, a veces parezco gilipollas solo con mirarle olvido que es un borde y un amargado, pero luego, otras veces me enseña ese lado tan...

—*Fanny, de verdad que siento los comentarios que te hago, tal vez es porque no creo que debas estar con mi hermano porque estoy enamorado de ti. Sé que no te puedo dar tu cuento de hadas en New York, pero puedo darte millones de paseos a caballo, susurrarte al oído lo increíble que eres y no dejar de hacerte reír.*

—*Me halagas Alex, pero creo que solo te gusto porque voy detrás de Adrián.*

—*Tonterías, me gustas tú, tal y como eres, no cambiaría ni un ápice.*

Sonreí y le cogí de la mano, no daba crédito a lo que me estaba diciendo. Aquello tan solo me hacía pensar que mis sentimientos por Alex eran más fuertes que por Adrián, al que apenas conocía, quién me trataba de maravilla. Yo no dejaba de imaginarme a Alex besando mis labios, tocando mi piel e incluso hacérselo en el baño de aquel restaurante. Pero por alguna razón cada vez que veía a Alex me ponía a la defensiva, siempre estaba preparada para un buen ataque y aquello no era bueno para mí.

No era Adrián a quien tenía delante hablando, para mí era Alex, teniendo una conversación civilizada y natural, sin discusiones ni malas palabras, justo lo que era cuando se hacía pasar por Adrián.

Pero no elegimos de quién nos enamoramos, ¿o sí? Bueno, quedan doce días, no es para tanto, además de los días libres de por medio.

Tengo que dejar de imaginar e intentar enamorar a Adrián con mi encanto personal, bueno, más bien siendo yo. Pero ya me ha prohibido serlo delante de sus amigos.

Y si hubiera conocida a Alex en condiciones normales, ¿se hubiese fijado

en mí?

¿Puedes estar enamorada de dos hermanos? Porque Alex me encanta, pero con la personalidad de Adrián. Así que tengo un problema, eso lo puedo solucionar tirándome a Alex cuando se haga pasar por Adrián. ¡Tonterías! Ahora sí las digo.

No dejo de pensar en la santa paciencia que tuvo para coger al gato, no dejo de pensar en que seguramente pensará que estoy loca, pero cada vez que lo pienso sonrío, solo me viene a la mente esa imagen que mi retina fotografió de él mirándome mientras yo gritaba porque una rama se había colado por el camal de mi pantalón.

—Estef, ¿estás aquí? —Adrián me tocó la mano con delicadeza

—Perdona, sí; solo pensaba.

—¿Se puede saber en qué?

—En tus amigos, en esta noche, en que he dejado tirada a tu madre.

—Por lo de mi madre no te preocupes, las cosas vienen como vienen, la mujer se piensa que hemos discutido, así que más realismo para la mentira.

—¿Cómo un chico como tú recurre a una página para buscar pareja?

—No iba a recurrir a nada, sinceramente. Fue leer tu post y me pareció interesante.

—Pero ¿por qué estabas en una de esas páginas? —insistí mientras él seguía tocándome la mano.

—¡Ah! Porque de vez en cuando algunos de mis clientes, o sus parejas están ahí, y es más fácil ganar un caso cuando sabes de primera mano que hay infidelidades. Podría haber venido con una modelo, azafata o prostituta de lujo, pero quería algo real.

—Define real. —El camarero trajo el vino blanco y una ensalada.

—Alguien de quién pudiese enamorarme de verdad.

—¿Podrías enamorarte de mí? —Cogí la copa de vino y bebí

—Eres una chica inteligente, divertida y guapa. ¿Por qué no podría? Ciertamente que la distancia es un problema, pero por el entorno en el que me muevo, te aseguro que no hay chicas como tú.

—¿No piensas volver nunca? —Cogí el tenedor con un trozo de lechuga

y me lo metí en la boca.

—¿No piensas irte nunca? —Su mirada azul se oscureció penetrándome.

—No he tenido motivos para irme. —Casi me atraganto por contestar antes de que la pregunta quedase en el aire.

—No tengo motivos para volver. —Seguía mirándome fijamente.

—Yo podría ser uno. —No podía creer lo que mi boca acababa de decir.

—Podrías, pero no lo creo. Antes te pago el billete para que tú vinieras allí. Y no nos desviemos del tema, te tengo que explicar más cosas de mis amigos. Esta noche no sé cuántos irán con pareja, pero necesito que causes sensación.

—Creía que acababas de decir que querías algo real.

—Con ellos no. —Trajeron la paella y continuamos hablando—. No hables si no sabes nada del tema, prefiero que sonrías a que te descubran.

—¿Prefieres que sonría como una tonta? —Dejé caer el tenedor sobre el plato.

—Sé lo que puede parecer, pero créeme si te digo que es lo mejor.

—No lo veo Adrián, lo siento. Creo que a esto deberías ir solo, no encajo entre ellos, y por lo que me cuentas no voy a poder hablar de nada.

—Todo saldrá bien, son un poco especiales y no será tan fácil como mis padres, pero saldrá bien.

—¿Intentas convencerme o convencerme a ti mismo? —Mi tono se había vuelto osco.

—Traen la paella. Estef, Gustavo y Elena ya aportarán el lado tenso de la velada: intentemos pasar desapercibidos.

No dije nada más, a partir de ahí asentí y escuché cada palabra sobre sus amigos intentando memorizar que los dos pediatras no tenían hijos biológicos, habían adoptado a una niña que su madre abandonó justo en la puerta de su casa. Les costó mucho y pasaron muchos calvarios, pero finalmente lo consiguieron.

Mauri había tenido problemas en la redacción por confiar demasiado en una de sus fuentes que le había fallado. Terminamos de comer hablando de Alex, también iría a la cena y aquello hizo que mi estómago se encogiese.

—Como has podido ver puedo hacer perfectamente mi papel de novia florero, asentir y sonreír, sin personalidad para mantener una conversación.

—Estef, no he dicho eso. —Cogió la servilleta y se quitó los restos de vino de su labio superior.

—¿Qué pinta tu hermano en la cena?

—Porque él antes era como nosotros y aunque cambió siguen siendo sus amigos.

Aquello me hizo pensar en el Alex de antes, ¿cómo sería su vida antes de su decepción? ¿También sería así de borde? ¿Nacemos o nos hacemos? Yo también sufrí un desengaño y no creo que mi carácter haya cambiado. Reconozco que confío menos en los hombres, pero no creo que haya más cambios.

Intenté que pagásemos a medias la comida, pero él se negó, después de beberse lo que le quedaba de vino me cogió de la mano y salimos a pasear por el jardín.

Me sentía tan bien junto a él, que olvidé, por un momento, con cuál de los dos hermanos estaba. Le oía hablar, pero no sabía lo que me decía, no le estaba escuchando, solo fantaseando.

La mano no me la soltaba, pero yo no sentía nada, nada si lo comparaba a cuando Alex me tocaba.

Me peleé conmigo misma, internamente, para que aquello no fuese así. Cabía la posibilidad de enamorarlo, y en un primer momento fue él quien me gustó.

Alrededor de las seis de la tarde volvimos a su casa para arreglarnos. Alex no estaba y me pregunté de inmediato si estaría cuidando de nuestro Bagheera. Subí al baño de arriba, me llené la bañera y mientras se llenaba cogí de la habitación mi ropa. Sabía que ninguno iba a entrar en el baño, ya que era el baño propio de la habitación, eso hizo que me relajase.

El agua estaba un poco caliente, tal y como no me gustaba, pero lo bien que me venía me hizo olvidar que mi piel era sensible a tanto calor.

Eché la cabeza hacía atrás, notaba las puntas de mi cabello húmedas acariciando mi cuello semi seco. Mis dedos jugueteaban con el agua mientras mi mente se dispersaba fantaseando, pensando, soñando, quería lo mismo, pero con Alex.

Alejandro me miraba de una manera que no era igual con la que me miraba Adrián.

Al cerrar los ojos veía a Alex, sonriéndome y enfadado, pero seguía sin saber qué le molestaba de verdad, el motivo por el que era tan borde.

Miré el móvil, y vi que quedaban cuarenta y cinco minutos para la cena. Salí de la bañera quitándome todo el jabón, me sequé y fui a la habitación para vestirme con ese vestido negro y mangas tres cuartos que había elegido para la ocasión. Unas botas altas rojas y un abrigo del mismo color ponían

punto final a mi vestuario.

Me maquillé con tonos suaves, excepto los labios, un rojo muy intenso. Bajé las escaleras y busqué con la mirada a Alex, pero seguía sin haber rastro de él.

—Vaya, estás preciosa. —Su voz la hubiese reconocido hasta en sueños.

—Gracias, tú también estás muy guapo. —Sonreí sin apartar mi mirada de él.

—Deberíamos irnos o llegaremos tarde.

—¿Alex no viene? —Intenté que la desolación y la tristeza no se apoderase de mí.

—No, me ha llamado, no viene a la cena. Recuérdate que les de recuerdos a todos de su parte.

—Claro. —Sonreí al notar sus dedos entrelazándose con los míos.

Aparqué el coche en el parking subterráneo y fuimos andando, cogidos de la mano hasta el restaurante. Me abrió la puerta, un perfecto caballero, volvió a cogerme de la mano y caminamos juntos hacia la mesa, estaban todos allí, solo había tres sillas vacías, las nuestras y la de Alex.

No dejaba de sonreír y de observar todo a mi alrededor, desde el mantel hasta la falsa sonrisa que alguno me dedicaba.

—Chicos, os presento a mi novia, Estefanía Ruiz. Estef. Estos son mis amigos. Gustavo, Elena, Teresa, Aaron, Eleonor, Mauri, Mari y Guillermo. Los otros dos no los conozco. —Iba señalándolos a medida que los presentaba mientras yo sonreía, asentía y repetía el nombre como gilipollas.

—Ella es Esmeralda, mi pareja. —interrumpió Elena.

—Mucho gusto —dijimos los dos al unísono.

—Y ella es Beatriz —aclaró Gustavo. Bueno, parecía que se respiraba normalidad entre ellos.

—¿Cómo conociste a nuestro soltero de oro, Estefanía? —preguntó Teresa.

—Bueno, ahora es Alejandro el soltero de oro —añadió Mauri.

—Nos conocimos en el aeropuerto, puedes llamarme Fanny, si lo prefieres.

—¿Fanny? —preguntó confundida—. No, es demasiado choni. ¿Viajabas a *New York*?

—No, acompañaba a una amiga al aeropuerto, hubo una confusión de maletas y nos dimos cuenta a tiempo, si no mi amiga se habría llevado su maleta y él se habría quedado con una maleta llena de juguetes pervertidos.

—No pensé lo que acababa de decir; simplemente me pareció un toque humorístico para una situación tan violenta. Solo los chicos rieron, excepto Adrián.

—No le hagáis caso, es una bromista —añadió Adrián.

—Se le ve, ¿a qué te dedicas? —El tono de voz de Mari resultaba duro.

—Soy...

—Es administrativa en una asesoría —interrumpió Adrián.

—Y aun así conservas el sentido del humor, eso sí es un milagro —comentó Mari

Mi mirada y la de Adrián se encontraron, y sentí, por primera vez, pena de mí. Cierto que todo era mentira, pero ¿por qué mentir sobre mi profesión? Está claro que ninguno de ellos vendría hasta Ondara a peinarse; pero bastante estábamos mintiendo ya, no era necesario ocultar mi profesión. Además, era algo con lo que me sentía cómoda.

—Bueno, cuéntanos un poco sobre tu trabajo Estefanía.

—Lo siento, cuando salgo de la oficina desconecto y no hablo de trabajo.

—Eso deberíamos hacer todos, deja ya a la chica, Teresa. Parece que le estás haciendo el tercer grado. Todos tenemos trabajos complicados y nos juntamos para divertirnos, no para hablar de nuestras profesiones —añadió Eleonor.

—Cierto, pero es que lo más curioso es que su cara me suena y juraría que es la peluquera de mi madre allí en Ondara.

—Creo que te equivocas Teresa, debo de tener una cara muy común y me habrás confundido. O tal vez tengo una doble y no me he enterado. —Sonreí para suavizar el ambiente mientras le golpeaba en la pierna a Adrián.

Mauri cambió de tema haciendo que todo el centro de atención fuese esa conversación, y haciendo que yo pudiese respirar tranquila.

Mi voz ya no se oyó el resto de la noche, me sentía atrapada, aburrida, pero con la sonrisa siempre en la cara como si fuese de porcelana.

No entendía muchos de sus temas, su forma de divertirse hablando de política como si fuesen a salvar el mundo. Niños enfermos, o muertos que vuelven a vivir.

Pedí permiso para levantarme e ir al baño, me apoyé contra la pared y saqué el móvil del bolso.

«Estefanía 23 de diciembre. 23 horas. Por favor, sácame de aquí. ¿Sabes dónde estoy?»

«En diez minutos estoy allí. Sí, lo vi en tu agenda.»

Sonreí tras leer su mensaje, me miré al espejo e inventé una historia poco creíble para salir de allí.

—Perdonad chicos, estoy un poco indispuesta, me voy a ir a casa, lo siento.

—Vaya Adrián, esta es peor que la Cenicienta, se va antes de hora —dijo Gustavo.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se levantaba y me cogía de las manos.

—Sí, no te preocupes. Quédate y pásatelo bien —insistí mirándolo a los ojos.

—Te llevaré a casa —dijo seco.

—No, de verdad que no. No te preocupes.

—Vale nena, como deseas. No creo que lo haga muy largo.

—¡Anda que no! —interrumpió Guillermo.

—Hazlo todo lo largo que quieras, no te preocupes. —Le toqué cariñosamente el brazo. — Bueno chicos, ha sido breve pero un placer, espero que el año que viene repitamos.

—Nosotros sí, no sabemos si tú también —dijo Teresa—. Es broma mujer.

—Muy graciosa Terenca, perdona, Teresa. —Sonreí y me volví hacia Adrián.

—Cariño, mándame un mensaje para saber que has llegado bien.

—Claro, no te preocupes. —Fue entonces cuando Adrián me besó, noté su lengua pidiendo acceso en mi interior, accedí y me quedé perpleja. Ni en mi fantasía hubiese sido mejor.

Salí del restaurante con las piernas temblando, hacía frío y me amollé en el abrigo hasta que vi una ráfaga intermitente de luz, a la tercera vez caminé hacia ellas.

—Hola Sole, ¡qué alegría verte! Y perdona haberte molestado a estas horas.

—No me has molestado, hoy estaba sola. Así tengo un poco de culebrón para antes de dormir. ¿Qué te ha pasado?

—No estaba cómoda. —Sonreí—. Además, no creo que encaje bien con toda esa gente.

—¿Qué gente? Tú y yo nos vemos todos los días. Aparte de ser compañeras te considero mi amiga. Ellos se ven una vez al año, se felicitarán por las redes sociales y cada uno fingirá tener una vida mejor que la anterior.

—¡Me ha besado! —Solté de sopetón mientras me acariciaba los labios.

—Voy a contratar a una peluquera que te sustituya, se llama Lidia.

—¿Qué? —La miré sorprendida—. ¡Voy a volver!

—¿A que jode que te suelten las bombas así? Ahora contesta tú, ¿qué tal besa?

—¡Ains! Muy bien, besa muy bien. Pero no dejo de pensar que era lo que se esperaba de él, es decir, somos novios, tenía que besarme, ¿no?

—¿Ha sido con lengua? —Conducía Sole hacía ninguna parte, ya que no le había dicho a dónde quería ir.

—¡Sí! —Volví a tocarme los labios mientras pensaba.

—En ese caso me atrevería a decir que puede que le gustes. Podría haberte dado un pico y ya está, ¿no?

—Mira cómo he actuado hoy, no creo que sirva para llevar una vida en *New York*.

—Fanny, deja de fantasear, no te ha pedido nada todavía, os estáis conociendo.

—Tienes razón. Bueno, cuéntame lo de esa chica, Lidia.

—Nada, estoy teniendo mucho trabajo y no puedo sola, no quiero que vengas, quiero que disfrutes, así que la he contratado. Si nos gusta pues podría quedarse y así yo podría dedicarme a depilar.

—Me parece genial, nos hacemos grandes. —Agaché la mirada y jugué con mis dedos.

—¿Dónde te llevo? —interrumpió mis pensamientos.

—A su casa.

—¿A casa de Adrián? —Me miró de soslayo.

—¡Sí! Estoy viviendo allí para que su madre no sospeche nada. Creía que te lo había dicho.

Mientras llegábamos Sole estuvo hablando de lo bien que iba la peluquería, lo bien que le iba con su chico y lo feliz que era. Y yo, con un fingido interés, pensaba en todo lo sucedido, en lo mal que me estaba portando marchándome así de la cena; aunque en mi mente se repetía constantemente que él no me acompañó a dos eventos. Pero ese beso me hacía pensar en cómo habría acabado la noche de haberme quedado con él.

—Bueno amiga, gracias por traerme. —Estaba bajando del coche cuando Sole me cogió de la mano, me giré hacía ella

—Fanny, no dejes de sonreír por nada ni nadie. Ya sabes que cuando no esperas nada, todo sucede.

—Hace mucho que dejé de esperar. —Sonreí y cerré la puerta del coche.

Subí las escaleras, le dije adiós con la mano y continué subiendo, las

llaves se cayeron al suelo provocando un gran estruendo, las recogí del suelo y entré. Aquellos tacones rechinaban por el suelo de mármol. Me los quité y subí las escaleras, no vi la luz del comedor encendida, pero él si me vio a mí.

Fui a la cocina a por un poco de agua fresca y, al abrir la nevera con un poco más ímpetu de lo normal, golpeé a quién se escondía en la penumbra.

—¡Joder! —gritó Alex

—Pero ¿Qué haces ahí? Casi me muero del susto.

—¿Qué susto? ¡Si me has golpeado! —Vociferó

—Yo no sabía que estabas aquí, ni ahí. ¿Cómo has entrado?

—Por la otra puerta. —Saqué hielo y se lo puse envuelto en un paño en la nariz.

—No sabía que había otro acceso a la cocina.

—Porque nunca lo usamos, ¿y mi hermano?

—Con sus amigos, supongo —contesté mirándole a los ojos mientras sujetaba el hielo, y él mis manos.

—¿Y tú?

—Aquí, golpeándote la nariz. —Sonreímos y él se quejó por el dolor.

—¿No te gustan sus amigos?

—¿Los suyos? Y los tuyos. —Nuestras miradas volvieron a cruzarse.

—Hace años que míos no son, pero mi hermano...

—No hace falta que me des explicaciones.

—Quiero hacerlo. —Me sostuvo la mano y la mirada—. Cuando rompí con... ya sabes con quién, fue como si me hubiese quedado solo. Me fui a la India, volví renovado. Pero mi forma de ver la vida y lo que quería de ella ya no encajaba con las tuyas. Poco a poco fui distanciándome, y sé que, si no es por Adrián, yo no iría a esas cenas. La otra comida, la de los compañeros, será igual o peor que la de hoy. No dejarán de hablar de leyes y casos que han supuesto medallitas en sus carreras.

—Y volvemos a lo de siempre, yo no encajo ahí. —Le miré desafiante y solté el paño con el hielo, lo que hizo que sus manos dejaran de tocarme para evitar que el hielo tocara el suelo.

Le di la espalda caminando hacia el fregadero para mirar por la ventana mientras colocaba mis brazos abiertos en los extremos de la encimera.

—No, sabes que no encajas ahí. —Dijo tirando el paño y el hielo al fregadero—. No eres frívola ni superficial. —Sus manos se apoyaron en mi cadera y su nariz se introdujo en el hueco de mi cuello. Todo mi cuerpo se estremeció, cerré los ojos consciente de que, Alex, me estaba mirando a

través del reflejo de la ventana—. No puedo, lo siento. —Esas fueron sus palabras antes de marcharse. Cuando abrí los ojos estaba sola en la cocina y parecía que, aquello, había sido irreal, un sueño

—Pero quieres, y yo también —susurré mientras contemplaba mi reflejo en aquella ventana, en la oscura soledad.

Respiré hondo y fui hacia mi habitación, cerré la puerta y me dejé caer tras ella.

Pasados unos minutos fui al baño y, con una pereza enorme, no me desmaquillé. Me acosté mirando por última vez el móvil.

«Adrián 24 de diciembre 01:00 horas. Nena, ¿has llegado a casa? No me has mandado ningún whatsapp, no tardaré en ir. Siento que te hayas aburrido e ido.»

«Estefanía 24 de diciembre 01:30 horas. Perdona, me había quedado sin batería. Estoy bien, voy a dormir. Pásatelo bien y disfruta.»

Me acosté y, al cerrar los ojos, mis pensamientos se agolparon entre el beso, y lo que habría significado para Adrián; y el momento en la cocina con Alex.

Me gustó el beso, pero no sentí lo mismo que con el simple roce de Alex.

Así me quedé durmiendo hasta que un ruido me despertó. Miré el móvil, y marcaba las cuatro de la mañana. Sin levantarme de la cama pude oír cómo Adrián iba tropezándose con todo, era él quién estaba armando tanta escandalera.

Mis ojos estaban cerrándose de nuevo cuando oí a Adrián decir mi nombre.

—¿Está aquí?

—¿Quién está aquí? —La voz clara de Alex se entendía mejor que la de Adrián.

—Estefanía, ¿has ido tú a por ella? —Alex intentó levantarlo del suelo.

—No Adrián, no he ido a por ella, ha venido solita. ¿Qué pretendías llevándola con esas personas que parecen sacadas de una revista de esnobs?

—Es mi novia y tenía que venir —Oí un estruendo y supe que era el jarrón del pasillo.

—No es tu novia —insistió Alex

—Tenemos un contrato.

—Tú lo has dicho, un contrato. Sabes que no encaja, no puedes pretender que sea quién no es.

—¿Qué pasa, te gusta? No me puedo creer que mi hermano pretenda

quitarme a la novia que he contratado. —Sus gritos podrían oírse desde la calle.

—¡sh! Baja la voz, está durmiendo.

—¡Que te jodan Alex! Siempre has tenido todo lo que has querido. No vas a quitarme a mi novia, aunque sea falsa.

—Pero si ni si quiera te gusta —rebatió Alex.

—Eso no es problema tuyo, a ti tampoco te gusta, solo estás haciendo esto porque está conmigo, no puedes soportar que me haya elegido.

—Mira Adrián, ¡vete a la mierda!

Mientras Adrián seguía vociferando se silenció la casa tras el portazo de Alex.

Cerré los ojos y, sin poder evitarlo, mis lágrimas se fueron derramando. Cuando volví a abrirlos, los rayos de sol entraban por mi ventana.

Mis ojos apenas se podían abrir, fui al baño y me miré en el espejo. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero me preocupaba su reacción pues en unas horas teníamos comida y cena en casa de mis padres.

Preparé mi equipaje, llamé a un taxi y salí de la habitación con la esperanza de que nadie sabría nada, pero me equivoqué.

—¿No piensas despedirte? —Su tosca voz me sobresaltó.

—¡No! —Mi voz no sonaba tan pizpireta como de costumbre.

—¡Fanny!

—Ni Fanny, ni nada. No soy una muñeca hinchable, tengo sentimientos, y creo que ya he hecho bastante el imbécil pensando en cuentos de hadas inexistentes. Ni contigo ni con él. Sois tal para cual. Lo que más me jode, es que tengo que volver a dar explicaciones a mis padres, porque mi novio no me acompaña por emborracharse. Esto fue una tontería desde el principio. No me extraña que estéis solos, ni que a ti te dejase tu novia. No tenéis sentimientos.

—¡Fanny! —Su voz sonó mucho más dura.

No le contesté, mantuve la mirada cinco segundos y salí de aquella casa. Bajé las escaleras sin mirar atrás pese a no oír la puerta. Subí al taxi y miré el móvil para no mirar si había salido; de haberlo hecho algo en mí hubiera cambiado.

Cuando llegué a casa dejé las cosas para tirarme sobre la cama sin dejar de llamarme idiota mentalmente y en repetidas ocasiones. Fue entonces cuando sonó mi teléfono.

«Mamá 24 de diciembre 10:30 horas. Cariño, ¿sobre qué hora vendréis?»

No contesté, no me apetecía decirle a mi madre que volvía a ir sola, antes de conocerlo ya iba a tener yo la culpa de haberlo echado a perder.

Ducharme se convirtió en un reto. No me apetecía arreglarme, solo tenía ganas de meterme en la cama y no salir; pero eso no podía permitírmelo.

A las doce salía de casa con una nueva bolsa de viaje, con ropa para esa noche y para el día siguiente.

24 de diciembre

Aparqué el coche, respiré hondo y, con la mejor de mis sonrisas fingidas, me aproximé hacia la puerta con paso firme, aunque por dentro las piernas me temblaban.

Mi madre había decorado toda la casa, parecía sacada de una de esas películas navideñas. Se oían los villancicos desde la calle, se notaba que el ambiente que allí se respiraba era puro navideño y feliz, eso que yo no estaba. Iba a amargarle las navidades a mi madre; eso es lo que más me dolía.

Retrocedí sobre mis pasos incapaz de llamar al timbre, no dejaba de pensar en una buena excusa que convenciera a mi madre, o decirle la verdad.

—Estás preciosa. —Su voz me paralizó, pensé que estaba soñando—. Fanny, yo...

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin mirarle.

—Yo seré tu acompañante, no es la primera vez. ¿Te parece bien? Sé que no soy Adrián, pero tampoco creo que esté mal.

—No tienes que hacerlo —contesté sin mirarlo, aunque por dentro sonreía.

—Quiero hacerlo. —Aquellas palabras me ablandaron..

—Gracias. —Volví a contestar, pero esta vez con una sonrisa bobalicona en la cara.

—No me las des. Venga, vamos a enamorar a tus padres.

Se puso a mi lado, llamó al timbre, y los gritos de mi madre podían oírse por encima de la música.

—¡Los niños, ya están aquí los niños! —gritaba mi madre, como si mi padre estuviese sordo.

—Lo siento —dije de repente.

—¿Por? —preguntó entrelazando nuestras manos.

Agaché la cabeza y la mirada hacia la cálida sensación que aquello me producía. Justo cuando iba a abrir la boca, mi madre abrió la puerta y me abrazó tan fuerte que creí que me rompería el cuello. Después le tocó el turno a Alex, bueno, al falso Adrián.

—Mamá, para ya, ¡déjalo! Lo vas ahogar. —Cogí sus brazos estirando para que lo soltase.

—¿Qué dices hija? ¡Está fuerte! —Aquella afirmación la hizo tocándole los ciclados brazos, que aunque no estaba cruasán, tenía unos fuertes brazos.

—Ya mamá, pero recuerda que es mío. —Mis palabras hicieron sonreír a Alex.

—Niña, contrólate que estás delante de tu madre —contestó fingiendo estar ofendida.

—Lo sé mami, eres la misma que no deja de sobar a mi chico. —Al decir «*mi chico*» ambos nos miramos.

—Adrián, no le hagas caso a mi hija y pasa, estábamos deseando conocerte. Fanny es muy reservada con sus cosas, te tenía muy escondido.

—No me lo creo señora, pero piense que vivo en *New York* y ella aquí. Ya sabe lo que dicen de las relaciones a distancia. Nosotros nos lo estamos currando mucho para que nuestro jardín florezca. —No pude evitar soltar una carcajada en cuanto terminó de hablar, lo que hizo que mi madre me pegase una colleja.

—No te rías del chico, bien bonito eso que ha dicho. Deberías aprender a ser más cariñosa, Fanny.

—No se preocupe señora, estoy acostumbrado a sus burlas. —Me guiño un ojo y sonreí.

—No me llames señora, me llamo M^a Dolores, Lola para la familia.

—Vale, pues Lola. —Sonrió y mi madre con él, a ella ya se la había ganado.

—Mamá, ¿y papá?

—Aquí hija, estaba viendo cómo tu madre hacía el ridículo delante de tu novio.

—No exageres Papá. —Me acerqué a ese hombre que estaba apoyado en la puerta viendo divertido la escena. Le di dos besos y un abrazo que duró mucho más de lo que yo pensaba; un abrazo que decía lo mucho que me echaba de menos—. Te presento a Adrián.

—Hola señor, un placer conocerle y estar aquí. —Alex le dio la mano, pero mi padre le abrazó.

—Llámame Florencio. El placer es nuestro, y más de ver lo feliz que le haces a nuestra hija.

—Créame Florencio, la suerte la tengo yo de haberla conocido.

—No le hagáis caso, es un adulador. —Sonreí, y al instante noté sus labios en mi pelo, ese pequeño beso recorrió mi cuerpo.

—Venga chicos, vamos a entrar. Vamos a tomar el aperitivo mientras hablamos y a disfrutar de la noche buena.

—Mamá, primero me gustaría dejar las cosas en mi habitación y así de

paso se la enseñó a Adrián.

—¡Claro hija! Ya sabes dónde está. —Mi madre volvió a tocarle y a poner esa cara de «*gustirrinin*» que demostraba que Alex le gustaba.

Fui a mi habitación y no me sorprendió encontrarla tal y como yo la había dejado. Lo que me dejó muda fue ver que mi cama ya no era de noventa; más bien de ciento cincuenta centímetros.

Sonreí y me emocioné al pensar en el dinero que se habían gastado. Alex se acercó a mi poniendo sus manos en mi hombro.

—¿Estás bien?

—No puedo hacerles esto, están muy ilusionados con lo nuestro. Mira la cama que nos han comprado.

—Fanny, cuando esto acabe puedes hacer que yo sea el malo. No me importa, que me odien, al fin de cuentas soy Adrián. Luego puedes presentarles a Alex.

«*¿Eso quería decir que quería estar conmigo?*» «*No seas tonta Fanny, no te hagas ilusiones, ya le oíste la noche anterior.*»

Y justo cuando iba a contestar mi madre nos interrumpió entrando sin llamar.

—¡Mamá! ¿No sabes llamar? —dije brusca.

—Hija, soy impaciente, ya lo sabes.

Sonreímos los tres, y mi madre arrastró, literalmente, a Alex hasta el salón donde nos esperaba mi padre con los aperitivos y una botella de sidra.

No dejaban de hacerle preguntas. Él y yo no dejábamos de mirarnos, cómplices.

Las horas pasaban deprisa, Alex contestaba a todo, muy tranquilo, a diferencia mía. Vi una estampa familiar que podría gustarme, acostumbrarme.

Mi teléfono sonó sacándome de mis pensamientos, miré el número y vi el nombre de Adrián en la pantalla. Dejé de respirar unos instantes, me levanté de la mesa disculpándome y salí a la calle para oír una voz hasta ahora desconocida para mí.

—Estef, perdona, me quedé dormido; me visto y voy para allí.

—¡No! No te preocupes. Te está suplantando tu hermano.

—Pero yo...

—Olvídalo, no pasa nada. Duerme y mañana nos vemos para comer en casa de tus padres.

—Lo siento. —No le contesté, colgué y volví al interior de esa casa extremadamente navideña.

Sonreí al ver a Alex ayudando a mi madre en la cocina mientras mi padre le contaba batallitas sobre mi niñez. Nos miramos y sonreímos los dos.

Mi madre estaba eufórica; me encantaba y entristecía al mismo tiempo verla así, porque era irreal, y en cuanto se enterase me daría la charla.

Para comer, mi madre hizo puchero. Cuando vi la bandeja con la verdura, la *pilota*^[1], la carne y los garbanzos, pensé en si solo estábamos nosotros para comer o si había invitado a toda la familia.

Sorprendentemente éramos nosotros cuatro. Estoy segura de que lo hizo con idea de lo que sobrase comérselo ellos al día siguiente.

Durante la comida mi padre y Alex no dejaban de hablar de deportes. Mi madre no dejaba de repetirme lo guapo que era y lo buen chico que parecía. Y yo, bueno, yo no dejaba de pensar que estaba siendo muy afortunada, pasase lo que pasase.

Después de comer, del postre, una fabulosa tarta de zanahoria con chocolate y de varios chupitos de mistela y orujo de hiervas nos fuimos al porche y nos sentamos en el balancín, también decorado.

Por mucho que habíamos insistido en ayudar a recoger y limpiar la cocina, mi madre nos había echado, literalmente; así que nos fuimos fuera para respirar un poco de aire fresco y desconectar de tanta canción navideña.

El silencio se apoderó de nosotros, mi corazón latía tan deprisa, que creía que se me saldría del pecho.

Se podían oír los villancicos y no pude evitar sonreír.

—Gracias por hacer esto y estar aquí —dije sin mirarle.

—Me gustas Fanny, pero no puedo competir con mi hermano, no te puedo dar lo que él sí. Sé que él no te conviene; aunque eso tendrás que verlo tú.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que solo te gusto porque estoy con tu hermano.

—No estás con él, ni lo estarás. —Él no dejaba de mirarme, notaba como su mirada se clavaba en mí. Pero no me giré, no le miré.

—¡Chicos, entrad! —Mi madre nos interrumpió antes de que pudiese contestar.

Me quedé petrificada viendo lo pronto que él se levantaba cumpliendo la orden de mi madre y dejándome con la palabra en la boca. Ardía de rabia, pero al mismo tiempo no dejaba de repetirme «*le gusto*» lo que me hizo sonreír durante unos segundos.

Cuando entré, dispuesta a llevármelo a la habitación y decirle lo que había pensado, lo encontré jugando al dominó con mis padres.

Me senté frente a él y me puse a jugar con ellos. Así pasamos las horas, riéndonos y llamándonos tramposos los unos a los otros.

Sobre las ocho de la tarde mi madre se levantó de la mesa para empezar a preparar la cena, yo también me levanté pese a sus negativas.

Abrí la nevera para sacar el marisco, partir las cigalas, hacer las gambas etc.... Pero me encontré con percebes, ostras, cigalas, gamba roja de Dénia.

—¡Mamá! ¿Cuánto dinero os habéis gastado?

—Hija, eso no se pregunta, y desde luego no te lo diré.

—Pero, ¿por qué has tenido que comprar tantas cosas extras?

—No te presenta tu hija a su novio todos los días.

—Ya mamá, pero tampoco hay que aparentar lo que no somos, y creo que te has excedido.

—No te preocupes, nos lo podemos permitir.

—¿Sí? ¿Cómo? Explícamelo.

—Fuimos a jugar al bingo el día que nos dijiste que este año venías acompañada, creímos que sería un presagio y bueno, nos tocó el acumulado, tres mil doscientos euros.

—No me habías dicho nada —dije perpleja.

—Bueno, tu tampoco nos dijiste que tenías novio.

—Nos estamos conociendo —repliqué de inmediato.

—Así se llamará ahora, pero sois novios.

—Bueno mamá, no te hagas ilusiones si después de fiestas ya no estoy con él.

—¿Vas a dejarlo? —Mi madre golpeó tan fuerte la encimera que creí que había roto el cuchillo o el mármol.

—¡No! Yo no he dicho eso. Pero te veo muy ilusionada, y no quiero que luego te lleves el chasco.

—Niña, deja que tu pobre vieja se ilusione y si no sale bien es porque no era para ti. —Mi madre cogió mi cara con las dos manos y me entraron ganas de contarle la verdad, pero fuimos interrumpidas por Alex.

—Siento interrumpir vuestro momento madre e hija, pero quería ayudar en lo que pudiese.

—No hijo, estás en tu casa. Y no hace falta que nos ayudes, eres un invitado.

—Tonterías Lola, me gusta cocinar —insistió él abriendo las cigalas, partiéndolas por la mitad para hacerlas a la plancha.

Mi madre y yo nos quedamos embobadas mirándolo, realmente estaba

muy guapo cocinando. No dejaba de mirarme y sonreír.

Mi madre salió unos segundos para hablar con mi padre, seguramente para decirle lo buen chico que era Alex/Adrián.

—No tienes por qué hacer esto Alex. Ya te has ganado a mis padres.

—No lo hago por eso. Me gusta cocinar. —Me sonrió mientras me miraba de soslayo.

—Me estás haciendo esto más complicado si cabe.

—Para nada, solo tienes que ver quién está contigo y quién no.

—Suplantando a tu hermano. —Mi voz fue algo tosca.

—Porque tú quieres. Di la verdad y todo arreglado.

Mi madre volvió del comedor con una sonrisa de oreja a oreja. Lo cierto es que aquella imagen no había cambiado desde que nos vio entrar por la puerta.

Miraba a Alex y me gustaba lo que veía. Pero quién tenía que gustarme era Adrián.

¿Y sí me gustaba Adrián porque veía en él una salida para olvidar mi pasado y quién soy? Tal vez eran imaginaciones mías, pero aquel beso que Adrián me había dado había significado mucho para mí; aunque no me había electrificado como un roce de Alex.

Mientras yo pensaba en mi debate propio, Alex no dejaba de mirarme, de hacerme sonreír, y de jugar con ambas como si nos conociese de toda la vida.

Mi madre reía y, de vez en cuando, me daba algún que otro codazo para que la mirase y me guiñaba un ojo.

Mi padre se asomó por la cocina al oír las risas y fue poniendo la mesa entrando en la conversación y en el juego de palabras que nos íbamos cruzando los unos a los otros.

Mi madre empezó a sentirse mareada, el vino. Mi padre se la llevó a la mesa y nos quedamos de nuevo, ambos, solos.

El horno pitó y sonreí cuando vi la cara de Alex al sacar el pavo del horno.

—¿Pavo? —preguntó mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

—¡Sí! —Sonreí

—El pavo es seco —insistió él—. Creía que había cordero.

—Y yo, pero mi madre quería que te sintieses como en casa y ha hecho pavo. Cree que es lo que hubieras cenado en *New York*.

—Vengo en Navidad a casa para comer comida de toda la vida. —Me miró de soslayo—. Fanny, soy vegetariano.

—¿Qué dices? —Mi cara seguramente sería incolora, me puse tan

nerviosa que se me cayeron los cubiertos para trinchar—. Por favor, no se lo digas a mi madre o la matas de vergüenza, y luego me mata a mí por no decírselo.

—Tendrías que verte la cara —dijo riéndose.

Le di un puñetazo en el hombro y salí de la cocina con los cubiertos en la mano, haciéndome la enfadada, él me seguía con una risa burlona.

Dejamos el pavo en el centro de la mesa, y nos sentamos. Yo no sonreía, aunque me costaba no reírme. Así que, para cabrearme más, o no, antes de sentarse me dio un beso en los labios, uno casto, pero que me hizo vibrar.

Mi padre intervino llamándole la atención, aunque no muy en serio; puesto que, después de la cena, después de recoger, de la charla que teníamos y del postre, fue él, mi padre, quién puso encima de nuestras cabezas el muérdago y nos animó a besarnos.

Noté sus manos cogiéndome la cara, vi su sonrisa, su mirada clavándose en mí y cerré los ojos deseando notar sus labios sobre los míos, pero no ocurrió.

Cuando abrí los ojos vi su rostro apartarse, y a sus labios de la comisura de los míos. Tragué saliva, sonreí y me fui al baño. No quería que viese que, probablemente, alguna lagrimilla podría escaparse de mis acuosos ojos.

Respiré hondo, me mojé un poco la nuca para apaciguar el calor que Alex me producía y me llamé tonta varias veces. Tenía que volver a ser racional y no tan visceral.

Cuando salí del baño estaba Alex esperándome en el pasillo.

—Perdona —dije apartándome sin mirarle.

—No quiero entrar, quería saber si estabas bien. —Su brazo me impidió continuar al colocarlo delante de mí.

—Sí, ¿por qué no debía de estarlo? —Lo miré desafiante—. Te quitas o te quito —dije de malas maneras.

—Fanny, quería besarte, quiero hacerlo, pero no siendo otro.

—¿Sabes? Creo que solo son palabras, y que lo que realmente quieres es confundirme. Creo que tu verdadero yo es este, el borde, el dañino, el frío y calculador; y lo que más me irrita es que, aun siendo así, me gustas. Y me cabreo conmigo misma, porque creo que vas hacerme daño, porque de hecho ya me lo haces. Cuando puedes demostrarme cosas no lo haces, ¿de verdad esperas que me crea todo lo que me dices? Las palabras se las lleva el viento.

No le dejé contestar, me escapé por abajo y fui hacia el comedor, oí que

resoplaba, pero nada más.

Era más de las doce, mi madre estaba cansada, y aunque yo también, no me apetecía irme a la cama para estar a solas con él.

—Hija, abrid vuestros regalos. —Mi padre se levantó y repartió los regalos.

—Papá, mejor mañana, mamá está cansada.

—No, eso son tonterías hija —respondió mi madre.

Alex/Adrián abrió el suyo, era una corbata de seda y un estuche con dos bolígrafos y una pluma grabables.

Dejé que mi madre abriese el suyo, un collar de oro blanco con su nombre escrito en egipcio. Mi madre no pudo reprimir las lágrimas, se levantó y me abrazó; luego a él, aunque enseguida él se disculpó diciendo que él no había participado. Fue entonces cuando se levantó y sacó de su chaqueta dos entradas para una obra de teatro en Valencia, y una noche de hotel con cena para mis padres. Aquello también le hizo mucha ilusión. Sería la primera vez que asistiría al teatro

Sonreí al verla tan feliz. Fui hacía mi padre y le di mi regalo; la posibilidad de conducir un Ferrari durante dos horas por un circuito cerrado.

Mis padres hablaban, comentaban sus regalos entre risas y llegó el momento de abrir el mío, me entregaron un sobre. Al abrirlo y ver lo que era, mis manos empezaron a temblar, miré a mis padres emocionados y no pude contener mis lágrimas.

—No podéis permitiroslo. —Metí el billete dentro del sobre y se lo devolví.

—Sí, sí que podemos cariño. Dentro tienes un número de cuenta con dinero ahorrado para que puedas vivir allí durante un año.

—¿Allí, dónde? —La voz de Alex/Adrián sonó confusa.

—Toma hijo, así podréis hacer vuestra vida. —Mi padre le entregó el sobre a Alex/Adrián y este lo abrió mientras yo abrazaba a mis padres llorando.

—*New York*, un viaje a *New York*. —Sonrió forzosamente y les dio las gracias.

—Fanny, toma mi regalo. —Me entregó su regalo y se me encogió el corazón.

—¡Vaya! —Le miré sonriéndole—. Muchas gracias.

Se lo enseñé a mi madre, que enseguida se enamoró. Era la bola de cristal más bonita del mundo. En su interior estaba Central Park, *New York*, nevado.

Estuve como tres cuartos de hora mirando la bola de cristal,

imaginándome paseando por allí. Tenía un año para hacerlo.

Mi madre me sacó de mis sueños para que le entregase a Alex/Adrián su regalo, entre risas me levanté y se lo di.

Lo abrió con cuidado, como si quisiera prolongar el momento. Sonrió al ver unas botas de montar nuevas y un reloj deportivo.

No dijo nada, solo me miró y sonrió.

Ambos sabíamos que me había dado cuenta cuando fui que aquellas botas que tenía, estaban muy estropeadas y desgastadas; y bueno, el reloj es que lo vi y pensé en él.

Menos mal que había comprado regalos para toda la familia, y que al ver a Alex rápidamente cambié el regalo de Adrián; un perfume y una camisa, por el de Alex.

Cuando se nos pasó la euforia a todos por nuestros regalos nos fuimos a la cama.

Fui la primera en entrar, saqué mi pijama y me metí en el baño sin articular palabra. Alex se cambió en la habitación sin ningún pudor de que pudiese salir y verle desnudo.

Cuando salí, lo hice con la bola que él me había regalado y la dejé sobre mi mesita de noche. Él no dejaba de mirarme, pendiente de mis movimientos. Fue al baño a quitarse las lentillas y al regresar me vio sentada, mirando la bola.

Me metí en el interior de la cama, las sábanas estaban frías, me acurruqué y al ver que él no hacía lo mismo le animé a hacerlo. Sonreímos y entró en la cama.

Nuestros rostros se miraban, en silencio; mi corazón iba a mil por hora mientras por mi mente pasaban mil maneras diferentes de besarle, abrazarle y amarle.

—Gracias, ha sido un regalo precioso. —Fue lo único que conseguí decir.

—No más que tú. —Me sonrió y prosiguió—. ¿Cómo sabías que me hacían falta unas botas nuevas?

—Soy observadora.

—¿Y si hubiera venido Adrián?

—Pues se hubiese encontrado un perfume y una camisa. Mañana comíamos allí, así que había traído los regalos de todos para ir directos a casa de tus padres.

—Me ha gustado mucho, gracias. Aunque te has debido de gastar una fortuna.

—El dinero viene y va, he ahorrado. Además, me gusta hacer feliz a la gente, ¿esta no es época de eso?

—Eso dicen. —Me sonrió, pero no me dijo nada más.

—Alex, ¿te puedo pedir un favor? —Sentía cómo mi corazón palpitaba a gran velocidad.

—¡Claro! Dime.

—¿Puedes abrazarme para dormir? —Mi voz se entrecortó al pedírselo.

—Eso no es un favor, es un placer. Gírate y te abrazo.

Así, sin más, me giré y dejé que sus fuertes brazos rodearan mi cuerpo hasta que nos dormimos, conscientes del deseo que ambos sentíamos.

Dormimos toda la noche en la misma posición. Incluso cuando mi madre vino a despertarnos, seguíamos abrazados.

—Chicos, despertad, son las doce y tenéis comida en casa de sus padres.

—Ahora nos levantamos —contesté ronca.

Oí cómo mi madre cerraba la puerta tras ella y sentí la abultada entre pierna. Sonreí y me hice la remolona apretándome más a él.

—No sigas por ahí porque no me responsabilizo de mis actos. —Sus palabras me hicieron sonreír más.

—¿Y si no quiero que te responsabilices, qué pasaría? —Picarona giré la cara y lo miré.

—Tienes novio. —Su mirada diciéndome aquello me devolvieron a la realidad.

—¡Zasca! Buenos días Alex. —Aparté su brazo y me levanté de la cama hecha un basilisco.

—Fanny, oye.

—¡Déjame en paz Alex! —Me metí en el baño, y mientras el grifo de la ducha sonaba eran mis lágrimas las que me mojaban.

Después de casi una hora, salí del baño. totalmente renovada, falsamente renovada, maquillada y preparada para empezar el día de Navidad.

25 de diciembre

Fingí todo lo que pude. Al salir del baño no le dirigí la palabra, es más, salí y bajé a la cocina sin saber si él estaba listo o no.

Llegué a la cocina, mis padres nos esperaban, me dieron un zumo de naranja y me lo bebí de un trago.

Diez minutos después bajó Alex, se tomó un café rápido y se despidió de mis padres con la sonrisa más sincera y bonita que nunca le había visto.

Cogimos nuestras cosas, lloré un poco, y fui directa al coche para meter las cosas.

Él me pidió las llaves y se las di de pocas ganas, pero mis padres nos observaban atónitos, y yo no quería desilusionar a mi madre.

Una vez en el interior del coche, puse la radio para evitar toda conversación con él. Pero no hizo falta, él tampoco estaba por la labor de hablar.

Unas calles antes de llegar a casa de sus padres paró el coche, le miré con cara de pocos amigos y le vi salir, abrir el maletero y coger sus cosas. Antes de que pudiese hablar y preguntar, tenía a Adrián en el interior de mi coche, sonriéndome y haciéndome preguntas sobre la noche anterior en casa de mis padres.

Contesté a las preguntas por inercia, viendo como Alex se subía al otro coche y dejábamos atrás todo lo sucedido.

Llegamos a casa de sus padres, nos estaban esperando. Pero nadie preguntó por Alex, que aún no había llegado.

Todos hablaban emocionados de la noche anterior, las niñas gritaban y correteaban con los regalos que Papá Noel les había traído.

Su madre me abrazó fuerte, y después me entregó un paquete, lo abrí emocionada; no esperaba nada.

—No teníais que haberos molestado —dije mientras mis manos abrían ansiosas el regalo.

—No se lo agradezcas a mi abuela, Fanny. Hemos sido nosotras, se lo pusimos en la carta a papá Noel —replicó una de las niñas.

—Pues muchas gracias niñas por acordaros de mí. —Mi sonrisa era tierna y dulce.

—Toma, mi regalo. —Me sorprendió Adrián con una cajita envuelta en un

papel con unas letras en las que se leía Montenegro.

—No tenías que haberte molestado. —Fulminé a Alex con la mirada esperando una reacción que no vi.

—Adrián, creíamos que se lo darías anoche en casa de sus padres. — Ambos nos miramos y tuve que pensar rápido.

—No, ¡qué va! Con las prisas lo olvidamos en casa y esta mañana hemos pasado antes de venir. —Fui hacia la pequeña maleta que contenía los regalos y le di el suyo—. Aquí tienes cariño, el mío.

Antes de abrir el mío repartí todos los que había comprado, excepto el de Alex, que obviamente ya tenía él. Mientras veía como todos abrían sus regalos emocionados yo sostenía el mío, con manos temblorosas con mucha incertidumbre por saber qué era.

Me senté en el suelo, observándoles, sonriendo y disfrutando de ese momento.

Adrián abrió el suyo y sonrió al ver el reloj. Se levantó y me dio un casto beso que no pasó desapercibido para Alex, que de inmediato se fue a la cocina.

Abrí mi regalo, unos fabulosos pendientes de Swarovski en forma de libélula.

Lo miré sonriente, él me devolvió la sonrisa y fui hacia la cocina para intentar encontrarme con Alex, pero su padre me interceptó en mi intento.

—Hola, ¿qué pasa Alejandro? —pregunté tras observar cómo sus dedos se volvían blanquecinos al apretar mi brazo.

—Tenemos que hablar. —Su semblante era serio y frío. Más de lo normal.

—Claro. —Lo primero que me vino a la cabeza fue que nos había descubierto, que sabía nuestra mentira. Tragué saliva y le acompañé hacia el patio trasero, ignorando que Alex estaba en el porche y nos iba a ver salir, para ver cómo caminábamos hasta la acera para pasear calle abajo.

—Estefanía, me han llamado del hospital. Empiezo quimioterapia el día veintisiete, tengo que estar allí a las ocho de la mañana para la analítica.

—¿Se lo ha dicho a su mujer? —Mi tono de voz fue más preocupante de lo que quería dar a entender.

—No, y no pienso decirlo. Eres la única que lo sabe y quiero que siga siendo así.

—De verdad que no lo entiendo. —Me planté frente a él—. Tiene una familia maravillosa que estará a su lado apoyándole.

—No, verán al hombre fuerte que siempre he sido marchitarse por momentos, y no quiero que nadie me vea así.

—Yo no quiero llevar esta mochila sobre mi conciencia.

—Estefanía, eres ajena a mi familia. Y necesito, por favor, que vengas conmigo a las sesiones de quimioterapia.

—No puede pedirme eso. —Negué con la cabeza, incluso sin darme cuenta elevé la voz.

—Has pasado de tutearme el otro día, a ahora a hablarme de usted. ¿Cómo crees que se comportarán ellos de enterarse? No quiero dar pena, ¡NO QUIERO! —También gritó sin darse cuenta, se le notaba cansado, preocupado y enfadado consigo mismo.

—Está bien, nos veremos en el hospital a las siete y media el día veintisiete.

—Gracias Estefanía.

—No tiene que darlas. Llévase libros o algo para no aburrirse, porque pasará muchas horas allí.

—Pasaremos, y por favor, vuelve a tutearme.

Asentí, y caminamos de vuelta a la casa; donde nos esperaba la familia, ajena a todo lo que iba a empezar cuatro días antes de cambiar de año.

Su padre entró en la casa y yo me quedé un momento en la calle, respirando el aire helado que cortaba mi descubierta cara.

—¿Qué rollo te traes con mi padre? —Su voz era inconfundible, se le notaba abatido. Cerré los ojos y le contesté.

—Nada. ¿A qué viene esa pregunta?

—Es raro que os hayáis ido los dos a pasear.

—No lo veo tan raro. Él me considera su nuera, la novia de su hijo y le he caído en gracia.

—A mi padre es difícil caerle bien. Seguro que quiere algo de ti, ¿pero el qué?

—No tengo nada que tu padre quiera Alex. —Me giré y lo miré directamente a los ojos—. Yo no soy tu ex novia ni la madre de Abraham. Si no sabes perdonar es tu problema. Pero deja de juzgar a los demás, porque no me conoces, y has dejado claro que no vas a conocerme. Así que haré lo que me venga en gana, te guste a ti o no. —Antes de que dijese nada me fui al interior de la casa dejándolo allí.

Después de aquello intenté no estar sola ni que se me viese mucho con su padre. Mi carácter había cambiado; estaba más distante, pensando en mis

cosas, bueno, pensando en Alex. Él, en cambio, no dejaba de mirarme, y las pocas veces que nuestras miradas se cruzaron, pude ver dudas, indecisión, reservas, inseguridad.

¿Pero qué había en la mía? Porque yo no me sentía mucho mejor, mi corazón estaba partido entre dos hermanos, y si he de ser sincera, aunque quién me hacía sentir era Alex, Adrián era la fruta prohibida o, egoístamente hablando, el que podría darme la vida que yo creía merecer. Esos sueños que tienes de niña, pero que según pasan los años no aparecen y sabes que serán difíciles de realizar.

Las horas en aquella casa parecían no pasar, observaba la hipocresía de un padre de familia enfermo y asustado.

Una mujer que su ideal de vida era tener la casa llena de gente y hacer exactamente lo que se esperaba de ella.

Unas mujeres amorosas con sus hijas y frías con sus maridos, como si mostrar sentimientos fuese una debilidad, faceta seguro que heredada de su padre.

Hermanos fingiendo llevarse bien con tantos secretos como amor escondido en ellos.

Cuñados intentando ver quién de los dos trabaja menos y gana más.

Todo parecía sacado de una novela rosa, todo perfecto. Pero en sus corazones se escondían los secretos más oscuros y macabros.

Mi cabeza iba a mil por hora, no podía dejar de darle vueltas a todo y de pensar cómo había acabado allí. «¡Ah sí! Por un anuncio»

Alrededor de las siete de la tarde, apenas había hablado con nadie. Había estado bastante abstraída, por no decir invisible; me sacó de mis pensamientos Adrián.

—Cielo, ¿no vienen a cenar tus primos a tu casa?

—¿Qué? —Le miré sin saber ni lo que me había dicho.

—Tus primos, tu casa, son las siete y habrá que preparar la cena.

—¡Mierda! —dije al reaccionar—. Perdón, nos tenemos que marchar, no me acordaba que venían mis primos, y no tengo pensada ni la cena ni nada.

—Tranquila hija, nos vemos el día treinta. —Su madre tan agradable como siempre.

—Sí, aquí estaremos. —Sonreí mientras recogía mis cosas.

—Mamá, no te preocupes que vendremos y pasaremos el día.

—Vámonos Adrián, que no llegamos. —Besé a todos y salí corriendo hacía el coche.

—Pasadlo bien esta noche. —Su voz me hizo estremecer, me giré y lo vi sentado en el escalón que acababa de bajar; claro que lo había visto, pero no quería verlo.

—Gracias. —Seguí mi camino, y desde el coche vi como los hermanos se despedían.

Subimos al coche y fuimos hacia mi casa. No dejaba de mirar por la ventana, en silencio. pero podía ver cómo Adrián, me miraba cada segundo apartando la mirada de la carretera. Finalmente rompió el silencio incómodo.

—Estef, lo siento, siento lo de anoche.

—No pasa nada, no importa. —Seguía sin mirarle.

—Te lo recompensaré, voy a ser el novio perfecto.

—Lo dudo. Apenas me conoces, y tampoco haces por hacerlo. Esta farsa acabará por escupirnos.

—Sé que no estuviste cómoda en la cena, y que por eso te marchaste. Pero son mis amigos.

—Y yo no encajo ahí. —puntualicé rotunda.

—¿Encajar? No estamos para encajar. Somos amigos, ni eso; conocidos haciéndose un favor. —Sus palabras se clavaron como puñales. Yo me había montado una película de primera, lista para ganar los Goya.

—Ya está todo dicho.

—No estoy entendiendo nada de esto, creía que estaba claro lo que teníamos.

—Sí, y ahora más. —Volví la mirada hacia la ventana y la carretera de nuevo.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio, un incómodo silencio acompañado de pensamientos del estilo *«Eres tonta, porque siempre te pasa lo mismo. Vendes la piel del oso antes de cazarlo. tonta que eres tonta. ¿Ahora te vas a fijar en Alex o vas a dejar de hacer el ridículo para centrarte? Te recuerdo que esto es un contrato. No voy a negar que Alex me gusta, pero tiene ese carácter que me desconcierta tan a menudo que resulta agotador. Y si añadimos lo enfadado que está con su padre y lo mal que piensa sobre el amor, pues ya hemos terminado sin haber empezado. No voy a negar tampoco que Adrián era mi escapatoria para conocer mundo, pero eso, ¿en qué me convertiría?»*

Llegando a mi casa salí de mis pensamientos. Saqué un espejito del bolso y me retoqué un poco, saqué una barra de labios y, ante la atenta mirada de soslayo de Adrián, me pinté o más bien me tapé las ojeras; sí, tras esa barra

de labios se escondía un tapa ojeras, muy coqueta yo.

Observé cómo Adrián sonreía, seguramente tras darse cuenta de que había pensado lo que no era.

Encontró aparcamiento enseguida, dos calles antes de llegar a mi portal. Fuimos cargados hasta allí. Cuando entramos, estábamos agotados y sudados.

Entré en el comedor seguida por los tres gatos. No había casi tiempo, y había mucho que hacer.

Abrí una de las bolsas y saqué fotos que había cogido de casa de Adrián para ponerlas en mi casa.

Luego fui a mi dormitorio y dejé un perfume de hombre, Hugo Boss; también dejé una foto de él en mi mesita de noche.

Adrián me seguía por todas las estancias, así como los gatos. Un par de veces que le miré le vi boquiabierto y mirándome sin perder detalle.

Saqué algo de ropa que. También, había cogido prestada de su casa.

—Estef, ¿Cuándo has cogido todo eso?

—Bueno, tengo recursos. He estado durmiendo allí, así que se me ha ocurrido darle más realismo a lo nuestro.

—Ya lo veo, pero te voy a corregir en algo, este no soy yo. —dijo cogiendo el marco de mi mesita de noche—. Es Alex.

—¿Sí? Pues no tenía ni idea, como no se os ven los ojos y os parecéis tanto.

—Esta foto fue en la cima del Montgó, una excursión que hicimos cuando aún salía con... bueno, cuando aún tenía pareja.

—Perdona, no la pondré. —Fui a cogerla y no me dejó.

—Al igual que tú, nadie notará la diferencia, déjala.

Sonreí y seguí adornando mi casa con mentiras mientras mi cabeza iba a mil por hora pensando.

«¿Y si me he equivocado porque tenía que equivocarme? ¡Una señal!

¡Bobadas! No los has distinguido y punto. Llevo con esas cosas de antes de ir a casa de mis padres. Lo hice deprisa y sin fijarme, podría pasar y me ha pasado.

Pero lo otro que me ha dejado un poco sorprendida ha sido la omisión para hablarme de la novia de Alex, ¿y si no fue el padre y fue él quien se la arrebató y su padre lo está cubriendo?»

Sonó el timbre y dejé a Adrián en la cocina abriendo las botellas de cava mientras yo abría la puerta, nerviosa por no decir histérica.

Tras recibir y besar a mis primos los acompañé al comedor, resulta que

mientras yo me encontraba perdida en mis pensamientos y atando conjeturas él, había estado preparando la mesa, ni si quiera sabía que tenía ese mantel ni esas copas. ¿Tan mala anfitriona soy que siempre les he sacado lo de todos los días? Sonreí y me acerqué a él para hacer las presentaciones. Nuestras manos se entrelazaron muy naturales, como si llevaran años haciéndolo.

Fue simpático y encantador. No me quitaba ojo, escuchaba las cientos de anécdotas que mis primos le contaban, reía y hablaba de sí mismo.

Mientras reíamos fui a la nevera, quedándome lívida porque no había nada que pudiera darles para cenar.

Sonó el timbre de nuevo, cuando iba a ir para abrir Adrián se adelantó y fue él. Me quedé petrificada al ver entrar a un montón de camareros con mesas auxiliares llenas de comida.

—Adrián, ¿qué has hecho?

—Algo teníamos que cenar, así que al salir de casa de mi madre les llamé, son de confianza. Nosotros los contratamos a menudo para fiestas en casa de mis padres.

—¡Ya! Pero es Navidad y en tan poco tiempo...

—Poderoso caballero Don dinero, nena. —Me guiñó un ojo y se fue a gestionar todo lo que estaba ocurriendo en mi casa.

—¡Ay nena! Qué novio más apañado tienes. No lo dejes escapar o me lo tendré que ligar yo, jajajaja. —Risas falsas. Mi prima Shanon, cree que todos los hombres se derriten al escucharla.

—No te preocupes Shanon confiamos el uno en el otro, te recuerdo que vive en *New York*.

—Bueno prima, no es por desencantarte, pero los cuernos ya los tienes. Allí tiene a treinta como tú en cada esquina.

—No cariño, las prostitutas le cobran, yo le hago de todo con mucho amor.

—Seguro que te lo paga de otra manera —insistía ella.

—Ahora cuando me vaya con él a vivir te lo contaré. —No pude remediarlo y lo solté.

Me miró con su indiscutible aire de prepotencia, y me dejó sola en la cocina de nuevo, con las piernas temblando y un nudo en el estómago digno de ser investigado por posible bomba nuclear. Me quedé respirando hondo y soltando el aire poco a poco para calmarme. Este banquete improvisado me iba a costar un ojo de la cara.

Una vez me recompuse, fui al comedor con dos botellas de vino blanco y mi mejor sonrisa.

Me senté en la única silla libre, frente a Adrián, que me sonreía y guiñaba el ojo derecho cada dos por tres, como si eso fuese a tranquilizarme.

Entre todo lo que cenamos, postre incluido, lo que bebimos y hablamos, se nos hizo las tres de la mañana cuando la gente se fue yendo a descansar.

Los camareros del catering recogieron sus bártulos para ser los últimos en irse. Mi prima Shanon se despidió de Adrián con un beso muy cerca de la comisura de su labio superior. Sonreí sarcásticamente y cerré la puerta, evitando así que pudiese empezar ninguna conversación con él.

Al girarme le vi entregarle un papel bien doblado a la chica que supervisaba la cena, supuse que sería un cheque y enseguida mi pensamiento fue *«A este nivel de vida podría acostumbrarme.»*

Despedimos a los profesionales, y sin mencionar ni una palabra nos fuimos a la cama, caímos uno junto al otro y soltamos todo el aire contenido.

—Muchas gracias Adrián, de verdad. Dime que te debo de todo esto.

—No me las des, tú hubieras hecho lo mismo. —contestó mirándome.

—No lo creo, no tengo esos recursos. —Le devolví la mirada y añadí una sonrisa.

—Eres una mujer de recursos, algo te hubieras inventado.

—Sí, que imaginasen que estábamos en un restaurante y que el yogur caducado era un suflé. —Nuestras risas se contagiaron y volvimos a mirar el techo.

—No me debes nada Estef, bastante has hecho ya. He incumplido parte de nuestro contrato, esto es lo mínimo que debía hacer.

—Pues... gracias. —Volví a mirarle sonriendo—. No hace falta que te vayas, puedes quedarte a dormir.

—Te lo agradecería, estoy reventado.

—Claro, sin problemas. —Me levanté y lo dejé sobre la cama.

«¿Sin problema Fanny? ¡No te lo crees ni tú! Si no puedes estar cerca de él sin ponerte nerviosa, no dormirás. Mañana tendrás ojeras y tienes comida con tus amigas.»

Al salir del baño lo encontré en el interior de la cama, tapado hasta arriba, sonreí al ver en el suelo su ropa.

Me metí con cuidado de no despertarlo, pero la curiosidad me pudo y miré si estaba durmiendo con calzoncillos, así era.

Me acomodé en posición fetal, dándole la espalda; para mi sorpresa me

abrazó y nos quedamos dormidos así. No me moví en toda la noche para no estropearlo, para no despertarlo y, porque, estaba muy a gustito.

Sueño

Estoy en una cafetería, es la primera vez que estoy allí, no la reconozco. Miro a mi alrededor y no reconozco a la gente. No es que en Dénia nos conociéramos todos, pero de vernos más o menos nos tenemos vistos.

Descruzo las piernas, me fijo en mis zapatos blancos, de tacón no muy alto; me miro de arriba abajo, no es una ropa que yo me pondría, es como muy pija. Llevo un vestido negro, con lunares blancos y una cinta recorriendo mi cintura para acabar en un lazo, amarillo. Me tocó el pelo por si estoy en los años setenta y no me había enterado.

Nada en el pelo, excepto un recogido a lo Audrey Hepburn en Desayuno con Diamantes.

Me pongo unas gafas de sol que hay sobre la mesa e intento no buscarle sentido a lo que estoy viviendo, lo que tenga que ser, que sea.

Por allí no viene nadie, ni el camarero. Veo gente entrar y salir, me giro para buscar el nombre del bar, está escrito en inglés. Me levanto sobresaltada, camino en dirección contraria a la gente y llego a Times Square, mi boca se abre y mi respiración se detiene.

Entonces oigo su voz,

—Sí nena, estás cumpliendo tu sueño, estás en *New York*.

26 de diciembre

Me despertó Adrián al oírle en el baño, se estaba duchando. Miré mi muñeca, y el reloj marcaba las doce, me hice la remolona hasta que mis amigas se agolparon en mi mente, dándome cuenta de que me quedaba hora y media para verlas.

Me levanté de un salto, ni pie izquierdo ni derecho, los dos al tiempo. Abrí el armario y vi ese vestido, ese mismo vestido con el que había soñado, por qué había sido un sueño, ¿no? Saqué el vestido con cuidado, lo miré de arriba abajo y recordé el motivo por el cual lo tenía en mi armario. Hicimos una despedida de soltera vestidas de Grease.

Adrián salió del baño dejando escapar el vapor y el olor a ducha. Envuelto solo en una toalla buscó algo que ponerse de lo que yo había traído de su casa. Intentaba no mirarle, pero él era muy consciente de que me estaba costando la vida no abalanzarme sobre él y besarlo, así que después de darse cuenta, lo hizo él.

Con su mano derecha tocó mi tez desnuda, la acarició, nuestras miradas se encontraron, vi su cara girar, cerré los ojos esperando que sus labios encajasen con los míos; pero lo único que encajó fueron sus labios húmedos sobre mi mejilla. Abrí los ojos cuando noté que ya no estaba delante de mí y no pudiese verme con los ojos aguados.

Unos minutos después, nada recompuesta y con fingida naturalidad, salía yo del baño totalmente arreglada. Fui a la cocina, me cogí un cruasán de chocolate (a tomar por culo la bollería industrial, lo necesitaba y punto) y un zumo de frutas. Fui al comedor y lo vi sentado con los tres gatos encima, mirando el móvil. Seguramente poniéndose al día de su vida en las redes sociales. Con una sonrisa cogí el mío que estaba sobre la mesa y vi todos los whatsaps que tenía del grupo de la familia, hablando de Adrián; mis amigas hablando de lo ilusionadas que estaban por la comida y Alex, ahí estaba él, al que no esperaba.

«Alex, 26 de diciembre a las 09:00 horas. Hola, espero que anoche saliese todo bien y que mi hermano estuviese a la altura. Siento que no fuese yo, pero es lo que hay. Ve con cuidado.»

Sonreí y miré a Adrián que me miraba, observándome, como si esperase que le contase aquello que tanta gracia me hacía.

Aquello duró poco, volvió a lo suyo y yo a lo mío, a releer una y otra vez el mensaje de Alex.

Treinta minutos después, animé a Adrián a marcharnos o llegaríamos tarde. Me estaba sorprendiendo lo entera que estaba, el no reprocharle nada de lo ocurrido en mi habitación. Estaba volviendo a ser esa chica fría que ni siente ni padece.

No cogimos el coche, fuimos caminando hasta el *LungoMare* en la Calle Campos.

Entramos y ya podíamos oír a las chicas gritando y riendo. Me volví para mirarle y darle fuerza para lo que iba a vivir, él me sonrió y me cogió de la mano.

Llegamos a la mesa y se quedaron mudas al ver a Adrián. Algunas de ellas ya lo conocían de la cena de amigas casadas. Pero en esta comida estábamos todas, las casadas, con sus parejas (este año como excepción para conocer a Adrián), y las solteras con unas ganas locas de ponerle cara y voz, excepto Sole, que ya conocía a mis dos «novios.»

—Hola chicas, ¡Feliz Navidad! —Lo dije tan efusiva que hasta yo me sorprendí.

—¡FELIZ NAVIDAD! —dijeron al unísono y entre risas.

—Quiero presentaros a Adrián, Adrián estas son las chicas, mis alocadas amigas.

—¡Hola Adrián! —Volvieron a decir al unísono y volvieron a reír.

Fueron levantándose una a una y presentándose, los que supuestamente ya lo conocían le dieron dos besos y le recordaron lo bien que lo pasamos la primera vez que lo vieron. Pero, aunque él fingió bien, yo notaba su incomodidad. Sabíamos que fue Alex quien les había impresionado siendo Adrián.

Sole no dejaba de mirarme y de hacerme señales que no conseguía descifrar, así que decidí ignorarla.

Mi intención era no separarme de Adrián en toda la comida, para evitar errores; pero mi vejiga no tenía las mismas intenciones, así que tuve que ausentarme para ir al baño.

La primera vez tan real, que casi me lo hago encima. La segunda vez vi mi oportunidad de contestarle a Alex.

«Fanny, 26 de diciembre a las 15:00 horas. Hola, anoche fue bien, se portó muy bien. Ahora estamos de comida con mis amigas, pero luego estaré sola en casa. ¿Quieres pasarte y vemos una película o algo?»

«Alex, 26 de diciembre, a las 15:02 horas. ¿Puedes venir tú aquí?»

«Fanny, 26 de diciembre, 15:03 horas. ¡Sí!»

Volví a la mesa, me senté al lado de Adrián e intenté seguir la conversación; pero sin evitarlo me salía una sonrisa bobalicona, no podía negar que me gustaba Alex.

Después de la comida, el postre y más anécdotas llegó la hora de las despedidas, salimos de allí y soltamos nuestras manos al girar la esquina.

Fuimos de vuelta a mi casa hablando de todo lo que habíamos comido en estos días, en lo hinchados que estábamos y fue mi oportunidad.

—Adrián, mañana tenemos comida con tus hermanos, ¿qué te parece si nos vamos a casa y descansamos?

—Creía que a eso íbamos. —No me había explicado bien.

—Sí, vamos a la mía. Pero no hace falta que te quedes, ve a tu casa y descansa de todo esto y de mí.

—No necesito descansar de ti, me gusta estar contigo.

—Es recíproco, pero llevamos unos días con mucho ajetreo y así desconectamos.

—Vale, si es lo que quieres, tú decides. Pensaba en ver una película o algo. Pero si prefieres estar sola, lo entiendo. —Me hizo sentir fatal.

—Adrián, me encantaría ver una película contigo, de verdad.

—Pues ya está, no se hable más. Hoy sofá, manta y película.

Le sonreí y seguimos caminando hablando de nuevo de estos días. Pero me molestó que, después del desplante de por la mañana, ahora quisiese quedarse conmigo para ver una película cuando a mí, lo que me apetecía, era estar con Alex; pero no podía decírselo.

Cuando llegamos a mi casa fui derecha al baño para cambiarme de ropa y ponerme cómoda, bueno, en chándal.

Aproveché para mandarle un mensaje a Alex.

«Fanny, 26 de diciembre, a las 18:30 horas. Hola, lo siento, no puedo

quedar, de verdad que lo siento. Tu hermano quiere quedarse y no he conseguido ni podido decirle que no.»

«Alex, 26 de diciembre, a las 18:31 horas. ¿No has podido o no has querido?»

«Fanny, 26 de diciembre, a las 18:32 horas. ¡Vete a la mierda Alex!»

Me sentó muy mal su último mensaje, ¿qué necesidad tenía de decirme aquello? Esas cosas eran las que me quitaban las ganas de seguir intentando algo con él. Ni si quiera conocerlo más.

Cuando salí e iba por el pasillo, oí a Adrián hablando con alguien, me tensé al oír el nombre de Alex y caminé despacio hasta el comedor.

Me quedé en el resquicio de la puerta mirándolo, y en cuanto colgó, me miró con cara de pena, triste; como si le acabasen de romper todos los esquemas que él había orquestado en su mente.

—Estef, tengo que marcharme. Me ha llamado mi hermana Alejandra y tengo que quedarme con las niñas. Si quieres puedes venir.

—Te lo agradezco Adrián, pero prefiero quedarme y descansar, si no te importa.

—No, para nada; lo entiendo. Nos vemos mañana en la comida, luego te digo dónde es. —Se acercó a mí y se despidió con un beso en la frente.

Diez minutos después de su marcha me cambié de ropa, me puse un vaquero y una sudadera, y me marché a casa de Alex.

Por el camino me iba enfadando conmigo misma por ir después de su último mensaje, pero también me contradecía porque no dejaba de pensar que tenía razones para decírmelo y que, si hubiese sido al contrario, yo también lo hubiese hecho.

Olvidé el abrigo arriba, así que miré en el maletero, solía tener siempre uno para casos como este, despistada es poco lo que soy.

Subí al coche y me puse en marcha hacía casa de Alex.

No puse ni la radio, iba tarareando y golpeando con mi pulgar el volante. Vociferaba a los coches lentos, los que van pisando huevos, que para coger una curva se meten en ambos carriles.

En fin, llegué a casa de Alex, vi la luz encendida y me decidí, porque conociéndome, seguramente estaba a tiempo de dar la vuelta e irme de nuevo a casa. No sabía lo que tenía Alex que me atraía tanto.

Al bajar del coche ni me fijé de lo embarrado que estaba. Después de quedarme atrapada en el fango y de maldecir todo lo que pude, conseguí salir

y seguir mi camino. Abrí la verja y fui hasta el porche de madera, subí los escalones y entré, así, sin llamar.

Lo encontré en la cocina, con dos copas de vino blanco y una gran sonrisa.

—¿Esperabas a alguien? —Pregunté evitando sonreír.

—Llevo toda mi vida esperándote.

Me acerqué a él sonriendo, y cogí esa copa de vino que tanta falta me hacía, aunque sus labios también.

Me cogió de la mano, su tacto me hizo estremecer, me llevó a la parte de atrás, al otro porche. Nos sentamos en el balancín sonriéndonos como quinceañeros, nerviosos a la vez.

—¿Te gusta el olor a hierba mojada? —preguntó

—Sí, me encanta. Supongo que el que haya tenido que irse tu hermano tan de repente ha sido cosa tuya, ¿no?

—¿Importa? —contestó algo prepotente.

—A mí sí.

—De ser así, te diré que sí, yo he tenido mucho que ver, pero gracias a eso estás aquí.

—No iba a venir por ser tan capullo. No entiendo cómo gustándote, me hablas de la marea que lo haces, la verdad. Y, lo más sorprendente de todo, es que con mi carácter te lo consienta.

—Tal vez porque también te gusto, aunque intentes luchar contra ello.

—No lucho contra nada, me dejo llevar.

—Pues entonces deja de pensar y disfruta de esta noche tan estrellada.

Nos quedamos en silencio, mirando el cielo, las estrellas, el infinito...

—Fanny, ¿a qué huelen las nubes? —Lo miré sonriendo por la extraña pregunta

—A algodón de azúcar.

—¿Y eso? —Sus carcajadas eran pura alegría.

—Pienso que, si pudiésemos cogerlas, tocarlas, comerlas, su sabor y olor sería el de algodón de azúcar.

—Eres única Fanny. ¿Lo sabías?

—Algo sabía, soy hija única. —Volvimos a reír y continuamos en silencio.

Después de un rato largo, y de empezar a tiritar, decidimos entrar.

Volvió a llenar mi copa de vino, me acerqué al sofá y me abracé a una manta peludita que allí había; más bien me abrazaba ella a mí, porque me tapé tanto, que solo se me veía la cabeza. Encendió unas velas y se sentó a mi

lado, sin dejar de mirarme.

Aquello me estaba poniendo de los nervios, nunca había deseado con tantas ansías que me besasen, que me tocasen y disfrutar.

Uno de mis mechones rebeldes y acalorados se escapó de detrás de las orejas y él volvió a colocarlo, con cuidado y cariño, mucho cariño.

Nos miramos durante unos segundos y nos fuimos acercando lentamente.

Es en ese instante cuando notas que el corazón va a salirte por la boca, cuando ves que el momento que anhelas se acerca. Noto su mano acariciando mi pómulo, bajando hacía mi cuello, acercándose a mí, y yo a él.

Sonó mi móvil depositado en la mesita de centro, él giró levemente la cabeza, lo miró, y después se separó de mí, sin dejar de mirarme, pero algo en su rostro había cambiado.

—¿Qué pasa? —pregunté nerviosa.

—¡Quiero que te vayas! —Sus palabras como sus gestos fueron duros.

—¿Perdona? ¿Por qué? Si estábamos bien.

—No sé cómo he podido confiar en ti, no eres más que otra igual que las demás.

—¿Se puede saber qué pasa Alex, a qué viene esto? —Me levanté dejando caer la manta y cogí el móvil que se encendió y me permitió ver el whatsapp recibido.

—No hace falta que te explique nada, ¿no? —Ya no me miraba igual y yo empezaba a tener lágrimas en los ojos.

—Yo tampoco voy a explicarte nada. pero te arrepentirás de esto.

—¡Lo dudo! —Se apartó para dejarme pasar y no volvió a mirarme, ni cuando di el portazo al marcharme.

Salí corriendo y entré dentro del coche para que las lágrimas saliesen a su antojo. Miré de nuevo el móvil y leí el mensaje de su padre.

«Alejandro padre, 26 de diciembre, 21:30 horas. Estefanía, acuérdate mañana de nuestra cita, ya sabes la hora y el lugar. No te lo creerás, pero estoy nervioso.»

Exhalé todo el aire contenido mientras había leído el mensaje y arranqué para marcharme de allí a gran velocidad, mientras me insultaba por el camino, una y otra vez.

Llegué a mi casa, cansada y humillada. Tan solo tenía ganas de dormir y llorar; así que, seguramente, me quedaría dormida llorando.

Subí a casa y me tiré en la cama después de cambiarme, mis tres fieras se me acurrucaron y, efectivamente, llorando me quedé dormida.

27 de diciembre

Me desperté con una sensación de vacío increíble. Me arreglé intentando que los ojos hinchados desaparecieran, pero no podía ocultar el dolor.

A las siete y media ya estaba en el hospital, pero no era la única, Alejandro también.

Subimos a la planta de hospital de día, y nos quedamos sentados allí, en silencio, mientras esperábamos a que abriesen, lo llamasen para analítica y le dieran la quimio.

No dejaba de mirar el móvil, de mover la pierna derecha y resoplar. Me estaba poniendo nerviosa, así que saqué de mi mochila unas revistas y, con mucho tacto le toqué la mano, me miró y aceptó una de las revistas que le ofrecí.

Según se acercaba la hora iban viniendo más pacientes. Alejandro los iba mirando con menosprecio, era como si él no se sintiese uno de ellos. Negaba que estuviese enfermo, seguía sin mostrar debilidad, y no tenía por qué, pero sí empatizar.

A las ocho y cuarto lo llamaron para la analítica, y aunque no tenía ningún mensaje no hacía más que mirar el móvil pensando en una excusa para no acudir a la comida de hermanos; no se me ocurría ninguna, y aquello me estaba matando.

Justo vi salir a Alejandro y guardé el móvil, cuando volví a mirarlo estaba paralizado, como si no pudiese dar un paso. Pensé que podría haberse mareado y me levanté de aquel sofá de cuero negro que te hacía sudar las nalgas para dejarte allí pegada.

—Alejandro, ¿estás bien? —Le cogí del brazo para llevarle al sofá.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendió la pregunta y mirándole extrañada fui a contestarle.

—Alejandro yo estoy aquí...

—Os he seguido. —Interrumpió una voz. Su voz me hizo estremecer, y cuando lo vi allí, mirándonos, me quedé paralizada también.

—No tenías ningún derecho a hacerlo —espetó muy serio el hombre.

—¿Tú crees? —Seguía malhumorado, y tensando el rostro.

—Alejandro, debería sentarse y descansar. —Mis palabras relajaron al viejo, que me miró con dulzura antes de ir de nuevo hacia el sofá.

Nos sentamos los tres en aquel sofá y el silencio inundó la sala. Una hora después lo llamó el médico. Me quedé sentada, Alex estaba allí, yo no hacía falta. Pero su padre prefirió que entrásemos los tres.

El médico le dijo que tenía las defensas bien y que le darían quimio; que si con la medicación se quemaba y no crecía, no pasaría por quirófano. Pero él prefería pasar y asegurarse de que aquello desaparecería de su cuerpo. Aunque no siempre tenemos lo que queremos.

Cuando salimos, Alejandro estaba más animado y hablador, ocasión que aproveché para escabullirme e ir al bar a por algo para comer.

A la vuelta, me encontré con Alex, que daba vueltas en el pasillo como un pollo al que le acaban de cortar la cabeza.

Pasé por su lado sin hacerle ninguna clase de mención, pero él no me dejó continuar.

—Fanny, quería disculparme. Pero no entiendo por qué te lo ha tenido que contar a ti y no a nosotros.

—Ese no es mi problema. Tal vez, no lo contó, porque si te lo contaba no tendría tu apoyo. Porque no sabes perdonar, solo sacar conclusiones y estar a la defensiva. Es agotador ser tú, es agotador intentar entenderte, y mucho más agotador quererte. Se acabó Alex, no quiero una vida así. Tu hermano no es bueno para mí, está claro que no quieres que esté con él, pero tú tampoco eres bueno para mí. No hace falta que te esfuerces tanto para ahuyentarme, con dos ocasiones ya he tenido bastante. Me gustabas mucho Alex, y me gustas, para qué negarlo; pero no como eres conmigo y me dan igual tus motivos, yo no te los he dado. No se te ocurra decir nada, bastante dijiste ayer. Y como te dije, te lo repito, aunque es obvio que ya te has arrepentido. Gracias por abrirme los ojos. Y no esperes que vaya a la comida de hermanos porque no quiero verte la cara.

Con lágrimas en los ojos lo miré y allí lo dejé.

Volví al sofá tan cómodo (¿Se nota mi tono irónico?) y me senté al lado de Alejandro, que leía el periódico que algún paciente se había dejado. Sonreí mirándole y buscando cualquier recodo en su mirada que me hiciese saber lo que pensase.

Pero lo único que conseguí fue ver la fecha del periódico, *22 de junio de 2016*, volví a mirarlo y él a mí. Esta vez sus palabras confirmaron lo que gritaba su mirada.

—Estefanía, ¿crees que el dueño de este periódico seguirá vivo o lo dejó aquí porque lo olvidó?

—Alejandro, seguramente el dueño de este periódico lo leyó mientras esperaba y lo dejó aquí para que otros pudieran leerlo, sin más.

—El próximo día traeré un libro de mi biblioteca, uno que me haya marcado y lo dejaré aquí.

—No creo que sea necesario Alejandro, pero es una acción muy bonita.

Fue entonces cuando lo llamaron y me quedé sola en aquella sala de espera, que más bien era un pasillo con un suelo con falta de brillo y frío, todo allí era frío; como cuando iba con mi abuelo.

Abrí de nuevo la mochila y saqué un libro, *Amaia* de Amagoia Arce. Me puse a leerlo intentando olvidar que Alex estaba apoyado en aquella ventana mirándome.

Sabía que sería largo, larguísimo, y que si Alex no se iba, se volvería una situación insostenible.

La una del mediodía, seguramente estaríamos hasta las tres de la tarde y, según cómo se encontrase, no podría ni conducir.

—Fanny. —Se acercó al sofá dudando y se sentó—. Deberías irte e ir a la comida con mi hermano, así no levantarás sospechas.

—No es asunto tuyo lo que haga o deje de hacer.

—¡Por el amor de Dios!, ¿podrías ser menos terca?

—Mira, ya le he dicho a tu hermano que no iba. Así que ve tú, que eres quien debes de ir.

—Yo no quería que pasase esto Fanny, de verdad que lo siento.

—¿Lo sientes? Si eso fuese cierto no me tratarías cómo lo haces. Estoy cansada de eso, de creer que doy un paso conociéndote y resulta que retrocedo cinco. Juzgarme, eso es lo único que haces y ya estoy harta. Porque una mujer te traicionase crees que todas lo haremos y no; lo único que estás haciendo es dejar que la vida pase llevándose todo lo bueno y lo malo que te pueda aportar.

—No seas cínica Fanny, realmente quien quieres que esté tras de ti es mi hermano y no yo. Te llama todo lo que tiene, materialmente hablando.

—Lo ves Alex, has vuelto a hacerlo. Con tu hermano no discuto, es cierto que tiene muchas cosas, y que podría ofrecerme un futuro diferente. Pero te recuerdo que voy a marcharme a *New York*. No es que no me guste Dénia, ni mi trabajo, pero quiero mi cuento de hadas, y contigo sería la princesa y el ogro prácticamente todos los días; no quiero eso. Fue a ti a quien le dije de vernos, fue a ti a quien fui a ver para que luego me echases sin escucharme.

—Fanny, yo...

—¿Tú? ¡Nada! —Me giré para que no viese mis ojos aguados ni llenos de rabia.

—¿Quieres que me vaya? —Intentó tocarme la rodilla, pero la esquivé.

—Es tu padre, Alex, yo no soy quién para echarte. Pero claro que no quiero que estés aquí, es evidente e incómodo.

—Muy bien, me iré a la comida de hermanos. Supongo que nadie de mi familia sabe esto, ¿me equivoco?

—No, no lo sabe nadie, y espero que puedas guardarle el secreto a tu padre.

—Como siempre he hecho. —Se levantó y se marchó volviéndose hacia mí antes de irse por las escaleras y desaparecer.

Me acomodé en el sofá, me hice como un ovillo tapando mi cara para que nadie pudiese ver mis lágrimas y pensasen lo que no era.

Pero una mujer mayor, de unos sesenta años lo había presenciado todo, y muy encantadora se acercó con un paquete de clínex para que me pudiese limpiar la cara llena de lágrimas.

—Chiquilla, no malgaste lágrimas innecesarias, pues la vida no se acaba en el amor. Parece buen chico y enamorado de ti, lo sé porque una vieja como yo sabe esas cosas. No soy nadie para decirte, si me permites tutearte, lo que debes hacer o cómo vivir tu vida. Pero por algún extraño motivo ese chico tiene miedo, superadlo juntos y reiréis toda la vida.

Sonreí, no podía hacer otra cosa, bueno sí, Secarme las lágrimas que aquella mujer había conseguido sacarme.

No volvió a decirme nada, pero sus palabras estuvieron muy presentes en mí mientras esperaba.

Poco antes de las tres de la tarde, salió Alejandro y me encontró dormida en aquel sofá. No había nadie más, fuimos los primeros en llegar y los últimos en marchar.

Salimos del hospital despacio, no se encontraba muy bien. No veía su coche y me dijo que había venido en taxi, así que le llevé a casa. Pero para que no me vieran, aparcaría calle arriba y él iría andando.

Durante el trayecto no hablamos, no dejaba de mirarlo de soslayo, me preocupa que no se encontrase bien; aunque también era lo normal, demasiadas horas allí más el tratamiento.

Llegamos y seguía con esa mala cara, bajé del coche y le ayudé, aunque se mantuvo hastío.

Finalmente lo acompañé. No sabía lo que diríamos en caso de que nos

viesen, pero aquel hombre no podía caminar solo.

Llamé a la puerta, pero nadie abrió, así que decidí entrar con Alejandro y lo acomodé en el sofá, para que descansase. Su agradecimiento fue una sonrisa mientras entrecerraba los ojos para, finalmente, quedarse dormido.

Me fui sigilosa y derecha a la única persona que podría escucharme a esas horas, mi amiga Sole.

Llegué a Ondara cerca de las cuatro y media de la tarde. Sole ya estaba allí, junto a Lidia que me miró al entrar con cierto recelo. La verdad es que no me disgustaba, había visto cómo peinaba, y tal vez nos viniese bien que se quedase, puesto que yo me iría a *New York* y a saber cuándo volvería.

Fui directa a Sole que, nada más mirarme, sacó uno de los chocolates de *Kaiku* que guardaba en la nevera.

Se lo fui contando todo, detalle a detalle para no olvidarme de nada. Así podría juzgarme o aconsejarme.

Lidia apenas escuchaba lo que decía, pero con cierta copla se estaba quedando, porque al terminar mi monólogo nos interrumpió para darme su opinión.

Obviamente se lo agradecí. Lo jodido es que fue igual que la desconocida, unas palabras que me harían pensar. Y de nuevo estaba esa palabra «*ENAMORADO*», algo que yo creía que no estaba por su comportamiento.

—Amiga, te he escuchado y a Lidia también. Mi opinión es que dejes de pensar, lo que tenga que ser, será. No te martirices ni quieras que el tiempo corra más deprisa; simplemente disfruta, y cuando pasen las fiestas pones al día tu mente y tu corazón.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan filosofa?

—¡La vida! —Nos reímos durante un buen rato, era lo que necesitábamos.

—¿Cenamos esta noche y así desconecto?

—Vale, a las nueve estaré en tu casa.

Les sonreí y le guiñé un ojo a Lidia antes de marcharme. Me caía bien aquella chica, seguramente acabaría tan loca como nosotras, pero qué diablos, la vida es una locura.

Llegué a casa, me puse el pijama, eran casi las seis de la tarde y realmente estaba cansada. Despatarrarme en el sofá era el plan perfecto, no me hacía falta calefacción, en tres... dos... uno... ¡arriba gatos!

Puse la televisión e hice zapping hasta que mis ojos cayeron por el peso del cansancio.

Sonó el timbre; me desperté sobresaltada y algo aturdida, era como si no

supiese muy bien dónde me encontraba.

Volvieron a insistir con el timbre.

—¡Voy! —grité. Parpadeé varias veces, froté mis ojos y fui hacia la puerta, abrí la puerta y allí estaba Sole.

—¿Ya estás aquí? ¿Qué hora es? —Se escapó un bostezo entre pregunta y pregunta, y otro más después.

—¡Joder! Que mal aspecto tienes. Desde que has empezado con esto que tienes un mal aspecto increíble, no puedes dejar de trabajar.

—Ya, bueno...

—¿Vas a dejarme pasar o qué?

—Sí, perdona. —Me hice a un lado y pasó —. Deduzco que si estás aquí son las nueve, ¿no?

—Chica lista. Y yo deduzco que te has sobado olvidando que venía, y no tienes nada en la nevera, ¿verdad?

—Para tu sorpresa tengo sobras. —Nos miramos y reímos a la vez.

Fuimos al comedor, me desplomé sobre el sofá como si estuviese derrumbada. Me sentía como si un camión hubiese pasado por encima de mí tres mil veces.

Cogí el móvil mientras Sole encendía la televisión y hablaba de lo contenta que estaba por tener a Lidia, y lo mucho que se estaba adaptando, lo rápido que lo estaba haciendo.

Encontré unos whatsaps del grupo de amigas encantadas con Adrián, dos de Adrián y cinco de Alex. No leí ninguno; ni me apetecía, ni quería.

Volví a dejar el teléfono y me recliné sobre el reposa cabeza del sofá.

—En serio Fanny, ¡estás horrible!

—¡Lo sé! No hace falta que me lo digas más. Tengo espejo, y en caso de no tenerlo créeme que es así como me siento.

—¿Alex? —Su voz podría ser la más dulce del mundo cuando se lo proponía. Creo que ambas nos quedamos con ganas de acabar la carrera de psicología.

—¡Sí! Cuando creo que le gusto, que podemos ser una pareja, que podemos intentarlo; va y lo estropea con sus inseguridades y su bordería. Adrián es exactamente igual, pero no le gusto, ni se lo ha planteado. Le gusta demasiado ser un soltero de oro.

—¿Pero ha pasado algo entre vosotros?

—No, la otra tarde, el día veintiséis fui a verlo después de decirle que no lo haría. Pero lo hice, porque no sé cómo, consiguió que Adrián se marchase

y fui. Todo iba genial. Era perfecto, las estrellas, la luna, la noche, el sofá, la manta, las velas, todo era perfecto hasta que sonó mi teléfono y vio un mensaje de su padre.

—¿De su padre?

—Porque le tenía que acompañar hoy a la quimio, te lo conté.

—¡Cierto! —Me encantaba que pusiese los ojos en blanco

—Pues Alex, como te he medio contado esta mañana, creyó que me veía con su padre, que teníamos algo. Me echó de su casa sin dejar que me explicase y hoy me ha seguido, así ha comprobado que no lo engañaba; bueno, no de la manera que él creía, al menos.

—Está claro que le gustas. Pero también que tuvo una mala experiencia, y hasta que no lo supere... —Sonó mi teléfono, una llamada de un número largo.

—¿Diga? —Dije tímida.

—Hola, le llamamos del hospital. Se han dejado ustedes la tarjeta sanitaria, y en la ficha del paciente consta este número como contacto de emergencia.

—Entiendo, no se preocupe, mañana iré a por ella. Gracias.

—¿Cómo se encuentra Alejandro, sigue teniendo alucinaciones? Es normal, tiene que esperar a que le haga efecto la quimio.

—¿Alucinaciones, qué alucinaciones? —Miré a Sole con rostro de preocupación.

—Cuando se tiene un tumor cerebral se tiende a sufrir alucinaciones.

—No, no; se está equivocando. Es cáncer de colon.

—Disculpe, debe de haber un error.

—¡Claro, el suyo!

—No, el suyo. —dijo suavemente.

—¿Tiene un tumor cerebral? ¿Cuánto tiempo le queda?

—No debo darle esa información, debería hablar con su médico. Gracias por su colaboración. —Me colgó antes de que pudiese hablar.

—¿Fanny? —preguntó Sole preocupada porque me vio blanca y descompuesta.

—Voy a vomitar. —Me acerqué corriendo al baño y tiré todo lo que tenía dentro.

—¿Fanny? —Sole vino en mi ayuda, mojó una toalla y me la puso en la nuca mientras me daba papel para que me limpiase.

—Se muere...

—¿Quién se muere? —Mis lágrimas salían

—Alejandro.

—¿Cómo dices?

—Nos mintió sobre el cáncer, no era de colon, sino cerebral.

—¡Dios mío Fanny!

—Es un peso muy grande para mí, Sole. Ese hombre perderá todo y no sabrá lo que tiene, ni siquiera sé si valora a esa familia que tanto le adora; y Alex, bueno... Alex vivirá siempre odiándole.

—Tienes que respetar la decisión de que no haya querido decirlo. Te recuerdo que no quiere que se compadezcan de él.

—No es compasión lo que teme, es su arrogancia la que no quiere que flaquee.

—Sea cual sea el motivo debes de respetarlo.

Aunque sabía que Sole tenía razón, no me iba a quedar sin hacer nada; y eso, ella también lo sabía.

Sacamos todo lo que tenía de la nevera y nos pusimos a picotear; aunque no tenía hambre ni tema de comunicación.

A las once de la noche se quedó dormida en el sofá y yo volví a coger el teléfono y ver los whatsapps.

«Alejandro, 27 de diciembre, 19:00 horas. Fanny, de verdad que lo siento. Agradezco todo lo que estás haciendo por mi padre. Entiendo que no quiera decirlo a la familia, y también entiendo que no quiera decírselo a mi madre; aunque cuando se entere nos va a regañar a todos.»

«Alejandro, 27 de diciembre, 19:15 horas. Necesito que me perdones, necesito que vuelvas a sonreírme y dejarme verme a través de tus retinas. Contigo soy yo, puedo ser yo de nuevo. Sé que no me porto bien contigo, que puedo ser ambiguo, pero te aseguro que no, que sé lo que quiero y te quiero a ti en mi vida.»

«Alejandro, 27 de diciembre, 19:25 horas. ¿Sabes? mientras estábamos en el hospital he estado pensando en mi niñez, la recuerdo feliz Fanny. Recuerdo ver a mi padre en algún partido de fútbol del colegio, recuerdo estar sobre sus hombros por marcar un gol o llevarnos a cenar a nuestro restaurante favorito por ganar la liga, a nosotros y a mis compañeros de equipo.

No siempre le odié, pero me arruinó la vida y mi forma de ver las relaciones.

No lo entenderás, lo sé. Pero espero que lo intentes. Has devuelto una luz a mi familia que se le será arrebatada en cuanto les contéis la verdad o decidáis que esto se acabe. ¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Ser el malo de la película y liarme con la novia «falsa» de mi hermano? O ¿hacerlo después para que piensen que soy un buitre carroñero?»

«Alejandro, 27 de diciembre, 19:28 horas. Dime lo que quieres que haga y lo haré, de verdad.»

«Alejandro, 27 de diciembre, 19:30 horas. Fanny, por favor, contéstame, por favor.»

«Adrián, 27 de diciembre, 18:30 horas. Estef, espero que estés mejor. Mañana tenemos cena de compañeros, espero que puedas acompañarme. Por la mañana te llegará un regalo de mi parte, espero que te guste.»

«Adrián, 27 de diciembre, 18:45 horas. No te asustes, no es nada perverso en plan rollo Cincuenta Sombras de Grey, y antes de que te lo preguntes ya te lo contesto, sí, he leído el libro, los libros, y no, no me gusta el sado.

Mañana te llamo, un beso.»

Respiré hondo y contesté a Alex con un simple whatsapp que dejase claro mis pensamientos, eso quería, al menos.

«Fanny, 27 de diciembre 23:45 horas. Alex, solo quiero que me hagas un favor, olvida ese rencor hacía tu padre, supéralo y quédate con los buenos recuerdos, como el que me has contado porque no te hace ningún bien odiarle.

Respecto al secreto que guardas, llegado el momento tendrás que compartirlo, y cuando eso suceda será cuando tu madre te necesite. Y si no llegase a suceder, tendrás que vivir sabiendo que Abraham existe y que tu padre cometió un error. Algo que creo que está pagando ya.

Respecto a nosotros, no hay nosotros y, debido a tus cambios de humor, tampoco sé si es lo que necesito. Pero ni a ti ni a tu hermano, tanta frivolidad no va conmigo. Tal vez estoy demasiado obsesionada con encontrar mi cuento de hadas y para eso tengo que besar muchas ranas, vivir aventuras, encontrarme brujas o salvar gnomos.

Para eso tendrías que ser un luchador, un compañero y no un príncipe.»

Vi cómo se conectaba, las verificaciones azules y que estuviese en línea,

pero no me contestó y lo agradecí, aunque por otro lado tampoco sabía si me habría entendido, y como no soy de darle vueltas a la cabeza, pues menos mal que no porque si no..., pues tapé con la manta a mi amiga y me fui a la cama.

28 de diciembre

Al despertar, tenía una nota de Sole y el desayuno hecho. Miré el móvil y no tenía ningún mensaje. Desperzarme en la cama se había convertido en un placer al que estaba empezando acostumbrarme.

El té estaba caliente, hirviendo; me lo puse en la taza, fui al baño, me di ducha rápida y volví a por el té.

La nota de Sole me sacó una sonrisa, me recargó las pilas y volví a sorber ese té verde que tanto me gustaba.

Me vestí, cogí el coche y fui hacia el hospital.

Me acerqué al mostrador de hospital de día, expliqué lo de la tarjeta y me la dieron enseguida. Miré a mi alrededor, por primera vez me sentía sola estando con tanta gente.

Vi que salía el doctor que nos vio el día anterior y decidí abordarle.

—Disculpe, ¿podríamos hablar?

—¿Tiene cita? —dijo algo más seco que ayer.

—No. Pero es sobre uno de sus pacientes y es importante.

—No atiendo sin cita previa, tengo muchos pacientes.

—¿Pacientes o números? Porque le estoy diciendo que es importante.

—Muy bien, pase a mi despacho. —Me miró con recelo.

—Gracias. —Dije pasando por delante de él.

—No todos los días me abordan así, ¿en qué puedo ayudarla?

—Siento las formas, no sabía manera mejor de hacerlo. Quiero que hablemos de Alejandro Savall.

—¿Qué le pasa? —inquirió condescendiente.

—Ayer empezó su primera quimio.

—¿Se encuentra bien, sigue con alucinaciones?

—Sobre eso quería hablar, ¿qué cáncer tiene?

—Un tumor cerebral, creía que lo sabía, la vi ayer con él.

—Me dijo que tenía cáncer de colon.

—¡Vaya! Entre usted y yo. No creo que la quimio le vaya a dar resultado, y la operación no es viable. El tumor es del tamaño de una nuez e inaccesible; aunque él se haya empeñado en operarse, tal y como dije ayer. Es probable que no superase la operación, lo único que podemos hacer es esperar a que la medicación haga su efecto y se reduzca lo suficiente; o, al menos, que no

crezca para que pueda vivir, de lo contrario... —Se quedó en silencio.

—¿Y no es bueno lo de las alucinaciones, verdad?

—No, es la manera que tiene el cerebro de decirte que algo no va bien, de quedarse con lo bueno y echar lo malo, tiende a recordar los buenos recuerdos y repetirlos.

—Muchísimas gracias doctor.

—Siento lo de su padre, de verdad.

—Gracias. —Para qué decirle que no lo era y que se había saltado el juramento hipocrático, y un millón de normas más.

Me fui de allí con un dolor intenso en el estómago, con dolor en los ojos de aguantar las lágrimas. y totalmente desencajada.

Fui a casa de mis suegros, los falsos suegros, pero tenía que verlos, tenía que ver a Alejandro y rogarle que dijese la verdad.

Cuando llegué aparqué en la misma puerta de la calle, y fui corriendo para llamar a la puerta.

Me abrió la risueña madre de Alex. Tan ajena a todo, que hizo que mi estómago me pinzase aún más.

—Hola cielo, ¿qué haces aquí?

—Hola, me gustaría ver a Alejandro, su marido ¿podría ser?

—Claro. Aunque hoy no se ha levantado muy bien, está cansado y dice cosas raras, creo que delira por la fiebre.

—¿Tiene fiebre? —pregunté alarmada.

—No lo sé niña. Pero lo supongo, por lo malito que está.

—Vale, pues no tardaré y no le molestaré mucho.

—Pues ya sabes dónde está.

Fui hacia su habitación y lo encontré sentado sobre la cama intentando vestirse, pero como si hubiese olvidado cómo hacerlo.

—Alejandro, ¿estás bien? —Me acerqué con cuidado.

—¿Ves la pelota? Creo que Alex puede conseguir el gol, puede hacerlo, confío en él.

—Estás orgulloso de ellos, ¿eh?

—¡Mucho! Son mis dos chicos. He dejado una reunión importante para verlos jugar. Las niñas están en baile y nos hemos repartido para ir a verlos; pero lo cierto es que estoy sufriendo tanto o más que si viese el clásico o un derbi.

—Alejandro, me mentiste, lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué? —Noté en su mirada que volvía a ser el hombre arrogante de

siempre.

—No tiene cáncer de colon. Se está muriendo y pretende que yo guarde el secreto, algo muy pesado para mí.

—No voy a morirme, todavía no. Voy a luchar contra esta mierda siendo optimista y alegre.

—Tiene muchas cosas que solucionar Alejandro, tiene que hacer las paces consigo mismo.

—¡Lo sé! ¿Cómo te has enterado?

—Me llamaron ayer del hospital, te habías dejado la tarjeta SIP, he ido a recogerla y he hablado con el médico.

—Lo diré a su debido tiempo, te lo prometo.

—Eso espero, o de lo contrario seré yo quien de la noticia.

Lo dejé allí sentado, no sabía si había entendido mis últimas palabras o había vuelto a desaparecer en ese mundo de fantasía que ahora inundaba su cabeza.

Me fui de allí y bajé en busca de su mujer, de la madre de Alex, pero no la vi por ningún lado hasta que salí al patio trasero, la vi arrodillada plantando flores, me pareció una imagen muy peculiar, como de película.

Me acerqué despacio para no asustarla, y el crujir de una rama la sacó de sus pensamientos.

—Hola cielo, ¿has podido hablar con él?

—Sí, ya está todo arreglado. No debes de preocuparte.

—Hace mucho que dejé de preocuparme por Alejandro, es una persona muy independiente y testaruda.

—Bueno, supongo que en todos los matrimonios hay altibajos.

—Cuando llevas tantos años con la misma persona te acostumbras a ella y lo que antes te parecía gracioso, como cantar en la ducha, al cabo de un tiempo empiezas a detestar esas pequeñas cosas que antes te hacían sonreír.

—Oyéndote hablar a una se le quitan las ganas de pasar por la vicaría.

—No he educado a mis hijos para que sean como su padre, puede que Alejandro sea el que más se le parezca por lo reservado que es y lo poco que me cuenta de sus cosas. Pero Adrián es risueño y feliz. —dijo sin mirarme.

—Creo que es normal la actitud de Alex, por lo de su ex novia, ¿no?

—Exactamente no sé lo que ocurrió entre ellos, supongo que sería culpa de mi hijo y lo poco que le gusta el compromiso. Por eso no siguió con la tradición familiar de convertirse en abogado. También es cierto que la novia, exnovia de Alex, tenía muy buena relación con nosotros, en especial con

Alejandro.

—Bueno, es fácil llevarse bien con él, algunas veces, al menos.

—Ya te acostumbrarás. ¿Quieres quedarte a comer?

—No, muchas gracias; esta noche tenemos cena y prefiero descansar.

—Como quieras guapa, ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias. —No suelo dar besos, pero aquella mujer me parecía tan entrañable que no pude evitarlo, me agaché y le besé en la mejilla. Me sonrió y la dejé con sus cosas.

Salía de la casa cuando me encontré de cara con Alex, lo saludé sin mirarlo y continué hacia mi coche.

—Maldita sea Fanny, no quiero que estemos así. —blasfemó siguiéndome.

—Alex, por favor, olvídalo. Quedan muy pocos días para que me pierdas de vista; luego podrás seguir con tu vida.

—Mi vida sin ti está siendo un tormento. —Nos miramos a los ojos y, aunque no quise, los míos volvieron a ponerse vidriosos.

—Nunca me has tenido Alex y has vivido.

—Creía que vivía hasta que te conocí. Me encanta tu forma de ser tan desordenada y me duele que estés fingiendo con mi hermano. Espero que él no haya visto lo especial que eres y quiera también tenerte, no podría soportarlo. Cuando no esperas nada, todo sucede y está sucediendo.

—Creo que soy un capricho, quieres algo que tu hermano tiene, y al igual que él pensáis que esto es una competición, os olvidáis de que tengo sentimientos.

—¿Crees que me gustas porque te tiene Adrián? Te recuerdo que fui yo quien hizo de él, quien estuvo a tu lado. Y me enamoraste porque estás loca, entraste en pijama a por un gato, eso no lo hace cualquiera, créeme.

—Tengo que irme Alex, lo siento. —Nos miramos como si fuese a ser la última vez, me dolía el estómago, pero no podía quedarme allí, no podía.

Me subí al coche yéndome a casa, al aparcar me quedé un rato allí, con la frente apoyada en el volante y notando mis lágrimas caer. Me había metido en un buen lío y estaba durando más de lo que esperaba.

Subí a casa secándome las lágrimas, acaricié a los gatos y me hice unas lentejas.

Lavadoras, elegir ropa para esa noche y tirarme en el sofá a ver la televisión. A veces al fingir, algo se muere por dentro; y esta vez era yo

Procuraba no mirar el móvil, no quería saber nada de nadie. Ni que posibles mensajes me hicieran pensar. Tantos frentes abiertos me estaban

quitando el sueño y el hambre, así que dejé a un lado el teléfono y los pensamientos. Solo yo.

Me levanté del sofá para arreglarme y a las nueve bajé para esperar a Adrián, bajó del coche y me dio un beso en la mejilla, sonreí y me subí al coche.

Nos fuimos al restaurante *El Tossalet* del Carme. Estábamos muy elegantes, yo estaba nerviosa y muy inquieta; tuvo que intervenir Adrián cogiéndome de la mano y apretándomela fuerte.

Todos los allí presentes habían ido a la facultad con Adrián, muchos tenían carreras brillantes, y algunos con matrimonios perfectos y otros, para ser tan jóvenes, celebrando segundas nupcias.

Incluso con tacones Adrián era mucho más alto que yo, lo cual era una ventaja.

—Estef, estás preciosa; el vestido es muy bonito, te esteriliza la figura y ese recogido te favorece, así que deja de estar nerviosa porque todo irá bien.

—No sé si encajar —susurré.

—Nadie aquí es mejor que tú, tienes muchas cualidades, simplemente sácalas.

Suspiré y sonreí, mi mejor sonrisa para volver a fingir.

Adrián no se separó de mí en toda la noche, me presentó a un montón de gente, hubo de todo, muchos, sobre todo las mujeres me miraban como si me estuviesen haciendo una radiografía. Pero otras y otros me trataron genial y prefiero quedarme con eso.

Durante la cena me sentí Julia Roberts en *Pretty Woman*, pusieron caracoles; y creo que fue la influencia de dicha película que aprendí en su día a comerlos.

No era uno de mis platos favoritos, pero tampoco quería hacer el feo ni que pensasen que no comía por no saber comerlos.

Lo siguiente fue un plato grande con algo verde en el centro. Bueno, y los siguientes, hasta el postre era un plato grande con un coqueto trozo de pastel de queso con arándanos.

Conversé con un montón de compañeros de Adrián, los agradables. Ninguno preguntó a qué me dedicaba, dieron por hecho que era una compañera, hasta que hablaron de derecho gubernamental y mi cara debió dejarles claro que lo mío era derecho matrimonialista.

Alrededor de las tres de la mañana decidimos irnos, creía que Adrián me dejaría en mi casa, pero no fue así, fuimos a la suya.

—Adrián, ¿por qué vamos a tu casa?

—Bueno, también vives allí y mañana comemos con mis tíos, así que a Alex se le ha ocurrido organizarlo en casa.

—¿En vuestra casa? ¿Y qué explicación le damos de que yo duerma en una de las habitaciones?

—Que eres muy tradicional y que sin boda no dormimos juntos. —Nos miramos y nos reímos.

Llegamos entrando en silencio, noté sus manos en mi cintura, me giró y nos miramos a los ojos, el ambiente estaba cargado, tenso y lo primero que me vino a la cabeza fue Alex, quería estar allí con él. Noté la mejilla de Adrián sobre la mía, su olor embriagador me envolvió, giré un poco la cara dándole mejor acceso a mi cuello, anhelaba aquel beso o que me mordiese, pero quería saber qué sentía.

Dos segundos después apareció Alex.

—¿Interrumpo algo? —preguntó encendiendo la luz.

—¡No! —Dijo Adrián apartándose de mí. Yo me recompuse, me giré y subí las escaleras para irme a dormir.

—Buenas Noches. —No obtuve respuesta por parte de ninguno de los dos.

Puse la oreja, pero no oía absolutamente nada, así que me metí en el baño, me cambié y quité el maquillaje. Cuando salí, sentado en mi cama me encontré a Alex.

—¿Qué haces aquí? —No me acerqué, me quedé anclada en la puerta.

—¿Qué hubiera pasado si no llego a bajar?

—No soy adivina y no es asunto tuyo lo que haga con mi vida.

—Yo creo que sí y más cuando son mis sentimientos.

—Alex, necesito respuestas. Sé lo que siento cuando estoy contigo, pero también el daño que me haces. Me sorprende que digas que no soy para Adrián y hoy...

—No te equivoques Fanny, él se irá a *New York* y no se acordará de ti. Está haciendo esto porque sabe que me gustas y no puede soportarlo. Llámalo envidia o lo que quieras, pero si yo pasase de ti él también lo haría.

—Vete Alex, por favor.

—Te digo la verdad, estoy siendo sincero contigo.

—¡Vete! —Fui hacia la puerta y la abrí dándole a entender lo que le decía. Se marchó sin decir nada más, cerré y me senté sobre la cama, intentando calmarme y sin poder controlar las lágrimas.

Me quedé dormida y me despertaron unos golpes en la puerta, el reloj de

mi muñeca marcaba las diez de la mañana. Me hice un nuevo ovillo y de detrás de la puerta oí la voz de Adrián recordándome que sus tíos vendrían alrededor de las doce.

Abrí los ojos como platos levantándome de un sobre-salto. Me duché, cogí unos vaqueros y un jersey y bajé a la cocina. Olía de maravilla, encontré a Alex tras los fogones, algo ya habitual, le saludé, pero no obtuve respuesta.

Un vaso de leche con *Nesquik* fue mi desayuno, en silencio.

Entró Adrián diez minutos después con una sonrisa enorme, me besó en la mejilla, estaba sudado, lo que me hizo pensar que venía de correr.

Adrián subió las escaleras para ducharse y volvió a reinar el silencio en la cocina. Cansada de esperar salí a tomar el aire y allí me quedé hasta que vi el primer coche aparecer.

Me levanté y entrelacé mis dedos poniendo mis manos sobre mi estómago. Noté a alguien detrás de mí, miré y era Alex.

—Estás preciosa. —Sonreí al escucharlo.

—Gracias. —No dejé que viese mi rostro sonriente.

—Tía Mar, Tío Rober; ¿qué tal estáis? —Nos sonrieron y lo saludaron efusivos.

—¿Esta preciosidad es tu novia? —preguntó su tía Mar, la única que no había estado en la cena con sus tíos, la única que no me conocía.

—¡No! Ya me gustaría. —contestó sonriente y mirándome—. Es la novia de Adrián.

—Ya tendrás suerte Alex, ya vendrá una buena chica. —Le tocó el hombro mientras se lo decía—. Encantada, soy Mar, tía de estos hermanos.

—Hola, me llamo Estefanía Ruiz, el placer es mío.

Después de las presentaciones entramos dentro de la casa. Adrián bajó y abrazó a sus tíos como si hiciese millones de años que no los viese.

Aquello me provocó cierta ternura.

29 de diciembre

Fueron llegando más y más familiares, incluidos sus padres y hermanas. No dejaba de saludar a gente, de ver sus risas y de sentirme una más.

Sus hermanas y yo pusimos la mesa ante la atenta mirada de Alex, que no me quitaba el ojo de encima y más cuando era Adrián quién se acercaba a mí y me besaba en la mejilla o me cogía de la mano.

Vi salir a su padre a la calle y fui tras él.

—Alejandro, ¿cómo te encuentras?

—Hola Estefanía, depende de lo que es real y de lo que no.

—¿Sigues con alucinaciones?

—¡Sí! Cada vez son más fuertes y reales. Anoche estaba en la cama y vi una gaviota. Al principio solo estaba la gaviota, luego vi el mar, luego supe que no era real.

—¿Te acuerdas de algún recuerdo?

—¡No! No recuerdo a ninguna gaviota ni el mar.

—Bueno, es pronto para que el medicamento haga su efecto Alejandro. Debemos ser pacientes y deberías decírselo a tu familia.

—No lo haré Estefanía, todavía no. Voy a ponerme bien, voy a superarlo.

—No lo dudo, tiene medios económicos para hacerlo. —Miré los escalones

—El dinero no da la felicidad Estefanía.

—Quiero contarte mi secreto Alejandro, yo no estaré por aquí después de reyes.

—¿Qué quieres decir? —Me miró con el semblante serio.

—Adrián y yo no estamos juntos de verdad, es un contrato.

—¿Eres puta?

—¡No! ¿Qué te hace pensar eso?

—Por lo que me dices.

—Ambos queríamos pareja para ayudarnos a pasar las navidades. Así que cuando acaben las fiestas volveremos a la realidad.

—¿Y qué pasa con Alex?

—¿Qué pasa con él? —pregunté con el cejo fruncido.

—He visto cómo os miráis, sé que le gustas.

—Tal vez eso no sea suficiente. —Volví a mirar al suelo.

—Es un buen chico, Estefanía. Creo que debo contarte otro secreto para ayudarte a decidir, y quiero pedirte un favor, de paso.

—Dime. —Le miré atenta

—Yo no me acosté con su ex novia, fue Adrián. Mi hijo estaba, y está luchando, por una identidad sexual que cree que desconozco. Sé que es homosexual, más bien bisexual. Siempre han tenido una relación algo tóxica, Alex ha tenido mucha suerte en todo, Adrián ha tenido que luchar más, pero su atractivo se lo ha puesto siempre fácil. Alex iba a casarse, era feliz; y Adrián era desdichado, así que le robó lo que él más quería.

—Pero, no lo entiendo. Alex le pilló a usted en la cama con ella.

—Fui a casa de Alex a llevar unas cosas y los sorprendí. Nos pusimos a discutir cuando oímos la cerradura, así que obligué a Adrián a esconderse. Yo me desnudé rápidamente y tiré a la chica sobre la cama para ponerme yo encima.

—¿Ha estado todos estos años cubriendo a Adrián? ¿Ha preferido que Alex lo odiase a que los hermanos se pelesen?

—Tras aquello tuve que cambiar mi vida. No podía mirar a mi mujer a la cara, y bueno, ya sabes que dormimos separados. Pero pese a lo que he perdido, lo volvería hacer.

—¿Y Abraham? —pregunté poniéndome los dedos sobre la sien.

—No es hijo de ninguno. Pero Alex estaba convencido y su ex novia así se lo hizo creer. Así que, para evitar problemas, me he hecho cargo junto con Alex de ese niño.

—No me lo puedo creer. Y no te preocupes, no diré nada, si era ese tu favor.

—No, Estefanía, no es ese. Ya llegará el momento y te lo pediré.

—Tiene que contarle esto a Alex.

—¡Jamás! Y espero que tú tampoco.

—¿No pensáis entrar? —La voz de Adrián nos sorprendió, ayudé al hombre a levantarse y fuimos para dentro.

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas a toda la información que aquel hombre me había dado. Miraba a Alex que miraba a su padre con un desprecio nada merecido.

Entendía que Alex me dijese que no era para Adrián, tal vez él si supiese que era homosexual, pero no lo entiendo, porque anoche casi me besa.

Comimos puchero, los niños correteaban sin parar jugando con unos y con

otros.

Alrededor de las ocho de la tarde se iban todos, en plan excursión del IMSERSO.

Nos tiramos los tres en el sofá, dejándonos caer y suspirando. Vimos todo lo que teníamos que recoger y nos entró la risa.

Adrián puso música y nos pusimos a recoger.

Poniendo los platos en el fregadero nos rocé mis dedos con los de Alex; nos miramos, pero no pasó nada, excepto cortarme la respiración.

Adrián apareció y ambos giramos la cabeza.

Después de recoger y arreglarlo todo, nos fuimos a la cama, al menos yo. Eran las doce de la noche y estaba agotada, ellos se fueron a echar unas canastas y yo a dormir.

Oí como abrían la puerta, estaba somnolienta parecía un sueño y no le di importancia hasta que noté unas manos frías sobre mi cuerpo, acariciando mi muslo, separando mis piernas.

—A-L-E-X —Dije suspirando cada letra. Mi respiración era entrecortada.

—¿Alex? —Su voz me hizo abrir los ojos—. Alex no es tu novio.

—¡Joder Adrián! —Me tapé con las sábanas

—¿Qué tenéis Alex y tú? —Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas.

—No hay nada, pero quiero que haya algo.

—Creía que te gustaba yo.

—Y yo también lo creía, pero no es así. Tan solo te gusto porque has visto que a él le gusto.

—No es cierto, yo te elegí Estef. —Me miró a los ojos.

—Sí, porque me necesitabas. Pero tienes otra vida en *New York* en la que yo no encajo.

—Siempre la misma historia, Alex se queda con todo... Pensé que esta vez era diferente, que tú lo eras.

—¿De verdad sientes algo por mí o quieres sentirlo porque...

—Yo... —Me interrumpió—. Creo que soy bisexual, y odio a mi hermano por ser tan perfecto y tener hasta lo que no quiere.

—Yo.

—Sí, él no quería ayudarme ni hacerse pasar por mí y ahora ambos os gustáis y yo seré el hazme reír de la familia.

—Nunca te haría eso, seguiré siendo tu novia. Cuando esto acabe ya veremos qué pasa con Alex.

—Eres encantadora, comprensible y un amor.

—Anda, vete a dormir que, por hoy, ya he tenido bastantes emociones.
Me dio un beso en la mejilla y se marchó a su habitación.

Volví a tumbarme con otra sensación, emocionada y sonriente, Alex por fin sería mío.

30 de diciembre

El sol entró por mi ventana temprano, se había convertido en un placer adquirido desperezarme. Miré el teléfono y me dio hasta pereza contestar; era como si estuviese en unas vacaciones.

Ducharme, vestirme, placeres truncados por la llegada de la roja, y no me refiero a la selección española, más bien a la regla, ordinariamente hablando, la menstruación, propiamente dicho.

¿De verdad iba a despedir el año con la regla? No podría haber venido en peor momento.

Bajé algo malhumorada y no vi a nadie, una nota en la nevera decía que Adrián se había ido a correr. Fui a la habitación de Alex, quería hablar con él, pero allí no había nadie, la cama estaba hecha y la estancia muy bien ordenada. Me puse a ver las fotos que allí había.

Su hermano y él en el fútbol, sus hermanas y él de pequeños y el día de sus bodas. Los sobrinos. Él con sus padres el día de su graduación, su primer coche. Y llegué a una foto en la que no había reparado antes, la cogí entre mis manos y los vi a todos en una playa, en la orilla del mar, y una paloma pasando en ese instante quedando inmortalizada en la instantánea. Mis ojos se volvieron vidriosos cuando sigiloso entró Alex.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era severa.

—He venido a buscarte y he visto estas fotos, he sentido curiosidad.

—Pues ya puedes irte. —No me miró, fue directo al baño.

—Alex, quería que hablásemos.

—No hay nada de lo que hablar. —Se mostraba borde.

—¿Se puede saber qué te pasa? Anoche...

—Anoche vi salir a Adrián de tu habitación. Creo que ya está todo dicho. Ya he hecho bastante el gilipollas y es hora de retirarme.

—¡Pero que no pasó nada! —objeté cruzando los brazos

—Chicos, acaba de llamarme mamá, papá está en el hospital. —dijo Adrián interrumpiendo nuestra conversación.

Alex y yo nos miramos y salimos de allí escopeteados. Durante el trayecto Adrián no dejaba de hablar de hacerse preguntas, y yo no dejaba de pensar que, tal vez, había sido un error guardar el secreto.

Llegamos al hospital, estaban todos en la sala de espera excepto su madre.

Las hermanas estaban abrazadas, solas. Sus parejas estaban con los niños en casa; me acerqué a ellas y entre sollozos no me enteré de lo que decían. Alex y Adrián las abrazaron; yo me aparté poniéndome junto a la pared. Empezó a dolerme el pecho, sentía una presión enorme.

Su madre salió, hecha polvo. Miró la sala como buscando a alguien, a mí.

—Estefanía, Alejandro quiere verte, está en el box dos.

—¿Quiere verme? ¿A mí? —Miré a Alex que me giró la cara ante la atenta mirada de sus hermanos.

—Voy. —Fui hacia allí, pasé por el lado de mi suegra, falsa suegra, que ni me miró.

Llegué al box, lo vi intubado y mis manos empezaron a temblar. Me acerqué a él, susurré en su oído.

—Alejandro, soy Estefanía.

—Hola, ¿has visto mi buen aspecto?

—Es una recaída, saldrá de esta.

—¿Ahora no me tuteas? —Sus ojos me miraban cálidos.

—Claro que sí. —Sonreí

—Estefanía, me voy a morir y no porque vaya a dejar de luchar. Pero he estado investigando por internet, y sé que no tengo cura. Quiero que, en un momento dado, cuando ya no pueda soportarlo más, me practiques la eutanasia.

—¿Perdón? Yo no puedo hacer eso, no es legal.

—¿Sabes lo que significa eutanasia en griego?

—¡No!

—Buena muerte. Y eso es lo que quiero, eres la única que sabe mis secretos, eres la única en la que puedo confiar. Te daré mucho dinero.

—Si tu familia se enterase me odiará y no tendré nada que hacer con Alex.

—Tendrás dinero suficiente para empezar de cero en otra parte.

—No puede pedirme esto, y sí, ahora no le tuteo porque le estoy perdiendo el respeto, al igual que usted al pedirme eso.

—Estefanía

—¡NO! —Grité y salí de allí hecha un manojo de nervios y llorando.

Pasé por la sala de espera, pero no me paré, salí a la calle.

No quería enfrentarme a ellos, a sus preguntas, a sus miradas a nada. Noté que hiperventilaba, que el pecho me ahogaba, los bronquios se cerraban y no dejaba de llorar, no tenía consuelo.

—¿Qué has hablado con mi padre para qué te afecte tanto?

—Nada. —Me giré para que no viese mis lágrimas.

—Fanny... ¿más secretos? —Alex se acercó a mí abrazándome por detrás.

—Por favor Alex, no me lo hagas más difícil.

—Hagámoslo fácil.

—No puedo seguir con esta mentira, no puedo seguir aquí fingiendo ser quién no soy. Quiero empezar de cero, irme a *New York* y olvidar todo este engaño.

—Si vas a empezar una nueva vida no deberías llevarte mucho de la antigua.

—No lo entiendes Alex. Estoy enamorada de ti, y estar fingiendo ser la novia de Adrián me está matando. Tenéis muchos secretos, no habláis entre vosotros, no estoy acostumbrada a nada de esto. Esto no ocurre en mi familia.

—Vosotros dos sois los únicos que tenéis secretos, Fanny.

—Sabes que no, y lo más curioso es que me estáis haciendo cómplice, y no sé cómo miraros. Tal vez tengas razón y no deba llevarme nada de esta locura. Pero el problema, es que quiero que seas toda mi locura. Estás tan obstinado en odiar a tu padre que no te has molestado en pensar que nada es lo que parece.

—¿Ahora a qué viene eso? —Se dio la vuelta yendo dirección a hospital

—Tu hermano es homosexual. —Grité girándome.

—¿Lo sabes? —Se volvió hacia mí.

—También me dijo que...

—Quiere lo que yo tengo.

—¿Sabías que era gay?

—Lo intuí cuando me confundieron con él una vez, pero también sé que le gustan las mujeres, al menos mis novias.

—Pero esta vez yo no lo era. —Me secaba las lágrimas mientras venía hacia mí.

—Pero se dio cuenta de que me gustabas.

—¿En pasado? —Lo miré esperando la respuesta.

—Me gustas mucho, pero no es suficiente para seguir con esto.

—Pues ya está todo dicho. —Dio un paso hacia mí y yo hacía atrás. —
Despídeme de la familia.

Así sin más el cuento de hadas llegaba a su fin.

31 de diciembre

Nochevieja, fin de año. La fecha que todo el mundo quiere vivir, la mejor del año, dejar atrás lo malo y recibir lo bueno con los brazos abiertos.

Mis padres estuvieron llamándome durante todo el día anterior, también Adrián, pero no le cogí el teléfono a nadie.

Así que hoy que mi madre nos esperaba para comer y cenar, me estuvo llamando desde las ocho de la mañana. Apagué el móvil.

No salí de la cama hasta que llamaron al timbre, miré por la mirilla y vi a mi madre, con rulos y todo.

—Mamá, ¿qué haces aquí y así?

—¿Por qué no me coges el teléfono?

—Porque ni quiero ni me apetece hablar con nadie.

—Yo no soy nadie, soy tu madre. ¿No vais a venir?

—¡No! Hemos discutido y no voy a salir de casa.

—¿Qué culpa tenemos tu padre y yo? Ven, aunque sea tú.

—No tengo ganas, y mañana a la comida tampoco.

—¿Por qué lo estropeas todo, por qué?

—Porque me enamoré del hermano equivocado.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Me increpó expectante.

—Estoy enamorada de Alex, mamá. Es una larga historia y no tengo ganas de hablar.

—Bueno hija, si cambias de opinión y quieres venir, estarás en casa.

—Gracias mamá.

Me besó y se marchó. Yo volví a meterme en la cama, a dar vueltas mientras emitían películas navideñas en las que acababan felices y comían perdices.

Encendí el teléfono sobre las doce, tenía llamadas de mi madre, de Sole, de Adrián.

Pensé que, si fuese importante, Adrián me mandaría un whatsapp, pero no había ninguno de él.

Las horas seguían pasando, sobre las seis de la tarde recibí un mensaje de Adrián.

«Adrián, 31 de diciembre, 17:58 horas. Mi padre está en planta, en la

habitación 305.»

No le contesté, seguí mirando la televisión intentando que mi cabeza borrara todos los recuerdos de las últimas veinticuatro horas. Pero no era posible.

Me levanté de la cama, me puse el chándal y fui a casa de los hermanos, miré que no había nadie y fui directa a la habitación de Alex, cogí la foto de la playa y me fui.

Llegué al hospital alrededor de las nueve de la noche; las visitas eran casi inexistentes y, discretamente, entré en la habitación 305. Me sorprendía que, aunque tenían seguro privado estuviese en el hospital.

Al entrar se apreciaba oscuridad, la televisión estaba apagada, olía extraño. Con tanta oscuridad, me «comí», literalmente, una butaca que no vi. Grité tras el tropiezo lo que hizo que Alejandro se despertase.

—Niña, ¿por qué no has encendido la luz? —dijo encendiéndola.

—No quería despertarle. —Sonreí mientras me tocaba la espinilla.

—Tutéame, por favor. ¿A qué has venido Estefanía?

—¿Cómo estás? —me acerqué más.

—Mi plan no era pasar el último día del año en un hospital, así que te lo puedes imaginar.

—¿Ya has hablado con tu familia?

—Yo no. De hecho, ha sido Alex el que les ha dicho lo del cáncer.

—¿Dijo algo más?

—¡No! Él no. Adrián dijo que habíais discutido y que habíais decidido dejarlo un tiempo, un gran disgusto para mi mujer.

—Supongo que Adrián ha decidido decir eso al ver que no le cojo el teléfono.

—¿Y Alex? —preguntó su padre con la mirada triste.

—No me quería lo suficiente. —Mi voz se entrecortó emocionada—. Es mejor dejarlo así. ¿Sigues teniendo alucinaciones?

—Sí, veo a una mujer sentada en una silla de playa, con un sombrero y a los niños correteando por ahí. Pero no sé quién es la mujer, nunca le veo la cara, parece relajada, va con un bañador azul. Les he preguntado a las chicas, pero ninguna se acuerda de esa playa y a mi mujer no le puedo preguntar, no quiero preocuparla.

—He cogido esta foto de la habitación de Alex. Esta es la playa, la gaviota, los niños y su mujer con el bañador azul. Es uno de los recuerdos

felices que tu mente retiene, pero es real, fuisteis felices.

—Mi hijo me quiere, Estefanía, me quiere. —Sus ojos escondían lágrimas

—Claro que le quiere, pero necesita saber la verdad.

—Estefanía, prométeme que no lo contarás. No puedo hundir a esta familia, tal vez morirme limpiará esas nubes oscuras que siempre están sobre mi casa.

—¿Prefieres que piense lo que ya piensa?

—¿Pensaste en lo de darme una buena muerte, una digna?

—Sigue siendo que no, Alejandro. No puedo hacerlo, eso sobre mi conciencia acabaría conmigo.

—No te puedo pedir que lo entiendas, y lo respeto. pero no quiero sufrir.

—¿Cómo habías pensado hacerlo? —Pregunté nerviosa.

—He comprado seis botes de morfina a la familia de otro paciente que ya no lo necesitaba, solo hay que inyectarlo.

—Lo siento Alejandro, yo no soy la persona adecuada. —Cogí de nuevo la foto y me fui al pasillo.

Me senté en una de esas sillas cómodas mirando la fotografía, mirando a mi alrededor y viendo en el estado en el que aquel hombre iba a pasar el último día del año.

Fui a una de las salas donde solo se autorizaba al personal, cogí una de las batas allí colgadas, una silla de ruedas y volví a la habitación.

Como pude entré, volví a tropezarme con aquel butacón y sonreí a Alejandro que me miraba expectante.

—¿Qué haces?

—Nos vamos a ir a comer las uvas.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No, lo que va primero, va primero.

—Prométeme Estefanía que lucharás por Alex, que seréis felices. No dejes que la oportunidad pase, vivid los momentos.

—No puedo prometer lo inexistente.

—Si se quiere, se puede. —Me sonrió.

Sin perder la sonrisa acerqué la silla a la cama y le ayudé a sentarse, cogimos el gotero y salimos de allí. La cafetería estaba cerrada, pero encontramos a una buena persona que compartió con nosotros unos botes de uvas peladas que había comprado de más. Aun siendo desconocidos, nos metimos en aquella habitación donde se encontraba una chica de mi edad tendida en la cama; tenía leucemia en fase terminal.

Alejandro y yo nos miramos y sonreímos dulcemente a esa mujer, su madre, que le hacía compañía pese a que su hija no estaba consciente. Después de las uvas y de que Alejandro solo comiese tres, nos fuimos de vuelta a la habitación tras despedirnos de aquella mujer que, minutos después, lloró la muerte de su hija.

Aquello le hizo pensar a Alejandro, pensar que no quería que nadie le viese así y no podía impedirles la entrada porque nadie sabía que se moría.

A las dos de la mañana abandonaba la habitación dejando aquella foto allí, dejando a Alejandro descansando.

ENERO

Me desperté el día uno, el día de año nuevo triste, no dejaba de recordar cómo había pasado final de año y que cada año me acordaría. Algunos recuerdos son difíciles de olvidar, y más en ciertas fechas.

Llamé a mi madre para felicitarle el año nuevo, no se puso al teléfono, fue mi padre quién lo hizo. No hablamos mucho y tampoco me apetecía.

Recibí un whatsapp de Adrián a las ocho de la mañana, no lo vi hasta las doce.

«Adrián, 1 de enero, 08:00 horas. Estef, mi padre ha fallecido, anoche, a las tres de la mañana. Llámame.»

Leí aquel mensaje unas tres mil veces. Las lágrimas salían de mis ojos, como cataratas, intentando recordar todos los detalles de aquella noche.

Llamaron a mi puerta, dudé si abrir o no, pero tras la insistencia lo hice, en pijama con el pelo revuelto y la cara congojada.

—¿Se puede saber qué coño hacía esta foto en la habitación de mi padre?

—¡Alex! ¿Qué haces aquí?

—Mi padre ha muerto, pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

—¿Qué? Yo porque tenía que saberlo, ¿eh? —Cerré la puerta y lo miré

—Porque estaba foto allí, la misma que mirabas el otro día cuando te sorprendí.

—Eso no prueba nada. —Dije seria.

—¡Maldita sea Fanny, no me mientas!

—¡No me grites! No tengo que darte ninguna explicación, ninguna.

—¿Sabías que se moría? —Su tono cambió

—¡Sí!

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté, a mi manera. Pero estabas demasiado cuadrulado odiándolo.

—Creía que el cáncer de colon no era mortal.

—Tu padre tenía un tumor cerebral.

—¿Cómo dices?

—Lo siento. —Me acerqué a él y retrocedió.

—¿Quién más lo sabe?

—No lo sé porque ha sido muy rápido.

—¿Te lo dijo cuándo pidió verte en el hospital?

—¡No! Ahí ya lo sabía. Se dejó la tarjeta SIP en el hospital de día y me enteré.

—Y tampoco me lo dijiste. —Sus lágrimas salieron sin poder evitarlo.

—Me pidió que no se lo dijese a nadie.

—¿Por qué le llevaste la foto? Y no me mientas.

—Sufría alucinaciones. Recordaba una playa, una gaviota y una mujer con bañador azul. Él creía que era producto del cáncer, le demostré que no; que era un recuerdo feliz que su mente le estaba recordando.

—¡Dios mío! —Fue hasta el comedor y se sentó.

—Alex, tu padre sabía que le querías.

—No, no lo hacía. Le odiaba con todas mis fuerzas. Te preguntarás que ¿por qué lloro? Pues porque se merecía haber muerto sufriendo.

—No lo dices en serio. —Me senté a su lado

—Sí lo hago, sí. —No me miraba, tenía la mirada perdida, la pierna derecha no dejaba de moverla. Yo no pude retener las lágrimas.

—¿No sufrió?

—No, fue una sobredosis de morfina, seis botes se chutó.

—Alex, tu padre no se acostó con tu ex novia, ni siquiera Abraham es hijo de él. Ella vio la oportunidad y se aprovechó de la situación sabiendo que, ni quería destrozarse su familia, ni hacerte más daño.

—¿Qué dices ahora?

—Que tenías razón con Adrián. Él se acostaba con ella en un intento de encontrarse a sí mismo y de paso ser tú; tener lo que tu tenías. —Me miró con odio.

—¿Quién te ha dicho eso, el moribundo?

—Si no me crees, pide un análisis de Abraham.

—¡Vete a la mierda Estefanía! —Se levantó y se dirigió a la puerta, marchándose dando un portazo.

Tras el portazo rompí a llorar y llamé a Sole para contárselo. Pero la pobre tenía una resaca importante y no se enteraba de nada.

Volví a la cama y me dormí.

Me despertaba cada dos horas, miraba la hora y volvía a dormirme.

Me despertó la puerta el día dos de enero a las once de la mañana, me hice la remolona y no abrí. Pensé que se cansarían, pero en lugar de eso la puerta

se abrió. Mi madre apareció con Sole, se sentaron en la cama y simplemente lloré.

Me consolaron como pudieron, aunque no era suficiente.

Mi madre me animó a comer un poco de sopita, y Sole estuvo leyendo los mensajes.

—Nena, el entierro es hoy a las cinco de la tarde.

Se hizo el silencio.

No fui al entierro; Sole se quedó conmigo viendo la televisión mientras Lidia se hacía cargo de la peluquería.

No dejaba de sollozar y preguntarle a Sole ¿quién le inyectó la dosis de morfina extra?

Después de contarle todo a mi amiga sabía que ella no iba a juzgarme; pero lo más importante, me creería si le decía que yo no le había matado y que hice lo que era mejor para él.

No volví a saber nada de la familia hasta el día cinco. Mi madre y yo fuimos a ver la cabalgata de los reyes magos y, justo en frente de nosotras, se encontraba toda la familia.

Vi a Alex coger a su sobrina en brazos y levantarla para ponérsela en los hombros y mirar el desfile. Sonreí mientras mis ojos se vidriaban.

Mi madre también lo presencié y, agarrándome del brazo, intentó sacarme de allí mientras nuestras miradas se cruzaban.

Vi cómo me miraba, lo vi. Cogió a su sobrina y se la dejó a su hermana con la mirada puesta en mí. Intentó esquivar a la gente mientras me miraba, como si intentase llegar a mí. Pero aquello me dio miedo, mucho miedo, por si iba a recriminarme algo más y salí corriendo en dirección contraria a él.

El día siete de enero volví al trabajo con unas ojeras importantes, ni hemoal ni hielo, parecía la novia cadáver sin novio, obviamente.

Aquella noche vino Sole de improviso para que diésemos una vuelta. Así que me puse el pantalón de chándal sobre el pijama y el abrigo sobre la parte de arriba del pijama.

—Qué poco has tardado en bajar.

—No me he cambiado, me he puesto el chándal sobre el pijama y listo.

—¿Y será verdad? —Me miró sonriente.

—Sí —Me bajé un poco la cremallera y le enseñé el pijama, lo que provocó un ataque de risa.

Por si no tuviese bastante y ya me hubiese metido en una franja en pijama por un gato. Ahora me encontraba de cara con Alex, y en pijama, otra vez.

—Hola Alex, ¿qué tal? —Sole se aproximó a él ignorando mis negativas.

—Hola. —su tono era serio—. Estoy bien, ¿y vosotras?

—Vamos a por unas pizzas. —Yo no contesté.

—¿Queréis unas cervezas?

—¡NO! —Grité

—¡Sí! —Gritó ella. La miré en plan «¿qué haces? Voy en pijama» y ella me miró diciéndome «te jodes, siempre debes de ir arreglada.»

Fuimos a un bar cercano. Ellos se quitaron el abrigo, y yo, evidentemente, me lo dejé puesto. Sole me miraba divertida, creía que en cualquier momento rompería a reír.

—Fanny, ¿no te quitas el abrigo? —preguntó Sole sonriendo

—No, tengo frío, gracias.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Alex mirándome.

—Dos radler. —contestó eufórica Sole

—No, para mí no. no quiero nada.

—Fanny, por favor. —insistió Alex.

—Bien, pues una radler.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo accedes a venir a tomar algo? —pregunté, enfadada, mientras él iba a por la bebida.

—Por algo querrá tomar algo, ¿no sientes curiosidad?

—¡No! —declaré antes de que se sentase Alex.

—Radler para las chicas. Oye, Fanny, cuando salgas vas a tener frío, quítate la chaqueta.

—No, estoy bien, gracias. —Desvié la mirada.

—Pero no seas cabezota, quítatela —insistía

—No puedo quitármela porque voy en pijama, ¿contento?

—¡Es broma! —Miró a Sole que con su sonrisa se lo confirmó.

—No me lo puedo creer. —exclamó mientras reía. A esa misma risa se unió Sole, mientras yo los miraba seria.

—Perdona Fanny, no pretendía... Pero, ¿cómo se te ocurre salir en pijama?

—Porque solo íbamos a por unas pizzas y a casa, nada más.

—Cuando no esperas nada, todo sucede. —Encontré su mirada y a él.

—Chicos, creo que aquí sobro. Gracias por la cerveza Alex. —Sole se levantó para irse y yo con ella— No, no; tu quédate—. Y entonces lo entendí, ellos habían quedado y yo había picado el anzuelo.

—Habíamos quedado Sole. —le recliné sentándome.

—¡Ya no! —Me tiró un beso al aire y se fue.

Al poco rato, viendo que yo no hablaba, Alex decidió cortar el hielo, y ser él el que empezara la conversación

—¿Cuándo te vas a *New York*?

—Esta semana termino en la peluquería y me iré, un año.

—Creía que te habrías ido hoy.

—Lo hubiera hecho, pero le ha dado vacaciones a Lidia y así la sustituyo.

—Mi hermano ya se ha ido.

—Ha vuelto a la realidad.

—Volvimos a la realidad el día que murió mi padre.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, mejor de lo que pensábamos. —Sonrió y miró su cerveza

—¿Le contaste algo?

—No hizo falta. Mi madre te vio aquella noche, te oyó, lo sabía todo.

—¿Estaba allí? No la vi.

—Nadie la vio. Respecto a mi hermano, no he hablado con él, ni lo haré. Es algo que me llevaré a la tumba. Ha sido mi madre quién habló conmigo y me dijo que no te dejase escapar. Por eso hablé con Sole para hacer esto. Lo que nunca pensé es que vinieras en pijama. —Me sonrió.

—¿Has perdonado a tu padre?

—A él sí, a mí mismo no.

—¿Y Abraham? —Le acaricié la mano con recelo.

—Hablé con su madre. Seguiré tratando al niño, él no tiene la culpa de nada; pero ella no recibirá un céntimo más.

—Me alegro de que todo se esté arreglando.

—Y yo. —Entrelazó nuestras manos— Faltas tú, que vuelvas a mi vida.

—¿Y cómo sé que me quieres de verdad y no por hacerle la puñeta a tu hermano?

Entonces se levantó de la silla, se subió a la mesa y mediante gritos empezó a captar la atención de todos los presentes.

—¡ATENCIÓN, ATENCIÓN POR FAVOR! ¡PRESTÉNME ATENCIÓN! QUIERO DECIR ALTO Y CLARO QUE AMO A ESTA CHICA. QUE QUIERO PASAR EL RESTO DE MI VIDA CON ELLA, QUE ESTOY ENAMORADO.

—Por favor Alex, baja, por favor. —Le suplicaba mientras me tapaba la cara

—Pues dime que me quieres. —susurró

—Apenas nos conocemos y no ha sido en condiciones normales.

—Tienes razón, pero sé lo que he sentido y quiero sentirlo más veces.

Aquellas palabras emocionaron mi corazón apagado, galopando a gran velocidad, haciéndome sonreír.

Me levanté, cogí su cara y lo besé. Aquel beso que tantas ganas teníamos se convirtió en el primero de muchos más.

Aquella noche durmió en mi casa. Nos despertamos abrazados e hicimos el amor cada noche durante el resto de nuestras vidas.

En una ocasión, después de casarnos y de disfrutar de ese viaje a *New York* su hermano, Adrián, me preguntó:

—¿Cuándo te enamoraste de él?

—Cuando dejó de ser tú.

FIN

¿Quién mató a Alejandro Savall?

Tras ver salir del hospital a Fanny me acerqué hasta mi marido.

—Hola, ¿Qué haces aquí? —Me preguntó intentando sonreír mientras las lágrimas se le escapaban.

—He venido a verte, para que no estuvieras solo. Pero ya he visto que Fanny ha estado aquí. ¿Por qué no me dijiste que te morías?

—No quería tu compasión.

—Es imposible sentir compasión por un ser que finge ser mezquino por la unidad familiar. Me has hecho creer durante años que no te importaba, que ya no me querías, y ahora que te estás muriendo, me entero de tu gran secreto.

—Lo siento —dijo con gran dificultad.

—¿Qué le has pedido a esa pobre niña?

—Una buena muerte, digna.

—Quieres la eutanasia, eso no es legal en España.

—Lo sé.

—He visto a esa pobre joven de leucemia. No quiero llegar a eso, no quiero que me veáis así. Creía que resistiría a la quimio, incluso a la radioterapia. Pero todo lo que he fingido ser resulta que no lo soy. —En ese momento vio una gaviota— ¿La has visto, ves a la gaviota? ¿oyes el mar?

Vi la foto sobre la mesita y supe que hablaba de ese día, así que yo también le hablé de ello, de mis recuerdos.

—Aquel día te llamaron del trabajo y decidiste quedarte en la playa conmigo y los niños. Después de ese día compramos la casa frente a la playa, querías levantarte escuchando las olas del mar golpeando las rocas.

—¿Y qué pasó? —preguntó con dificultad.

—Que cambiaste de idea. —Me limpiaba las lágrimas cuando entró aquella mujer.

—¡Hola! Venía a despedirme, a darles las gracias por hacerme compañía hace un rato. Como sabrán, mi hija ha muerto y creo que he muerto con ella. No he podido escuchar antes la conversación con la otra chica, lo haré yo.

—¿Hará qué? —pregunté levantándome de la silla.

—Yo le inyectaré esos seis botes de morfina.

Nos miramos durante unos instantes, negué con la cabeza mientras lloraba, él también me miraba, llorando y asintió.

Aquella mujer me dio su número de teléfono y un número de cuenta.

Lo besé por última vez, y vi como aquella mujer le inyectaba, uno a uno, los botes de morfina mientras él y yo, en silencio, nos despedíamos cogidos de la mano.

Tres semanas después de su muerte quedé con aquella mujer. Le di un maletín con ciento veinticinco mil euros y un papel que la exculpaba de cualquier compromiso.

Aquella misteriosa mujer perdió a su hija y se marchó lejos para empezar de cero.

Yo sigo recomponiendo mi familia.

AGRADECIMIENTOS

Se lo dedico a esa persona que alimenta ese lado romántico en el que tan poco creo; a esa persona que entiende las horas que dedico a mi pasión y me abraza cuando está todo negro para decirme que él es ese color que me devolverá la luz.

También se lo dedico a mis lectoras 0 que aguantan mis neuras, que se lo mande por fascículos y luego entero y les haga sufrir.

Se lo dedico a mis amigas y amigos por entender que, de vez en cuando, me encierre en casa y no quiera salir porque estoy creando. A esas amigas que me cuentan anécdotas que luego utilizo y que sé que al leerlo sonreirán.

Agradezco a mis compañeros de trabajo los buenos momentos y el buen rollo que hay.

A todos mis lectores les agradezco los mensajes y el apoyo que me dan sin conocernos más que de las redes sociales.

Estoy viviendo una gran experiencia que sin todos vosotros hubiese sido imposible de ver realizado mis sueños. Quien no arriesga ni gana ni pierde.

Muchísimas gracias y un millón de besos.

AMAGOIA ARCE



Tras el seudónimo de Amagoia Arce se esconde una chica que estudió y trabaja en Denia, su pueblo natal. Su primera novela, Una Locura Coqueta surgió de Wattpad y fue publicada en papel en diciembre de 2014; nominada a los premios Sogni de novela romántica y reeditada por la editorial Leibros en 2016. Su segunda obra publicada en mayo de 2015. Un antes, un después. Tercera novela publicada en diciembre de 2015; Nada se compara a ti. Septiembre de 2016 salió con la editorial Leibros Tengo 30 años, ¿y ahora qué? Y en diciembre de ese mismo año su quinta novela, Amaia.

Tiene varios relatos en Wattpad y participa en las antologías: La Vida es Bella, Tintas Navideñas, Princesa Rett y Pisadas que dejan huella. Ganadora de relato corto en Noviembre 2015 para Denia.

^[1] *Pilota: Pelota de carne picada especiada y liada en una hoja de col grande que se añade, normalmente, al puchero.*